LAURA CHIVITE

El ataque de las cabras

RANDOM HOUSE

LAURA CHIVITE

El ataque de las cabras

RANDOM HOUSE

A Camino

«Más de una vez, al pasear lentamente por las calles de la tarde, me ha sacudido el alma, con una violencia súbita y perturbadora, la extrañísima presencia de la organización de las cosas».

FERNANDO PESSOA,
El libro del desasosiego

«And suddenly, when you're no longer even thinking about it, this truth comes to light and it's an incredible moment that doesn't happen every day and it's good, it's so good that you're struck by a feeling of weightlessness and calm».

CHANTAL AKERMAN,
My mother laughs

LA CABRA INSOLENTE I

Una noche en la que no había nada interesante en la televisión, Tía Lidia me propuso un juego. Dijo que iba a contarme un cuento: la fábula de Juana, la cabra insolente. Cada vez que no supiéramos qué hacer, añadiría algún nuevo episodio a la vida de esa cabra.

—Al final de cada uno de ellos, te ofreceré tres giros diferentes y tú tendrás que escoger uno. De ese modo podrás moldearla a tu gusto, hacerla tuya —me dijo.

—¿A la cabra?

—Sí, a la cabra Juana.

Era tarde, al día siguiente tenía que despertarme a las siete de la mañana y la perspectiva de escuchar otro relato disparatado de Tía Lidia no era muy estimulante. No me apetecía elegir mi propia aventura, así que le lancé una mirada cansada que ella ignoró. Y así, buscó una postura cómoda en el sofá, tosió para aclararse la voz y empezó:

—Te llamas Juana. Eres una cabra gris y vives en Hackney, un barrio al este de Londres. Ya sabes, la capital de Inglaterra. Aún eres una niña y tienes muchos sueños. Pasas los días inmersa en fantasías que no le cuentas a nadie.

Tu madre se llama Elaine, es artista, de raza pirenaica y tiene un estudio en el sótano de casa. Un lugar húmedo, aunque sofisticado, donde pinta al óleo retratos de vuestras vecinas.

Cada vez que se encuentra a una de ellas por la calle o en el supermercado, le ruega que entre con ella al chalé y se deje retratar. Corre el rumor de que tu artística madre asesinó a su anterior marido y a toda la familia de este, y esa es la razón por la que nadie en el vecindario se atreve a rehusar la petición de ser su modelo.

Todas las cabras de sus cuadros parecen aterrorizadas y todo aquel

que no la conoce piensa que es su estilo personal. Lienzos con cara de susto. Algo que hace a propósito.

La pintura se ha convertido en su pasión y es lo único que hace en todo el día. Le hubiera gustado dedicarse a otra cosa. En su juventud, se planteó ser florista, acróbata y juez, pero su familia estaba tan forrada de dinero que la convencieron para que se rindiese a los placeres de la vida contemplativa.

Su marido, su macho cabrío, su cabrón, tu padre, es de raza payoya y se llama Martín. Es jefe de una empresa ferroviaria y también procede de una familia acaudalada, pero ni su trabajo ni él importan demasiado en esta historia.

Tu infancia se desarrolla de un modo cómodo pero triste. Algo así como crecer entre algodones siendo alérgica a los algodones. Estás empezando a sufrir cambios hormonales y no te entiendes a ti misma. Tampoco a los demás. Cosa muy común, ¿a quién no le pasa?

Pero nadie te ha dicho todavía lo frecuente que es sentirse así a esa edad y piensas que solo tú padeces todo ese martirio. Que eres la única cabra que conoce el abismo. La única cabra miserable.

La barba te crece a una velocidad torrencial, no sabes qué hacer con ella. Has probado a teñírtela de azul, a ponerle abalorios, lazos, trenzas. Tu tierna cara de cabrita que durante tanto tiempo ha hecho resoplar de gusto a quien te miraba, ahora se está convirtiendo en el semblante de una chiva bien peligrosa que pronto será capaz de dar una buena cornada a quien se atreva a burlarse de ella.

Eres hija única, y cuando tus compañeras del colegio hablan de sus hermanos, ya sea expresando su infinito odio hacia ellos o todo lo contrario, les envidias. Te sientes el doble de sola cada vez que alguien pronuncia la palabra «hermano».

Hace años, en Donosti, cuando todavía no te habías mudado a Inglaterra, viviste una situación en la que últimamente piensas con mucha frecuencia. Una tarde, mientras regabas las peonías del jardín y les decías lo bonitas que estaban, lo coquetas que eran, tu madre apareció cubierta por completo de sangre. Se te acercó y te dijo:

—Juana, hija, ¿puedes regar sin hacer tanto ruido? El sonido es insoportable, ¿no sabes hacer las cosas menos insoportables?

Te quedaste paralizada, con lágrimas en los ojos, iluminada por el intenso rosa de las flores, mirando a la que parecía la culpable de una masacre, y le respondiste:

—Mamá, ¿qué ha pasado?

Tu madre se miró a sí misma y giró la cabeza para dar un rodeo por sus patas y su cola.

—Es óleo, cariño. Pigmento rojo.

—¿Pigmento rojo?

—Cállate y haz las maletas.

—¿Las maletas?

—¿Acaso no sabes lo que es hacer las maletas, Juanita? —dijo, con una sádica sonrisa.

Aunque había permanecido oculto bajo los pesados mantos del tiempo, ese recuerdo aflora en tu cabeza con toda la violencia de la que un recuerdo es capaz. No dejas de preguntarte qué pasó, por qué no lo habías reflexionado antes.

Te gustaría comentarlo con alguien, pero no sabes con quién. Además, temes que el hecho de contarlo hiciera que saliera a la luz y arrestaran a tu madre, o algo peor. Solo encuentras compañía en la naturaleza. Sientes que el aire te escucha, le pones nombre a las piedras, dotas de personalidad a todos los fenómenos atmosféricos.

Una mañana, tu madre te prepara un delicioso bol de pasto y achicoria para desayunar y piensas que es el momento ideal para preguntarle cuál fue el motivo de que os mudarais a su país natal. Un sol esperanzador entra por la ventana, en la radio suena una melodía que hace que nada parezca difícil, tu madre se ha despertado generosa.

—¿Por qué nos vinimos a Londres, mamá?

Ahora, si estuvieras segura de que tu madre Elaine, artista desquiciada de la que todo el mundo sospecha que es una psicópata asesina, va a decirte la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, ¿qué opción elegirías?

a) Tu padre recibe una increíble oferta de trabajo en Inglaterra, ellos dos analizan la situación y, al final, concluyen que lo mejor será venirse a Londres. De esa manera, él podría ampliar su negocio, ella podría volver a su tierra y tener tiempo para dedicarse a lo que más le gusta, la pintura, y tú aprenderías inglés a la perfección y serías para siempre una cabra bilingüe.

b) Su exmarido, una rata rastrera a la que nunca conociste, le estuvo robando durante años sin que ella lo supiera. Y acto seguido, conoció a otra cabra, la llevó al altar y formó una familia con muchas cabritillas, una panda de impresentables. Y cuando tu madre se enteró de todo, él la amenazó y le dijo que, si se le ocurría contarlo, la mataría. De modo que tu madre decidió tomarse la justicia por su pata, alquilar una motosierra y cortarles la cabeza a todos ellos. Tiró los cuerpos al río Urumea, hizo las maletas y os vinisteis aquí, al viejo Londres.

c) Tu padre y ella no son felices en Donosti. Todas las cabras de esa ciudad siempre están contentas. Lo único que ven al salir a la calle son seres brindando a gritos en terrazas. ¿Acaso hay tantas razones para brindar? «¡Tres playas en una misma ciudad! Comida estupenda, clima gustoso». Tu madre y tu padre escuchan todos esos ecos dentro de ellos y les parece tener un taladro en la cabeza. Presenciar la felicidad ajena a diario les deprime. Así que toman la decisión de mudarse a una ciudad con cotas más altas de insatisfacción. Algún lugar lluvioso, oscuro, en el que pudieras darte un largo paseo y ver chivos de mala vida. Y eligen Londres. De ese modo, tu madre podría enseñarte las verdes praderas en las que se crio. La sustancia roja de la que tu madre estaba manchada aquel día era, en efecto, óleo.

Hubiera resultado interesante haber elegido la segunda opción, pero me puse en la piel de la pobre cabra Juana y pensé que no me gustaría que mi madre fuera una asesina, por muy justificada que estuviera. Así que elegí la tercera. «Qué poco atrevida», me dijo Tía Lidia, y nos fuimos a dormir.

1

APARICIÓN DIVINA

Volví a verla el año pasado, y lo primero que hice fue esconderme detrás de un coche. No pude evitarlo. Era noviembre y llovía. Bajo el paraguas, en cuclillas, con el abrigo sucio, me detuve para mirarla y decidir qué se suponía que debía hacer.

Ella estaba dentro de una cafetería, sentada junto a un sándwich y una copa de vino. Llevábamos casi una década sin vernos, desde aquellos dos años en que vivimos juntas, y lo primero que pensé fue: «¡Vaya, aquí estás, viva, aún!».

Tenía el pelo mojado y mucho más largo de lo que recordaba. Desde la calle, a unos pocos metros de distancia, como un zorro agazapado, vi cómo se lo tocaba compulsivamente. Se hacía y deshacía una coleta mientras daba pequeños mordiscos al sándwich de atún con la mirada puesta en algún punto del infinito.

Esa mañana yo me había despertado con un dolor de cabeza horroroso. Hice un esfuerzo por ponerme en pie y, en cuanto subí las persianas, supe que no saldría de casa en todo el día. El cielo estaba de un precioso gris oscuro, fantástico y espectral. Fui a la cocina, puse la radio, preparé el desayuno, lo llevé al salón y, sin encender la luz, me senté en la alfombra y empecé a comerlo mientras miraba por la ventana.

Entonces, sin querer, giré la cabeza y mis ojos se clavaron en la pared. Me quedé hipnotizada, con la boca abierta y el vaso de zumo quieto en la mano. Sentía punzadas en el cerebro, como si alguien quisiera decirme algo. «¿Cuál es tu mensaje, jaqueca?».

Y de pronto, como un golpe más, lo entendí: el color de la pared, ese amarillo mostaza que tantas posibilidades creía que me ofrecía, era espantoso. Quizá el contraste con la oscuridad que entraba de la

calle no le permitía brillar, o quizá el dolor de cabeza me alteraba los sentidos y añadía fealdad a todo lo que me rodeaba.

Fuera lo que fuera, no podía soportarlo. Me vi a mí misma el día en que lo pinté, llena de entusiasmo por darle un toque diferente a la casa, y, de pronto, sentí una lástima inmensa. Toda esa ingenuidad alegre, con la brocha en mi mano pintando la pared mientras improvisaba absurdos movimientos de baile… Recordar esa imagen me revolvió el estómago.

Comí las tostadas en silencio y la perspectiva de pasar el resto del día en la compañía de ese estúpido amarillo dejó de apetecerme. Así que me lancé a la calle, escaleras abajo.

El viento hacía daño en la cara, las palomas flemáticas hacían sus ruidos y yo sentía en todo mi cuerpo un desasosiego muy poco familiar. No sabía qué hacer con él, en qué categoría enmarcarlo.

Me movía entre esas sensaciones desconocidas con torpeza y pensé que era el escenario perfecto para presenciar una catástrofe. Una tormenta eléctrica que hiciera arder el polideportivo La Cebada, un tornado que arrasase con todo el centro de Madrid, cualquier cosa que me sacara del sopor.

Mi mente divagaba entre esas posibilidades cuando recordé lo que dijo Sheyla, mi profesora de cerámica. Sheyla es una vieja enorme y enérgica que siempre suelta pequeñas píldoras de sabiduría cuando menos te lo esperas.

Una vez, mientras explicaba la diferencia del proceso de cocción con y sin esmaltado, se detuvo y, como de la nada, dijo:

—La tragedia nunca sucede cuando todas las señales indican que va a suceder.

—¿Y cuándo sucede? —pregunté yo.

—Sucede cuando menos se la espera. Por eso muchas veces la tragedia roza lo ridículo.

Se quedó en silencio unos segundos, alzó las manos llenas de arcilla, giró el cuello y, con un ojo más abierto que el otro, posó su mirada en mí.

—Es en los días tranquilos y soleados cuando hay que estar alerta.

Después, como si nada, siguió con su explicación y la mañana se

desarrolló en paz.

En esto pensaba cuando empezó a llover. El dolor de cabeza se había convertido en melancolía, pronto la melancolía se convertiría en enfado, el enfado en furia. Y, ¿qué haría yo con esa furia? Fue entonces cuando crucé la callé y ahí estaba, como una aparición divina, Tía Lidia comiéndose un sándwich.

Me sorprendió que no me saliera de manera automática entrar ahí y preguntarle con soltura de dónde venía. Me sorprendió mi susto y me sorprendió también que no me hubiera avisado de que iba a estar en la ciudad. Y esa fue mi segunda triste revelación del día: todo lo que fuimos se había desvanecido.

Con el ritmo del corazón acelerado y una punzada en la tripa, cogí aire, respiré hondo, salí de mi escondite, cerré el paraguas y entré en la cafetería.

2

BAMBI RÉQUIEM

Cuando Tía Lidia se divorció, nos hicimos amigas. Hasta entonces, mi relación con ella se había caracterizado por ese cariño distante y falsa naturalidad que se da siempre entre los miembros de las familias grandes.

Por Navidad o en algunos cumpleaños, solía acercarse a mí y preguntarme cosas con una soltura que siempre se me hacía extraña, como un desconocido que te habla en el autobús.

Se suponía que la quería, pero lo cierto es que si algo terrible le hubiera ocurrido entonces, cuando tan solo era una presencia esporádica en los encuentros en casa de mi abuela, no habría sentido más que el impacto de ver el dolor de alguien cercano.

En realidad, lo único que sabía de ella es que tenía un gato negro llamado Baby, que era la pequeña de seis hermanos y que todos pensaban que era rara. Yo, entre mis primos, también era la rara, así que pensé que habría visto algo en mí, una especie de reflejo joven, y decidió acercárseme.

Todo empezó una noche de principios de año cuando sorprendentemente me llamó por teléfono y me propuso ir juntas de excursión al monte.

—Me gustaría enseñarte una imagen —me dijo.

—¿Una imagen de qué?

—Unas cascadas. Cuando eras pequeña, estuvimos allí y dijiste: «¡Quiero volver siempre!». Pero nunca volvimos.

—No me acuerdo de ninguna cascada.

—Está helada. Cae a un riachuelo de agua virgen en el que podríamos tomar un aperitivo.

—Ah, entonces ¿quieres que vayamos allí?

—Claro, ¿qué pensabas?

—No lo sé, ¿pero cuándo?

—¿Cómo que cuándo? ¡Mañana!

—¿Mañana?

—Te recojo a las ocho, ¿vale?

A oscuras en mi habitación, con el teléfono puesto en manos libres, me pareció percibir en la voz de Tía Lidia un ligero grito de auxilio, o al menos cierta desesperación. Sin querer, acepté.

—De acuerdo, vale.

La idea de pasar todo el domingo con ella por el campo me pareció absurda. Proyectarlo me dio un poco de miedo y un poco de risa, pero no tenía la suficiente confianza con ella como para decirle que no. Le hizo mucha ilusión y, en un excitado susurro nocturno, dijo:

—Perfecto. A las ocho.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —dijo ella—, y mañana, mejor.

Después de dormir cinco horas, me levanté, preparé algo de comer, me vestí y, en silencio y con la cabeza embotada, esperé en la cocina la llegada de Tía Lidia.

Cuando salí de casa, mis padres aún no se habían despertado. El frío de la calle me caló los huesos y entre la niebla vi las luces de su coche. Me metí dentro y nos abrazamos de esa manera ortopédica en la que abrazas a alguien desde el asiento del copiloto, como si todos los miembros del cuerpo te fallaran a la vez.

Y así, adormiladas y nerviosas, arrancamos hacia las sinuosas carreteras del valle del Baztán. Al principio intentamos hablar un poco, pero pronto nos dimos cuenta de lo forzado que resultaba y pusimos música. A partir de ahí, en mi recuerdo, todo comenzó a ir muy deprisa.

El caso es que llegamos a la pequeña aldea que representa el inicio de la ruta. La niebla no nos deja ver lo que tenemos a más de cinco metros. El mismo paisaje que en primavera te hace creer que habitas un paraíso secreto, con grandes piedras musgosas, lirios, zarzamoras y clemátides saludándote entre las piernas, ese día es lo más parecido a una sala de espera mal iluminada de alguna clínica horrible en la que

hacen algún tipo de cosa horrible.

Me pregunto qué hago ahí, por qué he accedido a esa aventura desesperada, a ese intento de Tía Lidia por darle un espacio a la añoranza. La miro mientras se quita los guantes y se pone cacao en los labios. Desde mi feroz mirada adolescente, veo a una persona atormentada.

¿Adónde intentas volver? ¿A qué? ¿Por qué? ¿Qué recuerdo estás a punto de arruinar? No se lo pregunto.

En su lugar, le digo: «Gracias por haberme traído». Fingimos estar contentas de compartir el domingo. Vamos a pasarlo bien. Saludamos con entusiasmo a todas las personas con las que nos cruzamos en el camino.

Caminamos alrededor de una hora y media a través de helechos muertos, pisamos hojas caídas, apartamos las zarzas que se nos enredan en el pelo y los brazos, miramos con atención los robles y las hayas jóvenes. Me cuenta cosas de mí que yo no sabía. Escenas relacionadas con bañadores, fuegos artificiales, puñetazos, juguetes, casas rurales.

Entre anécdota y anécdota, Tía Lidia finalmente se da cuenta de que ya no sabe dónde estamos.

—Creo que nos hemos perdido —dice.

En su tono de voz hay un insulto contenido, unas ganas casi irresistibles de querer acabar con todo lo que la rodea. Consigue no hacerlo, aunque tal vez fuera mejor así: ponernos a cuatro patas y pasar el día entre quejidos salvajes. Graznar, mugir, ladrar. Nos quitaría presión a las dos.

—No pasa nada —le digo yo—, ya encontraremos el camino.

—Sí, no temas, sé leer las estrellas.

—¿Las estrellas?

—Si se nos hiciera de noche, mirando las estrellas sabría dónde está el coche.

—¿Y no lo sabrías sin estrellas?

—Creo que sí.

Una hora después, seguimos perdidas. Yo empiezo a ponerme nerviosa y a tener cada vez más frío, pero a Tía Lidia nada de eso

parece importarle mucho. Saca unos pistachos del bolso y empieza a hablarme acerca de su divorcio.

—La custodia de Baby me la he quedado yo —dice—. Jara me pidió visitarlo de vez en cuando, pero no sé si sería una buena idea.

—¿Ella quería quedárselo?

—No. Creo que no. En realidad, no lo sé. Siempre dejé claro que Baby estaría conmigo.

—Me alegro, me cae bien.

—¿Jara o Baby?

—Baby, pero también Jara.

—Era divertido vernos a las tres, sí. Yo tan gigante, Jara tan bajita, Baby tan negro. Una bonita estampa de la que ya no queda nada.

Y justo cuando Tía Lidia está empezando a introducir los piececitos en el farragoso terreno de la nostalgia amorosa, la mañana nos da una tregua y encontramos a nuestra derecha un claro en el bosque.

No es ni de lejos el lugar que se había propuesto enseñarme, pero da el sol y hay unas rocas al lado del agua que parecen bastante cómodas. Es la una de la tarde, hace incluso un poco de calor. Dejamos nuestras cosas desperdigadas por el suelo, nos descalzamos, nos quitamos el jersey, nos lavamos la cara mientras damos pequeños gritos de placer por el contacto del agua fría con el sudor.

Miramos al cielo con los ojos cerrados y, de repente, las horas previas parecen no haber sido tan incómodas. El extravío ha merecido la pena. Tía Lidia hace aspavientos de gusto y tararea una canción. Está contenta, ya no parece la persona apesadumbrada del día anterior.

Entonces ocurre. Un cervatillo se posa frente a nosotras, a escasos tres metros. Un bebé inmaculado de color avellana. Nos mira y nosotras le miramos también. Está justo en el límite entre la oscuridad y el espacio luminoso en el que nos hemos sentado. Es perfecto, delicado y brillante. Nunca he visto nada que contenga esas tres características juntas. Parece uno de esos tapices de terciopelo que se encuentran en algunas casas antiguas. Es la belleza posada en silencio. Da la sensación de ser una ofrenda que nos da un algo o alguien desconocido por haber sido capaces de aguantar. O, mejor, un regalo

porque sí, sin razón aparente. Podemos incluso escuchar su respiración. Nos agarramos de la mano muy despacio, decididas a mantenernos quietas para no asustarle.

Y así, de pronto, en la escena sagrada hace aparición un perro. No un perro normal. Es un perro enorme, muy enfadado, iracundo. Con una rapidez pesadillesca, el perro salta encima del cervatillo y le muerde el cuello con la mayor violencia que yo he visto en toda mi vida. No hay duda, su intención es devorarlo. Todo ocurre a tal velocidad que me quedo estupefacta, sin saber qué hacer. Sin ver que es evidente que no hay nada que pueda hacer salvo quedarme quieta.

El cervatillo nos inyecta la mirada a modo de socorro mientras el perro le arranca lo que suponemos que son sus entrañas. Contemplo el desastre y tengo una sucesión de pensamientos extraños.

Pienso en si resultará peligroso que Tía Lidia y yo llevemos ropa tan colorida en ese momento. Una vez que el perro termine de asesinar al cervatillo, ¿le llamará la atención el rosa fucsia de la camiseta y las zapatillas de mi tía, el verde chillón de nuestras cintas de pelo y el rojo de mis pantalones? ¿O, por el contrario, le asustarán? Es decir, una vez haya aniquilado al precioso cervatillo, y parece que le queda poco, ¿le resultaremos apetecibles o no?

Mientras tanto, él sigue con lo suyo, hasta que, de nuevo de repente, otra vez como de la nada, aparece un hombre robusto con el torso desnudo que con una mano agarra a un segundo perro loco y con la otra levanta una vara en plan amenazante.

Toda la situación adquiere forma de chiste. Toda la situación adquiere forma de delirio. Está sudado, con una camiseta gris atada a la cabeza. Es grande y al mirarlo pienso que me recuerda a alguien. Sí, es una versión maligna de Shrek. Sin siquiera mirarnos, se pone a gritar al perro asesino que, suponemos, es suyo. Le da patadas y le fuerza a que pare, lo que me provoca nuevos pensamientos contradictorios: quiero que el perro deje en paz a su presa, pero no quiero que el hombre le pegue patadas.

Al final, el hombre monstruoso logra que el perro se separe del cervatillo. El otro perro, el que mantiene apresado con su brazo, se pone a ladrar mientras nos mira a Tía Lidia y a mí, saliva rabiosa cae

de su boca.

Esto quiere decir que, en ese momento, tanto el perro rabioso como el cervatillo moribundo tienen la mirada puesta en nosotras. Solo faltan los otros dos. No sabemos cuál de los elementos que tenemos enfrente es más loco y brutal. Hemos pasado de rozar el milagro a esto, sea lo que sea esto, en tan solo unos segundos. Así es la vida. ¿Así es la vida?

—Salta al río —me susurra mi tía.

—¿Cómo que al río?

—Sí, corre, salta.

—No puedo saltar al río.

Entonces, el hombre monstruoso repara por primera vez en nuestra presencia, gira la cabeza y nos mira fijamente con el ceño fruncido.

Tía Lidia, supongo que guiada por el pánico, le dice: «Hola». ¿Hola? Y yo, guiada también por esa modalidad tan curiosa de pánico, repito: «Hola». Y él, ya con un perro en cada brazo, responde: «Hola».

Y así, como si fuera un paseante cualquiera que se ha cruzado un domingo cualquiera con otras dos paseantes, se marcha por donde ha venido.

Aterrorizadas, al borde del colapso y la petrificación, escudriñamos la senda que acaban de tomar el hombre y sus perros mientras el sonido de sus pasos se aleja.

Cuando dejamos de oírlo y por fin nos sentimos a salvo, nos acercamos al cervatillo ya no tan inmaculado y presenciamos cómo da las últimas bocanadas de aire, hasta abandonar la vida con los ojos muy abiertos. Me da la sensación de que me entra dentro, ese último suspiro suyo. Siento que me da una lección aún abstracta de lo que se supone que es el mundo.

Intento durante un rato desentrañar esa lección que presupongo ancestral y me doy cuenta de que ha pasado más tiempo del que creía, ya que Tía Lidia ha ido y ha vuelto de recoger unas cuantas flores. Hierbajos, en realidad.

Pero bueno, se agacha muy despacio y se las pone al cervatillo a modo de tiara, en la cabeza. Susurra, mientras tanto, una especie de canción. Pienso que es gilipollas, que se ha vuelto loca. Y luego pienso

que tiene bastante sentido lo que ha hecho. Dejarlo así, cubierto de vegetales, en una ceremonia triste y surrealista.

Tía Lidia siente una gran pena por el pobre cervatillo, tan joven y risueño. Cuántos saltitos podrías haber dado, ¿no es cierto, pequeño cervatillo?

Y yo también la siento, pero, al mismo tiempo, aunque no se lo confieso, a una parte escondida y malvada de mí le agrada haber presenciado todo eso.

Escapar del desastre me da una pulsión de vida que no esperaba. Y me sorprendo cuando me acerco a Tía Lidia y le doy un abrazo.

—Me alegro de estar aquí —le digo.

Ella me lo devuelve y me dice:

—Yo también me alegro de estar aquí, me alegro de no haber sido devorada.

—No quería venir, ¿sabes? No sabía cómo decirte que no y me pillaste con la guardia baja.

—Ya me imaginaba, pero no me importó. Llamé a cuatro amigas antes que a ti y todas se atrevieron a decirme que no les apetecía venir. No como tú.

—¿Así que fui el quinto plato?

—Así es.

—Tendré que perfeccionar la técnica de inventarme excusas.

—No la perfecciones demasiado, engancha.

—Es que me sorprendió que me llamaras.

—A mí también me sorprendió llamarte.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Tenía el presentimiento de que nos llevaríamos bien.

—¿Llevarte bien con una adolescente de quince años enfadada?

—Exacto. Yo también soy a veces una adolescente de quince años enfadada.

—¿Ah, sí?

—Claro, todo el mundo lo es. ¿Ese señor monstruoso? Sin duda una adolescente de quince años enfadada.

—Y sus dos perros psicópatas, también.

—En especial sus dos perros psicópatas.

Nos lanzamos una mirada cómplice y decidimos desechar la idea de seguir buscando las cascadas heladas. Como por arte de magia, encontramos el camino de vuelta y volvemos al coche.

—En todos los restaurantes de por aquí solo ponen carne asada al punto y creo que ahora no tengo el estómago para eso —dice Tía Lidia.

—Yo tampoco.

—¿Qué te parece si cruzamos la frontera y buscamos una quesería?

—No tenía pensado ir hoy a Francia, pero vale, sí, ¡vamos!

Así que regresamos al coche y pone un disco de alguien que no conozco. Escuchamos chillar a la persona que canta. Chillamos también. Cuando dejamos de hacerlo, dice:

—No le cuentes a tu madre nada de lo que ha pasado hoy.

Yo asiento y así ocurre. Con la promesa de ese secreto, nos hacemos amigas.

3

GENEALOGÍA CONFLICTIVA

«Los conflictos familiares son como unas vacaciones en Yucatán, crees que las tuyas son mucho más sorprendentes que las del resto, pero en realidad son todas iguales».

Otra frase de Sheyla, la ceramista experta en aforismos. Todas nos reímos cuando lo dijo y, como de costumbre, seguimos con lo que estábamos haciendo. Colorear y hacer dibujos en las tazas que hornearíamos la semana siguiente.

En fin, ¿fue Sheyla en otra vida una novelista rusa? Es muy probable. Hay algo en la cadencia con la que dice esas frases que consigue grabártelas. Una especie de sabiduría esporádica con voz ronca.

Llevo más de un año yendo a su taller y nunca deja de asombrarme. Hace que me pregunte si la razón por la que sigo allí es aprender a trabajar el barro o pasar un rato a la semana en su compañía. En verdad, sé que es la segunda. La respuesta siempre es el carisma.

Y supongo que tiene razón. Los conflictos familiares son como unas vacaciones en Yucatán. Y fue en esa clase de cerámica de hace unos meses donde me di cuenta de que durante toda mi vida me he sentido especial por el hecho de que mi familia materna tenga un pasado tan particular, unos enfrentamientos tan divertidos. Y cómo el modo en el que aprendí a narrar con gracia sus peleas, me ha servido tanto para alegrar una conversación muerta, seducir a alguien o conseguir un trabajo.

Con poco más de treinta años, Abuela Refugio se quedó viuda y con seis hijos pequeños. Los había tenido uno detrás de otro, y si no llega

a ser porque mi abuelo Alfredo murió en un accidente de bici una luminosa mañana de domingo de camino a la piscina, bien podría haber acabado con seis hijos más.

Mi madre, Irene, fue la primogénita. Tía Lidia, la benjamina. Y en medio, cuatro estupendos muchachitos. Todos con la misma apariencia sueca de pelo rubio y piel blanca. En las fotos de su infancia, parecen cuatro delicados niños Jesús. Cuatro querubines de la manita, cuatro querubines trepando por las jacarandas de un parque secreto, jugando a la pelota o apilando arena.

Incluso hay una fotografía de ellos cuatro llorando juntos en el funeral de su padre.

¿A quién se le habría ocurrido sacar la cámara en una misa funeraria? ¿A un sádico, a un esteta, a la propia Abuela Refugio? No lo sé, pero quien fuera logró una imagen bastante interesante.

Mi madre era igual que sus cuatro hermanos, de los mismos colores y las mismas proporciones. Todos ellos con una facilidad innata para pasar desapercibidos. Movimientos lentos, naricitas pequeñas, ojos de perro bueno y voces suaves. El tipo de persona a la que nunca te imaginarías chillando en un restaurante.

Tía Lidia, sin embargo, nació diferente. Tenía un pelo negro, duro y largo con el que habría sido capaz de estrangular a alguien. Un pelo boa constrictor del que siempre ha estado muy orgullosa. A los quince años ya era más alta que el resto de ellos. Y así, con esa anatomía ancha, mirada feroz y ceño fruncido, siempre ha sido exactamente el tipo de persona a la que te imaginarías chillando durante un buen rato en un restaurante.

Hace años, al verla al lado de mi madre y analizar lo incompatibles que eran sus caras, llegué a pensar que quizá fuera precisamente esa la razón de que se alejaran. Si entre ellas hubieran podido encontrar algún tipo de familiaridad fisionómica, tal vez todo habría sido diferente. Tal vez no habrían acumulado tantos enfados y decepciones y la nube maloliente del rencor no les habría jarreado encima.

En cualquier caso, hubo una época anterior muy larga en la que la relación de mi madre y Tía Lidia no estuvo marcada por el resentimiento.

Tras quedarse viuda, a Abuela Refugio no le quedó otro remedio que reinventarse. Se quitó de encima toda la vergüenza que una mujer sola, en el periodo de posguerra y en una ciudad de provincias, pudiera sentir y se puso a trabajar de limpiadora en las casas de varias personas que conocía y de peluquera en el local de una antigua amiga suya. Gracias a eso consiguieron seguir adelante, pero Abuela Refugio casi nunca estaba en casa.

Mi madre tenía catorce años y Tía Lidia, ocho. Se replegaron la una en la otra con la desesperación de dos niñas que acababan de perder a su padre y, en cierto modo, también a su madre.

Se creó entre ellas un apego obsesivo y Tía Lidia se volvió incapaz de separarse de su hermana: le mordía las uñas, le chupaba el pelo, dormían en la misma cama, comía de su plato. En invierno, se metía debajo de su abrigo y se colgaba de su cadera como un mono, y mi madre, que entonces ya era una adolescente, no se quejaba de esa protuberancia absurda que le creaba, de ese embarazo lateral que le dejaba la espalda dolorida.

Sin razón aparente, posiblemente solo por aburrimiento, desarrollaron la costumbre de ignorar a sus hermanos. Empezaron a fingir que ni siquiera les oían. A aparentar que eran fantasmas que habitaban en su casa. Presencias mudas e invisibles, pero molestas.

—Irene, no te vas a creer lo que me ha pasado.

—¿Qué?

—Me he chocado contra el aire.

—Qué dices, Lidia, ¿contra el aire?

—¡Sí! He ido a la cocina y ha sido como si el oxígeno me diera un golpe.

—¡Oh, ah! ¡Qué curioso! ¡Me ha pasado lo mismo!

—¿Lo mismo?

—Parecido. Hace un rato he ido al salón y la tele estaba encendida, como si hubiera alguien sentado en el sofá.

—Pero no había nadie.

—¡No! ¡No había nadie! Y cuando me he ido a sentar es como si un cuerpo estuviera allí, pero yo no podía verlo.

Les encantaba mantener este tipo de conversaciones frente a ellos, y

si les respondían con risas o insultos era mucho mejor, porque entonces podían comentar entre ellas: «¿Qué ha sido eso?, ¿oyes algo? ¿No has oído un ruido raro?».

De esta manera tan inocente gestaron una capacidad admirable para mantener guerras frías y poner caras de póquer en los momentos más decisivos.

Lo que empezó como juego, se convirtió en hábito, y luego en método, y luego en destino. Y así ha seguido siendo siempre. Mis queridos tíos Manuel, Fermín, Pedro y Miguel bien podrían haberse llamado Acelga, Pájaro, Mierda y Papel, porque ellas nunca han vuelto a pronunciar sus nombres.

Eso no quiere decir que no les tengan cariño. De hecho, mis padres siguen celebrando las Navidades con ellos y tanto mi madre como Tía Lidia siempre se han llevado muy bien con sus cuñadas y sobrinos.

A estas alturas, no sé por qué siguen ignorándolos de mala gana, con lo divertido que sería saludarles un día por la calle y decirles: «¡Eh!, ¿dónde has estado estos últimos cuarenta años?».

Pero mi madre y Tía Lidia nunca han sido así. Además, hay una parte de mí que piensa que esa promesa infantil de no hablar a sus hermanos es lo único que las sigue uniendo. Y por eso la mantienen. Ese pacto les hace creer que no todo está roto.

Yo nunca he tenido esa perseverancia férrea que se necesita para sostener un enfado a través de los años. Pero ellas sí: se construyeron una casita en ese espacio de animadversión y aprendieron a vivir ahí.

—¿Por qué os dejasteis de hablar? —les preguntaba a ambas por separado.

—No sé, el simple hecho de crecer nos distanció —respondía mi madre.

—Con los años, las similitudes y el vínculo casi filial entre nosotras se debilitó. Al final, nos convertimos en dos extrañas a las que se les hacía incómodo estar en la misma habitación —me decía Tía Lidia.

Cuando era adolescente, esta respuesta me parecía una mentira barata. Estaba segura de que encubría una razón mucho más horrible, una traición chunguísima o algo así. Pensaba que algún día, cuando fuera mayor, descubriría la esclarecedora y dolorosa verdad. Pero la

única verdad que he acabado descubriendo es que el paso del tiempo puede ser igual de aniquilador que cualquier otra cosa.

Mi madre estudió Derecho, se licenció y pronto consiguió trabajo en una consultora de Recursos Humanos. Unos años más tarde, en unas vacaciones en Santander, conoció a mi padre, un logopeda bueno y simple con quien se casó y compró un piso barato en un barrio en la periferia de Pamplona. Pronto me tuvieron a mí y, cuando el piso se les quedó pequeño, nos mudamos a otro más grande en el barrio de al lado, más alejado de la ciudad, pero más cómodo.

Empezó a ser feliz al estilo tradicional. Aprendió a cocinar todos los típicos platos navarros y una plenitud con olor a espárragos, pimientos rellenos de bacalao y alubias con chistorra la abrazó. Se olvidó de los motivos que la habían impulsado a estudiar Derecho, tachó de ilusiones absurdas los sueños que tuvo en su primera juventud y sus preocupaciones empezaron a ser más adultas, más pragmáticas, más reales.

Tía Lidia, por otro lado, no fue a la universidad. A los diecisiete años, se puso a trabajar en un bar mientras pensaba qué hacer. Quería escalar montañas, abrir un videoclub, juguetear con los estados alterados de conciencia, aprender sánscrito, bailar tango, exprimir la vida como un limón.

Una noche, en unos Sanfermines de finales de los ochenta, una chica vestida de negro total entró al bar, pidió un café solo y en ese momento supo que era el amor de su vida. Se llamaba Jara, medía un metro cincuenta y parecía un grifón de Bruselas gótico. Un grifón de Bruselas gótico y encantador.

Tía Lidia y ella empezaron una bonita relación y también una banda de punk llamada Pezón Suicida. Durante un tiempo, tocaron con frecuencia en unas cuantas salas de Pamplona. Incluso hicieron una pequeña gira por algunas ciudades del norte. Crearon una pequeña comunidad de grupos de punk en la que todos se veían a sí mismos a un paso de darse a conocer en Inglaterra. Pero, al final, ninguno de ellos tuvo mucho éxito.

Después de eso, Tía Lidia alternó trabajos varios y Jara se quedó con su puesto en el bar. Cuando se casaron, ningún miembro de nuestra familia fue invitado a la boda. Algunos de ellos ni siquiera se enteraron.

Unos años más tarde, Abuela Refugio, ser cansado y dócil, desarrolló una demencia senil que la hizo experta en el sutil arte de la ofensa.

Cada vez que sus hijos iban a visitarla, intercalaba preguntas cotidianas con frases hirientes. De repente, en medio de una conversación agradable, sus pequeños ojos azules se abrían con la vehemencia de un búho y murmuraba cosas como: «Yo no sé para qué os tuve, hija mía, os quiero pero no sé por qué os tuve. Una pandica de fracasados, sois los seis. Fracasadicos todos».

Además, empezó a tener fantasías monacales, a pesar de que nunca había sido muy dada a rezar y solo había pisado la iglesia en bodas, bautizos, funerales y comuniones. A pesar de ser atea, vamos.

—¿Sabes cuál ha sido mi deseo secreto? —le dijo una vez a mi madre.

—¿Cuál?

—Ser monja.

—¿Monja, tú, madre?

—Sí, ser monja de clausura y vivir en paz. ¿Porque sabes qué?

—¿Qué?

—Preferiría haber comido mendrugos de pan seco hasta la muerte que esta vida insulsa que me ha tocado. Todo se torció cuando te tuve a ti.

—Ay, mamá, no empieces.

—Naciste y para cuando quise darme cuenta había otros cinco. No sé cómo ocurrió. De verdad te lo digo, Irene —añadió, con el morro apretado y los dos puños cerrados—. No tengo ni idea de cómo ocurrió.

Al principio la cuidaron con paciencia, en especial mi madre y Tía Lidia, e hicieron oídos sordos a todo lo que salía de su boca.

Les tranquilizaba pensar que era la demencia la que hablaba, no su madre. Su tierna madre.

Pero pasó el tiempo y lo que les decía cada vez alcanzaba mayor apariencia de realidad. No podían ignorarlo. Esa dualidad entre Mami Buena Predemencia y Mami Mala Posdemencia dejó de otorgarles consuelo.

Acabaron preguntándose: ¿Y si todo lo que dice lo siente de verdad? ¿Y si siempre ha sido así?

No podían saber si se trataba de lucidez o locura, y eso generó entre todos ellos una tensión aún más grande que la que ya había habido hasta el momento.

Una aburrida tarde de diciembre, ocurrió una casualidad muy divertida. Aunque sus seis hijos siempre se ponían de acuerdo para no coincidir en el viejo hogar donde habían crecido, aquel día cinco de ellos aparecieron allí. Fue como si una fuerza mayor los hubiera congregado para visitar a su anciana madre. Abuela Refugio ya llevaba unos años de deterioro y a medida que empeoraba, más cruel se volvía.

Mi madre y Tía Lidia estaban sentadas en el mismo sofá en el que se acurrucaban de pequeñas, bajo la misma manta de lana verde. Mantenían una conversación sobre sus respectivos matrimonios, planes de verano, convivencia, trabajo. Aún fingían que se llevaban bien. Entonces Abuela Refugio, con una taza de chocolate caliente en la mano, soltó una carcajada.

—Sois unas falsas —exclamó.

Se giró hacia sus otros hijos y continuó.

—Lidia me visita y me dice que Irene es una fracasada. Que su vida le da pena. Que su casa es hortera. Que se ha casado con una persona insulsa.

—Mamá, pero qué dices, por favor, vamos a tener la fiesta en paz —dijo Tía Lidia.

—Luego Irene me visita y me dice que Lidia es una fracasada, que su vida le da pena, que su casa es hortera y que se ha casado con una persona insulsa.

—Mamá, por favor, eh, no empieces —dijo mi madre.

—Y yo estoy de acuerdo con ellas, con las dos. Ambas tienen razón. Pero, por lo menos, no me siento a su lado y les pregunto tonterías

sobre su vida, su casa y su persona insulsa fingiendo que me importa una mierda.

Bajo la mirada atónita de los tres hermanos, mi madre y Tía Lidia desmentían con prisa todo lo que acababa de decir mi abuela.

—Es la demencia, te lo juro. ¡Es la demencia!

Y en ese preciso instante, cuando ya lo habían negado todo o casi todo, cuando ya no quedaba nada o casi nada por decir, se oscureció la habitación, estalló una tormenta y se oyeron unos truenos espantosos que anunciaban que ese era el final de algo. Mientras llovía a cántaros y sin moverse de su sitio, se echaron en cara toda la basura que habían tenido guardada durante años.

Del mismo modo que mi abuela había transmutado silencio en maldad, mi madre y mi tía no supieron ponerle palabras a la pena que sentían por haber tomado caminos tan distintos. Pelearon durante horas.

Y cuando sus hermanos ya se habían ido cada uno por su lado y mi abuela dormía en su sillón con una terrorífica sonrisa en la cara, cuando agotaron el compendio de reproches y solo quedó el vacío y la nada, se levantaron, salieron de esa casa y no volvieron a dirigirse la palabra nunca más.

Un par de días después, Abuela Refugio sufrió una insuficiencia cardíaca y murió. Justo antes de Nochebuena.

Recuerdo la sensación que tuve cuando entré en el tanatorio y vi en lo alto una pantalla enorme con un listado de nombres. El tercer nombre era el de mi abuela, y junto a él un número que indicaba dónde se encontraba su cadáver.

«Refugio Bengoetxea Lezón. 03».

Sentí como si varias piezas de un juguete diminuto nadaran por mis venas, después un escalofrío seco y por último todo mi cuerpo se llenó de un calor horrible. Fue la primera vez que sentí el absurdo de la vida.

La sala estaba llena de desconocidos con cara de apuro. Todos me daban besos y me apretaban el brazo. Una señora estaba junto al cristal que la separaba de mi abuela, que iba más maquillada de lo que fue jamás en vida, y le hablaba como si pudiera oírle.

—Ay, mi Refu, has abandonado esta vida del mismo modo en que la viviste —dijo ella—. Sola y sonriendo.

—¿Pero quién es usted? —le preguntó mi tío Manuel.

—Tutéame.

—¿Quién eres tú?

—Eso a usted no le importa —respondió. Luego, dio media vuelta y se largó.

Mi madre y Tía Lidia estaban en esquinas opuestas, aún incrédulas por todo lo que había sucedido en los últimos dos días. Pienso en qué habría pasado si una de ellas hubiera cedido aquella tarde, cruzado la sala y abrazado a la otra.

Me imagino la escena final de reconciliación en el tanatorio. Llanto en el hombro. Muerte de la madre y consecuente conexión a raíz del recuerdo repentino de la manera en la que se unieron cuando murió su padre. Bromas con una complicidad nueva y familiar. Explosión mutua de risa sanadora. Todo se reordena. Las hermanas Irene y Lidia vuelven a quererse.

Pero no fue así. Se mantuvieron rígidas y, al final, después de mil pésames y egos caritativos, mis padres se fueron a casa y supongo que mi madre se metió en la cama sin pronunciar una sola palabra.

Yo me quedé tomando algo por la parte vieja con algunos primos con los que nunca he tenido mucho contacto. Empezaron a hacer un sumario de algunos elementos de nuestra abuela que les resultaban significativos. O, más bien, con lo único que sabíamos de ella.

Abuela Refugio, una persona a la que le gustaba mucho la canela. Lo hacía todo con una delicadeza hipnótica. Su olor era una mezcla de laca y carne. Siempre nos cortaba el pelo menos de lo que le pedíamos. Era sigilosa y tranquila, excepto cuando iba al mercado. Allí saludaba con alegría a todos los tenderos. Hacía pequeños bailes, bailes casi imperceptibles, mientras esperaba para comprar fruta. Todos la conocían y la trataban con cariño. Era una mujer coqueta, a pesar de que lo disimulaba. Después de la muerte de mi abuelo nunca volvió a estar con nadie. Se pintaba un lunar en el moflete. Le gustaba

el verano. Sus manos eran finas y pequeñas, y estaban desgastadas después de años en contacto diario con productos de peluquería y limpieza. Nunca habló de su dolor, ni de ninguna emoción en general. Como quien repite algo una y otra vez porque le da la sensación de que así se hará real, le gustaba decir que las cosas son mucho más simples de lo que creemos. Amaba las ciudades con playa, pero siempre vivió en el interior.

Yo prácticamente no dije nada. Me limité a escuchar. Porque, en ese momento, lo único en lo que podía pensar era en la persona en la que se convirtió en sus últimos años. Hice un esfuerzo por recordar detalles bonitos, por demostrar que yo también la veía con ternura y era capaz de describírsela a alguien. Pero solo recordaba frases retorcidas y momentos incómodos en su salón.

Aunque no dije nada, una imagen espectral de Abuela Refugio surgió ante mí mientras mis primos seguían enumerando cosas bonitas como unos maníacos. En mi cabeza, el rostro maquillado y vengativo de mi abuela susurraba entre dientes desde ultratumba:

—Sois todos unos hijos de puta.

4

EPIFANÍA HUMEANTE

El año pasado, unos días después del reencuentro accidental con Tía Lidia en la cafetería, aprendí a prestar atención. Me obsesioné con estrategias extrañas que me ayudarían a concentrarme en lo que yo quisiera, trucos medio místicos que prometían la sepultura total de los pensamientos intrusivos.

Mi relación con María estaba definitivamente acabada y me habría agarrado a un clavo ardiendo con tal de poder dejar de rumiar y rumiar la pena.

Una mañana, mientras paseaba por el Retiro, empecé a hacer la retrospectiva de nuestra historia: a contar los niveles que existían dentro de lo que teníamos, qué hicimos bien, qué hicimos mal, dónde estuvo el error, etcétera. Pero en ese momento me detuve y dije: «¡No! Pon la atención en otro sitio».

Vi que un señor daba de comer a unos pájaros. Tenía el brazo alargado y los pájaros se posaban en él. Me detuve detrás de un árbol y me quedé observándolo durante unos minutos. De la fascinación pasé a la envidia: yo también quería que esas pequeñas criaturas almorzaran de mi mano.

Lentamente, me aproximé al hombre e hicimos un primer contacto visual sin intercambiar ninguna palabra. Después, al ver que él no me decía nada, le dije con mucha educación: «Hola, ¿puedes enseñarme cómo hacer eso?». Pero él no respondió. En ese momento no me cupo duda de que era mudo, aunque después pensé que tal vez no lo fuera.

Se acercó a mí, me cogió el brazo, me lo alargó, vertió unos frutos secos sobre mi mano, me sonrió, me saludó y se fue.

Así que allí me quedé. Sola en la inmensidad del parque. Al principio me sentía un poco ridícula. Pero, de repente, cuando me

estaba planteando abortar mi misión, unos herrerillos muy simpáticos vinieron a comer. Después, unos carboneros se unieron a ellos. Bailaban tan contentos mientras se llenaban el estómago. Yo me reía y me daban ganas de ponerme a volar. En cierto momento, me giré y me pareció ver al hombre mudo escondido detrás de otro árbol, esta vez mirándome él a mí. Ni siquiera me importó.

La conclusión a la que llegué tras esa agradable experiencia pajaril es que la diferencia entre los herrerillos y los carboneros radica en que los primeros tienen una especie de antifaz en la cabeza y son más sociales, mientras que los segundos tienen una especie de casco negro y no son tan sociales.

Logré poner toda mi atención en esos detalles. Los únicos pensamientos que tenía y que reverberaban dentro de mí ocupándolo todo y sin dejar espacio a que se colase ninguno más, eran:

«El herrerillo acaba de coger un cacahuete. Otro herrerillo se ha llevado un maíz. Ahora un carbonero se ha llevado un anacardo. El verde del herrerillo es más fuerte que el del carbonero. Un carbonero agarra una pipa. ¿Sabrá pelarla? Un carbonero y un herrerillo pelean durante un breve instante por un cacahuete hasta que al final se lo lleva el herrerillo. A ninguno de ellos les gustan los garbanzos deshidratados».

En esa concentración absoluta y total, me ocurrió algo muy curioso. Sentí que mi cuerpo se dividía en dos y empecé a ver mi mano desde la perspectiva de los pájaros. Algo así como una parálisis de sueño agradable, si es que eso es posible.

Yo volaba y al mismo tiempo estaba de pie. No duró mucho, pero fue tan intenso que temí desmayarme. El poder de la mente me dio miedo.

Ahora, con la perspectiva del tiempo, pienso que lo que verdaderamente debería haberme dado miedo es no haber comido nada a la hora del desayuno.

Después del incidente del desdoblamiento, noté que tenía hambre. Fui muy despacio hasta un restaurante coreano que encontré cerca del

Prado. Era amplio, precioso y cada elemento parecía avisarte de cuánto te iban a cobrar. Aún no era la hora de comer, así que, a excepción de una madre con su hija, el local estaba vacío. Decidí sentarme junto a ellas, en la mesa de al lado.

Sorbían una sopa humeante. La madre tendría alrededor de cincuenta años y la hija unos nueve. Posé la mirada en ellas y me fijé en la ropa que llevaban, en su pelo, en las bolsas que estaban colgadas de la silla. ¿Qué estarían haciendo ahí un día laboral en horario de colegio? Tal vez la niña estaba enferma y acababan de salir del centro de salud.

El único peligro de prestar mucha atención es que alguien puede notarlo y pensar que tus intenciones no son buenas. Yo quería que se instaurase entre nosotras una intimidad especial, pero disimulé de la mejor manera que pude, creo que sin éxito, para que no pensasen que estaba trastornada.

Me pedí una sopa, *kimchi* y una botella de *soju*. Mientras esperaba, empecé a controlar mi respiración. Quería poner la mente en blanco y alcanzar otro momento como el que acababa de tener en el parque.

—Límpiate esos mocos, hija, que se te están cayendo.

—Déjame, mami —dijo la niña.

—Vas a comer sopa de moco —respondió la madre.

El ambiente de paz que habíamos creado se rompió.

La madre se puso a limpiarle los mocos a la hija con un pañuelo blanco y suave de muy buena calidad. Seda, posiblemente. La niña se quejaba y pedía que la dejase tranquila.

—Por favor, mami, por favor.

Y entonces, me fijé: a ella, a la madre, también se le caían los mocos por toda la cara. Tenía unos bonitos labios operados, más hinchados de lo normal por el picante, recubiertos de un moco transparente y líquido.

El rostro rojo, los ojos vidriosos, el pañuelo en la mano, y al lado de ella una niña también con la cara roja, los ojos vidriosos, el pañuelo en la cara.

Una metáfora empezó a pulular sobre nosotras.

¿Qué nos decía esa metáfora?

Estaba segura de que lo que tenía delante formaba parte de algo mucho más grande. Pero ¿de qué? Ellas seguían con su ritual mocoso, cuando la camarera me sirvió un vaso de *soju*, le di un trago muy lento y ahí fue cuando lo vi claro.

Ilustraba lo que todas sabemos e intentamos olvidar. Aquello a lo que fingimos hacer ojos ciegos. Era un claro ejemplo de que, para bien y para mal, hagas lo que hagas, pase lo que pase, te acabarás pareciendo a tu madre.

Los patrones están ahí y tú los vas a repetir. Y aunque decir eso suena a un determinismo infantiloide y casi fanático, es la verdad.

Puedes pensar que eres capaz de cambiar la historia de tu familia a base de lucidez e hiperautoconsciencia. Puedes pensar que tú no eres igual que ellos, que tu genética se ha salvado, que haces amnesia de la memoria colectiva. Pero en el mediodía de un martes de febrero la realidad te golpea con su viejo bastón de apabullante honestidad y te demuestra que sí: que aunque tengas gustos diferentes, y hayas logrado huir de tu ciudad, y te expreses de otro modo, y sepas bailar, eres como tu madre, como tu abuela, como tu bisabuela.

O al menos arrastras el mismo dolor que ellas, lo has heredado, y eso es casi lo mismo que ser como ellas.

Mi madre Irene, Tía Lidia, Abuela Refugio y yo, somos una masa informe que se moldea sin cesar. Somos una plastilina multicolor que se transforma, se divide y se hace cachitos, sin dejar nunca de ser la misma.

Todo sigue un orden macabro, una ecuación de la que no puedes salirte. Se reproduce el mismo esquema una y otra vez. El mismo automatismo, el mismo instinto.

Mi atención, esa atención tan pulida gracias a artículos de dudosa veracidad leídos en internet, se concentró en un único pensamiento.

Con la mujer y la niña enfrente, sin parar de limpiarse, viendo claro que muchos años más tarde esa misma niña regañaría a su futura hija por no limpiarse los mocos, un humo con olor a muchas cosas invadió el restaurante. Al *kimchi* le salieron ojos, de la sopa crecieron ramas,

las paredes se agrietaron, todo se paralizó y ese pensamiento exclamó con rotundidad absoluta: «No hay escapatoria».

5

PODERES PSÍQUICOS

Cuando empecé el primer curso de bachillerato, fui a vivir a casa de Tía Lidia. Habían pasado nueve meses desde la mañana del cervatillo en el monte y durante ese verano cogió la costumbre de invitarme a las cenas que organizaba en la terraza de su casa. Desde mis tímidos dieciséis años, las miraba a ella y a sus amigas y me preguntaba cómo era posible que hablaran así. De esa manera rápida, cómplice, sin tapujos.

En esas noches que siempre se alargaban fue cuando presencié por primera vez la verdadera amistad entre mujeres. Me fascinaba el modo en que bromeaban las unas con las otras. Cómo recuperaban constantemente cosas que alguna de ellas había dicho horas antes y les daban otro aspecto. Las reformulaban y hacían de ellas algo festivo.

Me parecía un juego imposible al que yo nunca sería capaz de jugar. Comparaba su modo de comunicarse con el que yo tenía con mis amigas, y en secreto me desilusionaba al darme cuenta de que no tenía nada que ver.

La relación con mis padres, por otro lado, era inexistente. Hacían pequeños intentos por acercarse a mí, me ofrecían ir al cine, de compras o a la playa, pero no servía de nada.

—Me gustaría hacer algo con mi madre, pero me aburre como un muerto —le dije una vez a Tía Lidia, queriendo hacerme la interesante.

—Me encanta la gente aburrida —dijo ella.

—Pero no te encanta mi madre.

—Porque tu madre no es aburrida.

—Y cuando os llevabais bien, ¿era aburrida?

—Ah, no, nada aburrida.

—¿Entonces?

—También me gusta la gente que no es aburrida, claro.

—Ah, ya, claro.

Mucho tiempo más tarde pensé que, de la misma manera en que yo sentía cierta envidia de Tía Lidia y sus amigas, es posible que mi madre sintiera cierta envidia de mi tía y de mí. Envidia o algo parecido. Anhelo, más bien, tal vez. Mi madre me veía feliz con Tía Lidia, igual que yo veía a Tía Lidia feliz con sus amigas, y sentíamos una especie de pinchazo, un pinchazo que decía: «Estoy sola».

Decidí estudiar bachillerato de Artes y dio la casualidad de que la Escuela estaba en la calle Amaya, a dos minutos de la casa de Tía Lidia. Hacía un año que se había divorciado de Jara y tenía mucho espacio y una habitación de sobra.

—¿Por qué no te vienes? —me preguntó una tarde de verano en una tienda de pinturas.

—¿Contigo? ¿A tu casa?

—Claro, a mí me encantaría.

—Bueno, no sé.

—Nos dejaremos en paz, no te preocupes.

—¿Estás segura? A mí también me gustaría.

—¿Sí?

—Sí, la verdad es que me gustaría mucho.

—No tendrás que madrugar tanto y podré esclavizarte para que limpies y cocines.

—Ah, perfecto.

Y así fue. Hice una maleta pequeña y me instalé allí.

Era un sexto piso sin ascensor al que se llegaba por unas escaleras de madera que chirriaban de un modo que me parecía romántico. No temía tropezarme porque pensaba que si me caía no me haría daño.

El apartamento tenía los techos muy altos y ninguna estancia era cuadrada. El salón era pentagonal y por las mañanas se llenaba de una luz que a veces llegaba a ser violenta, lo iluminaba todo con una especie de paz mortal que me dejaba paralizada.

Un globo aerostático y un ángel colgaban del techo con un hilo

invisible y parecía que volaban. Había una alfombra granate entre el sofá y la televisión. En las paredes: un mapa mundi, un póster de una película y recortes enmarcados de paisajes de Hiroshige arrancados de un libro que siempre estaba sobre la mesa.

En una esquina, debajo de la librería, estaba la cama de Baby, aunque él siempre dormía con ella. Como era un gato adicto a comerse las flores y revolver la tierra, mi tía había taladrado estantes a unos tres metros del suelo, donde colocaba plantas a las que Baby no podía trepar. Para regarlas, tenía que subirse a una silla.

Del salón se accedía a la terraza, desde la que se veía casi toda la ciudad y tenía colocadas unas vallas de plástico para que Baby no saltase. Aunque, de todas formas, nunca lo hubiera hecho. Era un gato grande, anciano y perezoso.

De la terraza también podías pasar a la habitación de Tía Lidia, amplia, diáfana y triangular, en la que solo había una cama blanca entre paredes blancas y una gran lámpara de estilo industrial. Era el único cuarto sin colores. De él se salía al pasillo, donde había un espejo y un armario enorme en el que lo guardaba todo. Una vez encontré una peluca azul enrollada, la desplegué y de ella cayeron cinco patas de gallo metálicas.

Después, al otro lado, una cocina, un baño y la que sería mi habitación. Los tres con ventanales que daban a un patio desde el que llegaban ruidos de gente haciendo cosas normales, sobrellevando sus vidas cotidianas.

En el baño había una pila de libros y revistas, el arenero de Baby y un póster de la torre Eiffel. Olía a una mezcla de lavanda, colonia y aire frío, la ventana siempre se mantenía abierta.

La cocina tenía una forma rara y muchos clavos para colgar sartenes y utensilios. Tía Lidia prefería aprovechar la altura a utilizar los cajones. Le gustaba tenerlo todo visible, como si temiese guardarlo y olvidarse de ello.

Freía una media de tres ajos al día, fuera cual fuera la comida, y le gustaba tostar pan a todas horas. Cuando no era así, frotaba el ajo en el pan y lo metía al horno, de modo que siempre olía a una mezcla de pan y ajo, un aroma entrañable. En una esquina, debajo de la ventana,

había una silla de mimbre en la que a veces me sentaba cuando ella cocinaba, o donde ella se sentaba cuando cocinaba yo.

Mi habitación estaba al final del pasillo. Era oscura, fría, pequeña y solo tenía una cama, una mesilla y una lámpara, y esa modestia me encantaba.

Antes de mudarme con ella, siempre pensé que a Tía Lidia no le pegaba preocuparse por la limpieza y el orden, y me sorprendí cuando me dijo lo importante que todo eso era para ella. Tiempo después entendí por qué.

A pesar de ser una estancia llena de objetos, se notaba que Jara había vivido ahí. Su presencia ausente estaba por todas partes. Un espacio vacío a un lado del salón donde había estado su piano. Marcas de *blue tack* en la pared. Cremas y maquillaje en el baño que ninguna de nosotras utilizaba. Una colección de cómics abandonados a un lado de la estantería. Botes de paprika en la cocina a pesar de que Tía Lidia odiaba la paprika. Resquicios de una vida en común que había dejado de ser.

Las primeras noches que pasé allí coincidieron con el inicio de curso y todo dio un gran giro sin darme cuenta. Me vi metida de lleno en esa rutina nueva de caras nuevas, asignaturas nuevas, formas de vestir nuevas y palabras nuevas. Salía de allí y comía comidas nuevas en casa de Tía Lidia. Con la boca llena, le contaba cómo había ido todo, quién me había llamado la atención, qué haría por la tarde.

Aquí empieza todo, pensaba. Lo anterior, no cuenta.

La vida en mi barrio, a media hora en autobús, donde estaban mis viejas amigas y mi viejo instituto, me parecía algo lejano. Me daba la sensación de haberme mudado de ciudad y de poder hacer lo que quisiera.

Nunca antes me había atraído nadie en especial, solo había fingido pequeños enamoramientos pasajeros hacia gente que en realidad no me importaba, una preadolescencia marcada por morreos autómatas que daba con los ojos abiertos.

Pero en esas primeras semanas en la Escuela de Artes, me empezaron a atraer chicas y chicos, cada día una chica o un chico distinto. Chicas y chicos que no sabía de dónde habían salido y que

me hablaban de música, de técnicas de ilustración, de juegos de rol, de películas de terror, de series independientes. Yo estaba encantada y todo eso me hizo entrar en un estado de excitación maníaca que me impedía dormir.

A pocos metros de mí, en el tejado de otro de los edificios que daban al patio, vivía una cigüeña. Desde mi habitación al final del pasillo, la miraba en su nido gigante y encontraba en ella una compañía extraña. Sentía que ella también me miraba y que era capaz de entender los miedos que acompañaban a todo lo bueno que estaba viviendo. Se había formado un vínculo entre nosotras.

Cogí la costumbre de mirar por la ventana cada mañana y predecir cómo iba a ir el día en base a la postura de la cigüeña. Si estaba de pie apoyada en una sola pata, el día sería genial. Si estaba incubando, regular. Si me estaba dando la espalda, iría mal. Si no estaba en ninguna parte, fatal.

Para mí era una costumbre divertida y no se me ocurría considerar que lo que revelaba era una dificultad absoluta para tolerar la incertidumbre.

—No te preocupes si necesitas irte unos días a casa de tus padres.

—No ir es exactamente lo que necesito.

—A veces cuesta asimilar los cambios, por mucho que te gusten esos cambios.

—Todo va superbién.

—En ese caso, me alegro.

Cada cierto tiempo, Tía Lidia se aseguraba de que no había sido un disparate que me mudase con ella y que todo estaba en orden. Cuando contaba por ahí que vivía con mi tía y su gato Baby, la mayoría de la gente decía: «Qué guay». Otros se sorprendían y me preguntaban por qué. Esperaban una respuesta trágica por mi parte.

Con Tía Lidia, esos primeros meses, descubrí lo bonita que podía ser la cotidianeidad. Incluso le cogí el gusto a fregar los platos o tender la ropa. Todo estaba sostenido en un orden alegre que pensé que nunca se rompería. Y lo cierto es que, a pesar de la admiración, al principio sí que se me hacía raro compartir piso con ella, pero todas esas pequeñas conversaciones sin importancia me hicieron tener la ilusión

de que la conocía.

Una noche, mientras cenábamos, la noté rara y le pregunté qué tal había ido el día. Me respondió que no había sido el mejor.

—En diciembre siempre estoy a medias —dijo.

—¿Y eso?

—No sé, las cosas malas siempre me ocurren en diciembre.

—Ah.

—He alquilado una serie en la biblioteca, ¿te apetece verla?

—Sí, claro.

—Me la ha recomendado una alumna mía de tu edad.

Entonces se levantó, dejó el huevo frito a medio comer, cogió el bolso, sacó un DVD y tuve ante mis ojos, por primera vez, la carátula de *Los Soprano*. Durante los meses que siguieron, solo vimos unos pocos capítulos de la primera temporada. Luego, por falta de interés, la abandonamos.

Y muchos años más tarde, cuando Tía Lidia se había convertido para mí en un recuerdo borroso, la retomé en soledad y me encantó. Y no pude evitar pensar en qué habría sido de nosotras si hubiéramos seguido viéndola juntas hasta el final. Tal vez, pensé estúpidamente, todo habría sido diferente. El caso es que aquella noche nos sentamos en el sofá y nos pusimos a ver el primer capítulo.

Tía Lidia estaba inquieta y no paraba de moverse. Fue a la cocina, cogió una cerveza y volvió. A los pocos minutos, sin consultarme, paró el vídeo.

—Oye, ¿puedo preguntarte una cosa? —dijo.

—Claro.

—¿Alguna vez has tenido una emoción muy fuerte en un momento determinado, enfado, tristeza, ya sabes, y de pronto algo extraño ha ocurrido a tu alrededor?

—¿Algo como qué?

—Hum, ¿un cuadro se ha caído, o un coche ha dado un volantazo cerca de ti, o algo así? ¿Algo muy raro ha coincidido con el momento en el que la emoción te atraviesa?

—Pues ahora no sé qué decirte —dije.

Y se quedó mirándome unos segundos.

—Bueno, es que tengo que contarte algo —dijo luego.

—¿Qué pasa?

Suspiró, me sonrió quizá un poco nerviosa, y empezó a acariciar a Baby muy despacio.

—Creo que deberías saberlo, es un poco injusto que no lo sepas, ya que vives conmigo y todo eso.

—¿El qué?

—Todas mis amigas ya lo saben, así que siento que ha llegado el momento de contártelo a ti también.

—¡Lidia, venga, dímelo!

—En nuestra familia nunca se ha hablado de las cosas, ¿sabes? Especialmente de las malas, de las malas ni mú. Pero es que de las buenas tampoco es que se hablara mucho, por miedo a presumir, a ser soberbio, yo qué sé. Tú no te calles nada.

—Yo no me callo nada, pero dime adónde quieres llegar.

—Mira, pues resulta que cuando estoy triste, no solo un poco melancólica, sino triste de cojones, triste fangoso, soy capaz de mover cosas.

—¿Mover cosas?

—Con la mente. Muevo cosas con la mente.

—¿Qué?

—En momentos de profunda tristeza padezco de lo que yo denomino telequinesis melancólica.

Le miré a los ojos igual que aquel día de enero en que mantuvimos la mirada con el cervatillo del bosque. Un poco incrédula y divertida, pensando de dónde le habría salido decirme algo así. Baby se despertó y se estiró en su regazo. Ella siguió acariciándolo.

—¡Pero qué estás diciendo!

—¿No me crees?

Me reí.

—¿De verdad no me crees?

—¿Me creerías tú a mí si fuera al revés?

—¡Claro! Si pudiera, te lo demostraría, pero resulta que ahora estoy bien.

—Venga ya, Lidia.

—Empezó cuando murió mi padre. Yo tenía ocho años. Durante mucho tiempo no me di cuenta. Nadie se dio cuenta. Pensábamos que eran accidentes fortuitos sin explicación. Luego, cuando empecé a tener algo de conciencia, vi qué pasaba a mi alrededor cada vez que me sentía así y, aunque me costó asimilarlo, lo asumí.

Naturalmente, no me lo creía, pero quería saber cómo seguía.

—¿Mi madre lo sabe?

—¡Cómo no lo va a saber! Ella me ayudó a aprender a controlarlo. Incluso a sacar ventaja de ello. Como comprenderás, me gustaría no tener que enseñártelo nunca, pero si no te queda otro remedio lo verás tarde o temprano.

La cara de Carmela Soprano, congelada en la televisión, nos miraba con cierto escepticismo arrogante.

—¿Y por qué nunca me lo ha contado?

—Yo qué sé, es tu madre. No suele «contar cosas». Además, no le interesa nada que tenga que ver conmigo.

—Eso es verdad.

—Bueno, pues ya lo sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Lo de mis poderes psíquicos, por fin ya no es un secreto.

—¿Cuándo ha sido la última vez que te pasó?

—Este mismo verano. En la playa. Moví flotadores, una tabla de surf, destruí un castillo de arena. Mis amigas y yo tuvimos que irnos de allí antes de que me pusiera a azotar las olas.

—Lidia, pero qué coño dices.

—El divorcio con Jara ha sido bastante deprimente, ¿sabes? Un verano duro.

—Me lo puedo imaginar.

La conversación siguió durante horas en ese tono irónico-jovial en el que ninguna de las dos sabía si la otra creía lo que decía. Baby daba vueltas lentas de un lado a otro, contento de pasar la noche con nosotras, primero sentadas en el sofá, luego en la alfombra, luego de nuevo en el sofá y por último lavándonos los dientes.

Yo seguía pensando que todo aquello era una especie de autoficción fantástica, pero me divirtió escuchar sus anécdotas, conmoverme con

historias inverosímiles que me partían el corazón y fascinarme con la cuidadosa elección que hacía de todas sus palabras. Me hechizaba, quería aprender a hablar como ella.

Finalmente, a eso de las cuatro de la madrugada, me fui a la cama y apagué la luz, pero mis pensamientos no me dejaron dormir. Luego, la luminosidad del alba empezó a filtrarse por la persiana y enseguida amaneció. Entonces, miré por la ventana y vi que la cigüeña estaba en su lugar, erguida sobre una sola pata.

LA CABRA INSOLENTE II

La continuación de la historia de la cabra me la contó Tía Lidia una tarde de invierno en un trayecto de autobús. Íbamos al cine a ver *Pesadilla en Elm Street* y nos detuvimos en un pequeño atasco.

—Eres una joven cabra llamada Juana, recuérdalo. Acabas de descubrir que tu madre no es una psicópata asesina.

—Sí, lo recuerdo.

—Como es lógico, esta revelación te tranquiliza y te brinda una calma renovada. El hecho de que haya confiado en ti para contarte las razones por las que os fuisteis a vivir a Inglaterra te hace sentir mayor y respetada.

Por un instante, sentada en la cocina, justo antes de ir al colegio, una seguridad que nunca habías tenido te invade y te llena de paz.

De pronto, un rayo de sol entra por la ventana y se inicia el movimiento de la luz, tu madre te mira con su preciosa pupila cuadrada y te olvidas de ese abismo imaginario que desde hace un tiempo te viene molestando como una mosca.

Y justo entonces, como si la tregua estuviera condenada a durar poco, nace otra pregunta. Si tu madre no es ninguna homicida, ¿de dónde viene ese rumor? ¿Por qué se cuchichea sobre tu familia?

El miedo a los fantasmas, a la oscuridad, los lobos, las águilas y los osos, el miedo a todo lo que viene de fuera, se relega de golpe y en su lugar empiezan a aflorar los miedos interiores, aquellos que nunca te abandonarán, que surgen como un mensaje de bienvenida al mundo adulto: el miedo a no pertenecer, al ridículo, la burla, las malas intenciones…

De camino a clase, subiendo por la rocosa pared vertical que escalas a diario para llegar al instituto, sientes un cosquilleo en tu pezuña derecha y ves que una mariposa acaba de posarse en ella. Te quedas

quieta para no asustarla, observas sus formas y eso hace que pierdas el equilibrio. Algo en el viento se estremece y te resbalas hacia abajo. Estás a punto de caer. La mariposa se separa de ti, el corazón se te encoge y luchas por aferrarte a la piedra y conseguir erguirte. Finalmente, lo logras y sigues adelante. Llegas al instituto, te sientas en el pupitre con la mirada un poco perdida y fuera empieza a llover.

—¿Conoces a alguien que haya muerto de anafilaxia? —te pregunta de pronto tu compañera Abigail.

Abigail Faxton es una cabra montesa de pelo rubio que presume de que su estirpe es la más valiente del continente. Siempre está contando que su bisabuelo hizo tal hazaña, que su tatarabuela descubrió no sé qué o que ella misma es capaz de hacer las cosas más sorprendentes.

Una nunca sabe si lo que Abigail desea en realidad es amistad o reconocimiento.

—Pensaba que ninguna cabra podía morir de un ataque anafiláctico —respondes.

—¿Y eso por qué?

—Porque las cabras no tenemos alergias.

Tu compañera Abigail suspira con aires de superioridad y, en efecto, te empieza a contar una historia sobre un tío suyo relacionada con el tema. Pero tú no la escuchas. Solo finges hacerlo, mientras miras la lluvia y deseas que el día acabe pronto.

Intentas recordar cuándo fue la última vez que sentiste una alegría genuina, cuando fue la última vez que algo te excitó de verdad y que la situación no estuvo marcada por un halo de incomodidad o aburrimiento. ¿Quizá alguna tarde de verano justo antes de terminar la infancia? Te cuesta acordarte.

Esa misma noche, después de cenar, tu madre te enseña un cuadro enorme que ha pintado por la tarde con la cara de su vecina Christine, y tú ya no puedes evitar pensar que la única razón por la que acceden a dejarse retratar es el terror.

Sientes por primera vez una lástima secreta por ella. Y esa lástima se extiende hacia tu padre y hacia ti misma. Te vas a dormir, pero no consigues conciliar el sueño. Te asustan las habladurías y decides que

lo mejor será preguntárselo directamente a ellas, a tus fieles amigas.

Al día siguiente, en el patio del recreo, en medio de una conversación insustancial, dices de repente:

—¿Por qué pensáis que mi madre mató a su exmarido?

Tus amigas se miran entre sí poniendo muecas extrañas, pero ninguna te mira a ti. Así que vuelves a preguntarles, esta vez con más inquina:

—Responded. ¿Por qué vais diciendo por ahí que mi madre masacró a no sé cuántas cabras cuando vivíamos en Donosti?

Ellas titubean. Notas que no saben qué decir. Algunas sueltan risitas incómodas, otras niegan con la cabeza y te pones cada vez más nerviosa. Al final, una de ellas, en un tono que suena a mentira podrida, dice:

—Juana, *honey*, nadie piensa eso.

—Pues que sepáis que es verdad. ¡Lo hizo! ¡Y volvería a hacerlo! Así que andaos con cuidado.

Cinco hocicos inquietos se arrugan cada uno a su manera y murmuran cosas ininteligibles. No entiendes muy bien qué acaba de pasar.

Tenías tanto miedo a la calumnia que la única manera que has encontrado para combatirla es propiciarla, hacerla manifiesta.

—¡Sí, sí, sí, pertenezco a una familia de criminales!

Este acontecimiento crea una brecha entre tú y el mundo. Una brecha insalvable. Tus amigas te dejan de lado. O tú las dejas de lado a ellas. O una mezcla de ambas cosas.

Más tarde, te dejas crecer la barba y la tiñes de negro. Tu cuerpo cambia de forma y se hace grande. Poco a poco, aprendes a hacer uso del sarcasmo. El sarcasmo te seduce y empiezas a aplicarlo en todas las frases. Te permite un distanciamiento que desconocías, la barrera que llevabas tanto tiempo buscando. Te hace sentir inteligente. Así que haces del sarcasmo tu reino y de la noche a la mañana te conviertes en una cabra insolente. Te conviertes en una cabra triste e incomprendida que encuentra en la insolencia un refugio.

Un día, por accidente, descubres el cine. No es que no supieras de su existencia, tenías una vaga idea de que estaba ahí, pero nunca le

habías prestado demasiada atención. Ni tus padres, ni ninguna de las cabras que conoces, suelen hablar nunca de ello.

Para ti, las películas de cine representaban una práctica lejana y rara que hacían los seres humanos para entretenerse. Cada animal tiene sus caprichos. Has visto cómo los cerdos se revuelcan en el lodo, has visto a algunos pájaros bailar en grupo y hacer formas imposibles en el cielo, las abejas y su ritual perfecto de miel y néctar. Metías a las películas dentro de este *pack,* sin detenerte a indagar en qué consistían.

Hasta que ves en internet un clip de *La parada de los monstruos* y te encandila. Piensas: «¡¿¡Qué es esto!?!». Buscas ansiosamente y acabas encontrando la grabación completa y eso te cambia la vida. Ese mismo día, obsesionada y en trance, ves *Amanecer* de Murnau*,* ves *La princesa prometida, Breve encuentro, Opening Night, Tod y Toby*. Te vuelves loca. Es como si acabaras de nacer, como si hubieras descubierto el mundo en unas horas.

Empiezas a consumir películas de manera compulsiva. Quieres ver todas las que existen. En poco tiempo, se convierten en un sucedáneo de tu vida. Tampoco es que tu vida de antes te gustara tanto, así que ya ves tú.

Te ofrecen una compañía que hacía mucho que no sentías. O, mejor dicho, que no habías sentido nunca. Esas personas en miniatura que ves durante siete horas al día en la pantalla de tu ordenador se convierten en tus mejores amigos. Vives a través de ellos.

Naturalmente, esta pasión hace que las cabras de tu entorno se preocupen por tu salud mental. Tu padre se te acerca una tarde y te propone que vayáis a brincar un rato por los riscos. Tu madre, traicionando provisionalmente su estilo artístico, elabora un retrato luminoso y sonriente de ti en un intento de hacerte creer que esa es la forma en la que te ve. Tus viejas amigas, que se sienten culpables al ver tu aspecto zarrapastroso, te ofrecen volver a salir con ellas. Pero dices a todo que no y en tu interior te burlas de todas ellas con crueldad.

Ya no necesitas a nadie, piensas. Eres libre.

—Soy libre —te dices a ti misma.

Así que pasas unos cuantos años aislada en una nebulosa que más tarde te costará recordar. Te descuidas en el colegio. Al principio parece reversible y tu madre contrata a numerosos profesores particulares a los que ignoras y expulsas con tus cada vez más retorcidas frases malignas.

—Oliendo tu aliento a infierno no me cuesta imaginar lo terrible que tuvo que ser la Gran Guerra Chiva —le respondes un día a uno de ellos.

A partir de ahí, tus padres se rinden y tú abandonas. Dejas de ir a clase definitivamente. Te repliegas en ti misma sin que eso signifique que haces ejercicios introspectivos. Tu único interés se centra en lo audiovisual, sin más. No miras hacia adentro. Las únicas lunas que ves desde hace mucho tiempo son de papel o están grabadas en Súper 8.

Cuando todos a tu alrededor empiezan a ir a la universidad, tus padres se reúnen contigo y te ruegan que hagas algo con tu vida más allá de ver películas encerrada en tu habitación. Te dan un discurso optimista que a ti te repugna, no puedes soportar escuchar la palabra oportunidad o la palabra esperanza. Les miras con una apatía que demuestra que estás a miles de kilómetros de distancia de ellos, en un lugar oscuro que nadie conoce. Ambos rompen a llorar y te recuerdan lo maravillosa que eras en tu infancia.

—Juana, dónde estás, qué hicimos mal —dice tu padre mientras te zarandea.

—Sé que esa criatura excepcional y bondadosa sigue en algún sitio —dice tu madre zarandeándote acto seguido a su manera, con cierta brusquedad.

Hacía meses que nadie te tocaba. El contacto te pilla desprevenida y te estremece. Algo en ti se descongela y te invade. Tu barrera no es tan fuerte, al fin y al cabo. Te fundes en un abrazo con ellos, sueltas algunas lagrimitas y les dices que estás dispuesta a escuchar algunos de los planes que tienen para ti.

De modo que ahora tienes que elegir: si tú fueras Juana, la cabra insolente, ¿cuál de las siguientes opciones que te ofrecen mami Elaine

y papi Martín elegirías? Son ricos, no lo olvides, pueden permitírselo todo. Su único objetivo es tu felicidad.

a) Tu padre te mete a trabajar en su empresa ferroviaria y los trenes te fascinan. Al principio te cuesta adaptarte porque te habías desacostumbrado por completo a la comunicación y a las obligaciones, pero pronto te olvidas de todo lo anterior al descubrir la deliciosa satisfacción que supone sentirse una cabra juiciosa y realizada. Al ser la hija del jefe, todos te tratan con una gran simpatía, pero tú te convences de que les caes bien de verdad, y tanto tu alma como tu cuenta bancaria ascienden poco a poco hasta alcanzar el cénit.

b) Tu madre Elaine te asegura que lo que necesitas es viajar y ver mundo. Es de vital importancia que conozcas otras culturas para abrir tu mente y poder darte cuenta de lo afortunada que eres. Te propone varios lugares fuera de Europa donde liberarás tu alma y conectarás con el dios Pan. Podrías ir a Guangzhou, conocida como la ciudad de las cinco cabras.

c) Tu padre y tu madre están muy preocupados por ti, de modo que deciden hacer un esfuerzo activo por escucharte, apoyarte y ayudarte en todas tus anomalías. Para ellos te has convertido en una especie de criatura sucia y desgreñada que no comprenden y que en lo más profundo de su ser, aunque les cueste reconocerlo, les avergüenza. Pero te quieren y desean que seas feliz, que luches por tus sueños por muy incomprensible que estos sean. Con toda su buena intención, buscan por ahí cuál es la mejor escuela de cine que existe y se ofrecen a sufragar los gastos de matrícula.

Yo tenía dieciséis años, así que elegí la tercera.

6

MUERTE Y JARANA

Una semana antes de que mi abuelo Alfredo muriera, cuando Tía Lidia aún no tenía poderes especiales y reinaba la paz entre todos los hermanos, a Abuela Refugio la nombraron Manola de Peña.

A finales de los setenta, la peña La Jarana, de la que mi familia era socia, gozaba de mucho renombre entre las gentes de Pamplona. Su charanga era la mejor, su local el más bonito y su comida, por supuesto, la más sabrosa.

Cada año, los miembros de La Jarana elegían a una Manola, lo que tiempo después pasó a llamarse Maja, y lo que ahora equivaldría a Miss.

La chica más guapa del lugar. La chica más guapa del lugar según los hombres más feos de la comarca. Pero, de todos modos, recibir la noticia de que habías sido elegida Manola de La Jarana era motivo de gran orgullo y alegría. Y así lo fue en la casa de mi familia.

La ceremonia de nombramiento iba a celebrarse un sábado por la tarde. Todos irían vestidos con el traje típico de la peña, azul y blanco. Todos menos Abuela Refugio, que llevaría una enorme peineta en la cabeza, una mantilla preciosa y un traje bordado a mano con algunas telas de seda auténtica. Como anticipando lo que ocurriría la semana siguiente, se vestiría para recorrer las calles de la ciudad con esa apariencia de viuda negra.

Cuando llegó el día en cuestión, mi abuela se despertó inquieta. Todo parecía ir bien, pero ella no podía quitarse de la cabeza el presentimiento de que una tragedia se aproximaba hacia allí a una velocidad lenta pero imparable. Serán los nervios, se dijo, y no le dio importancia. Entró en el baño y frente al espejo, mientras se peinaba el pelo en éxtasis, seguía sin poder dilucidar si lo que sentía era

felicidad o miedo.

A continuación, pasó la mañana haciendo recados, saludando a la gente que se había enterado de la noticia y la felicitaba, y pensando qué preparar para comer. Decidió que haría una buena menestra con acelgas rebozadas y espárragos incluidos.

Al volver a casa, con el carro lleno de productos naturales de primera clase, saludó a todos y se encerró en su habitación. Aún tenía un poco de tiempo antes de empezar a cocinar, así que se sentó en la cama y un rayo de sol se coló por la ventana y fue directo a ella.

Las voces de sus hijos llegaban desde el pasillo, Alfredo les gritaba para que se callasen, y mi abuela escuchaba todo eso mientras su cabeza se alejaba más y más.

Respiró hondo con la cara de luz y se puso a evocar los años de su infancia en Izurdiaga, el ladrido de su perro Urdin, las voces de sus padres, las nieves que cubrieron una vez su caserío de piedra, el roble joven bajo el que aprendió a leer, la primavera en la que probó las fresas.

La rareza de estar viva la dominó y tuvo que hacer un gran esfuerzo por sobreponerse y volver a su condición de madre, esposa y Manola.

Se levantó, salió del trecho de sol que seguía ahí y fue a la cocina a pelar alcachofas y patatas. Un día más, se repetía, un día más. Le esperaba un verano entero de tardes en la piscina, de confiar en que septiembre llegara pronto y con él las clases de sus hijos y la despreocupación que estas le otorgaban. Un verano de llenar las horas, de pieles quemadas y de noches en las que siempre había alguien que llegaba tarde. Se preguntaba en qué momento el verano había perdido su ligereza.

Y así, de nuevo, en la cocina, como si aquel día alguien hubiese pulsado el botón de rebobinar en su memoria, recordó los veranos en los que era una niña que iba al río y comía peras.

Una vez, una prima lejana y mayor que ella, fue al pueblo y jugaron durante horas. Esa prima sabía los nombres de muchos colores y se los enseñó todos. Malva, borgoña, jade, lavanda, magenta, turquesa, escarlata… Algunos de ellos tuvo que describírselos, porque no encontraban nada que se correspondiese con ellos. Para turquesa, por

ejemplo, le dijo: es como el verde pero más lento, es como el azul en sueños.

Con este nuevo conocimiento, mi abuela sintió que su mundo se ensanchaba y se llenaba de promesas. Cuando llegó la hora de irse, su prima le miró a los ojos y, de manera repentina, le dijo: «Algún día te irás de aquí y no volverás nunca».

Abuela Refugio se sorprendió. No entendió de dónde venía ese aviso, esa especie de amenaza. A ella su casa le gustaba mucho.

Por la noche, al intentar dormir, la voz de su prima retumbó en su cabeza y le dio miedo. Y treinta años más tarde, al sacar los platos del armario a punto de servir la menestra, recordó de nuevo esa frase y pensó que, viniera de donde viniera, tenía razón.

A la hora de costumbre, los ocho miembros de la familia se sentaron a comer. Todos estaban contentos por el acontecimiento que se avecinaba y miraban a Abuela Refugio con admiración, expectantes de la apariencia que tendría dentro de un rato. Después, cuando Alfredo y sus hijos dormían la siesta acurrucados unos encima de los otros en el sofá, mi abuela recogió los platos, limpió la cocina y fue a acicalarse.

Alrededor de una hora más tarde, aliviada al comprobar que el delicado traje de Manola que le habían prestado era de su talla, salió del cuarto de baño, entró en el salón, levantó los brazos, dio una vuelta entera y su imagen deslumbró a la concurrencia.

—Tengo que subir a casa de Zacarías —dijo mi abuelo.

Zacarías era el vecino de arriba, un señor pequeño, solo y aficionado a la fotografía con el que habían trabado cierta amistad a través de los años. Siempre llevaba una boina e iba encorvado pero recto a la vez, una cosa muy rara. Un día lo invitaron a comer cordero al chilindrón y el resto de veces habían mantenido con él breves pero afables conversaciones de escalera.

Sabían que Zacarías tenía dinero y también una cámara Leica. Nunca habían sabido a qué se dedicaba y sospechaban que, sencillamente, a nada. Creían que había recibido una herencia que le permitía vivir sin preocupaciones sacando fotos a las estatuas. De ahí que fuera tan simpático. Así que mi abuelo pensó que ese momento

tenía que quedar grabado y que la única vía para conseguirlo era pedirle prestada la Leica a su vecino. Congelar la belleza de Refugio momentos antes de ser proclamada Manola y ovacionada en La Jarana.

Y justo entonces, cuando mi abuelo se disponía a salir por la puerta, se oyó un grito que provenía precisamente del piso de Zacarías. Un aullido desgarrado al que le siguió el sonido de un cuerpo desplomándose en el suelo y algún objeto de cristal haciéndose añicos.

El mundo se detuvo durante un instante. Mi abuela y mi abuelo se miraron a los ojos pensando qué hacer, atentos por si oían algo más que les diese una pista de lo que había pasado.

Sin premeditación posible, corrieron hasta la puerta de Zacarías. Sus seis hijos fueron detrás de ellos y entre todos empezaron a aporrearla y a gritar su nombre. Nadie contestaba. Un viento nuevo y frío entró por la ventana del rellano y agitó el mantón de Abuela Refugio, haciendo que cubriera la cara de Tía Lidia y mi tío Miguel, que empezaron a golpear la puerta a ciegas.

En ese momento, mi abuelo Alfredo recordó que, tiempo atrás, había intercambiado una llave con su vecino en previsión de que algún día hubiera una urgencia. La urgencia estaba ahí y había que darse prisa.

Bajó a toda velocidad a su piso, buscó la llave en un cajón del cuartichín, encontró dos diferentes y volvió a subir para probar cuál de las dos abría la puerta. Tres de sus seis hijos lloraban por no entender el dramatismo de la situación. Abuela Refugio los abrazaba para consolarlos, aunque su atuendo no le permitía agacharse.

Al segundo intento, la puerta se abrió, los goznes chirriaron y tendido en el suelo del salón vieron de pronto el cuerpo de Zacarías desmadejado.

—Irene, baja a tus hermanos a casa y quedaos ahí —ordenó el abuelo.

Abuela Refugio y él se quedaron solos en ese espacio ajeno frente al diminuto cuerpo allí tirado de mala manera. Lo que les impactó, casi más que esa imagen inquietante, fue la ostentosa decoración del apartamento. Habían vivido años debajo de un pequeño palacio sin

ellos saberlo.

Le tomaron el pulso, pero no estaban seguros de notar o no el latido. Mi abuela le dio un par de tortazos en la cara, por si reaccionaba. Al ver que nada de eso daba resultado, llamaron a la ambulancia y les explicaron lo ocurrido.

La celebración Manola de La Jarana iba a empezar en cuestión de media hora, pero no podían irse hasta saber si el entrañable Zacarías estaba vivo o muerto. Pobre pequeñín, pensaba mi abuela. Y en ese momento y como por casualidad, mi abuelo divisó encima de un estante la cámara Leica que venía a buscar.

—Refugio, ya sé que la situación resulta peculiar, pero es ahora o nunca —le dijo indicándole con la mano que posara para una foto—. Pase lo que pase, ya se lo explicaremos.

Mi abuela le hizo caso y se puso debajo de la lámpara de araña que presidía el salón. Esbozó una sonrisa de circunstancias, mi abuelo comprobó que había carrete, enfocó intuitivamente y apretó el botón del obturador. La escena quedó registrada para siempre.

Las campanas de la iglesia anunciaron que eran las siete, lo que indicaba que llegarían tarde a la peña. No había nada que pudieran hacer, salvo confiar en que la ambulancia apareciese cuanto antes y les permitiera irse. El tiempo se alargaba como un chicle, mis abuelos sudaban y se movían de un lado a otro. Él, vestido de blanco. Ella, vestida de negro. Como dos piezas de ajedrez que esperaran a que alguien hiciera el próximo movimiento.

Diez minutos después, los médicos llegaron y alzaron a Zacarías.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué vais así vestidos? —preguntaron.

—Mi mujer ha sido elegida Manola de La Jarana —dijo mi abuelo.

—Oh, felicidades, señora. Señora Manola. ¿Cómo se llama? Enhorabuena.

—Refugio.

—Enhorabuena, Manola Refugio.

Analizaron a Zacarías y determinaron que había sufrido un infarto, pero que aún no estaba completamente muerto. Había posibilidades. Con esta información, mis abuelos se llenaron de esperanza y dijeron que rezarían por él durante toda la noche.

Salieron de ahí y fueron pitando hacia La Jarana. Montaron a sus seis hijos en la parte trasera del coche y condujeron hasta el lugar donde la gente, sorprendida y decepcionada de que la elegida no hubiera hecho aún acto de aparición, empezaba a murmurar: ingrata, ingrata, ingrata…

Al final, con casi una hora de retraso, bajaron del coche en actitud triunfal, entraron en los locales de la Peña y explicaron lo que les había sucedido. Todos parecieron olvidar la espera y procedieron a entregarle a mi abuela una cesta con dos botellas de vino y una chistorra envuelta en celofán como premio por haber sido elegida. Luego cantaron canciones, aplaudieron un poco y a continuación bebieron vino.

Cuando Abuela Refugio fue al baño y pudo mirarse con tranquilidad al espejo, sintió cómo esa fuerza que llevaba todo el día alimentando su cabeza de recuerdos volvía a arrastrarla hacia el pasado. Entonces, en su cara cansada, su cara de estrella, vio reflejada otra muy diferente. Se superpuso de golpe una cara inocente, su cara de la infancia, que, en el silencio del baño alejado de la fiesta, alzaba la mirada hacia la peineta y decía: «Qué bonito, ¿para qué sirve?».

La noche siguió hasta que todos los niños se quedaron dormidos en distintos rincones de la peña, y los adultos lo vieron como una señal de que era la hora de irse. Al llegar a casa, se dieron cuenta de que alguien había metido una nota por debajo de la puerta.

¿Y quién podría ser? Era Zacarías. Les decía que le había dado un infarto, pero que ya estaba bien y que le habían mandado a casa. Al parecer, no se trataba de ninguna novedad. Era la tercera vez que le ocurría. De todos modos, les daba las gracias y les decía que subieran a su casa por la mañana.

De manera que al día siguiente, la familia entera se vistió con ropa normal y subieron a casa del vecino. Y les abrió la puerta él mismo, sin obligarles a utilizar la llave de repuesto. Luego bromearon sobre el tema. Tenía muy buen aspecto, Zacarías, después de todo.

Nadie hubiera dicho que unas horas antes mis abuelos lo habían considerado un perfecto cadáver. Les enseñó su casa y les habló acerca de sus otros dos infartos, acerca de quién y cómo le había salvado en

aquellas ocasiones.

—He cogido la costumbre de hacerle un regalo a la persona que me salve —les dijo. Hizo un giro sobre sí mismo, abrió los brazos y cubrió todo lo que tenía alrededor—. Podéis escoger cualquier cosa que queráis llevaros, será un placer.

Mis abuelos intentaron disimular su entusiasmo. No podían creérselo. Estaban tan contentos que se quedaron mudos. Entonces, Tía Lidia, a sus ávidos ocho años, dio unos pasos, cogió la cámara Leica con delicadeza y dijo:

—Queremos esto.

Zacarías rompió en una carcajada tan grande que todos temieron que le diera otro infarto y volviera a caerse redondo. Cuando acabó, les preguntó a mis abuelos si estaban de acuerdo con la decisión que había tomado su hija y ellos asintieron. Claro que sí, sí, sí.

Y a lo largo de toda la semana siguiente, hicieron las fotografías más bellas del mundo. Después, mi abuelo Alfredo tuvo el accidente de bicicleta, murió y la cámara quedó abandonada.

Nadie fue capaz de ir a revelar aquellas fotos, temían encontrar en ellas una felicidad de la que ya no quedaba nada.

Pero unos meses más tarde, mi madre, que entonces tenía quince años, llegó a casa de mi abuela con un sobre que contenía todas las fotos sacadas con la Leica. Pensó que, si no lo hacía ella, no lo haría nadie y, al final, las imágenes que ilustraban los últimos días de mi abuelo quedarían olvidadas.

Se sentó en la cocina y, a medida que sacaba poco a poco las fotos y las colocaba sobre la mesa, sus hermanos y su madre se acercaron para ver qué había en ellas. Mi madre y Tía Lidia en una ventana, mi abuelo Alfredo en un banco de la plaza del Castillo, el mantel arrugado con una flor encima, mis cuatro tíos viendo la tele.…

Y, por último, Abuela Refugio vestida de Manola en la casa de Zacarías, con los labios pintados, bastante tiesa y con una cara en la que pueden leerse todas las emociones posibles.

Hay algo mágico, en esa foto. Como si la muerte paseara por la habitación y mi abuela lo supiera. Como si notara que está allí y que va a perdonar a Zacarías. Pero como si supiera también que días más

tarde va a llevarse a alguien, a alguno de ellos.

Abuela Refugio intenta adivinar a quién. Y mira a mi abuelo, y por ende a cámara, y pide que no sea él, que por favor no se lo lleve a él. Pero, al mismo tiempo, le dice, a la muerte le dice, que si se está debatiendo entre su marido, sus hijos o ella, entonces que sí sea él. «Si te debates entre llevarte a mi marido, a alguno de mis hijos o a mí, llévatelo a él. Llévate a mi Alfredo».

Eso es lo que dicen los ojos de mi abuela en esa foto sonriente. Y tal es su fuerza que hicieron veinte copias de la misma, veinte copias divididas entre las casas de todos los hijos y los nietos.

Mi madre la tiene enmarcada en el salón. Tía Lidia la tenía en su cuarto y luego, cuando se fue de Pamplona, se la llevó con ella. Mis tíos y mis primos no tengo ni idea de dónde la tienen enmarcada, ni si la tienen enmarcada, pero la tienen.

Y yo la tengo justo encima de mi cama, a modo de crucifijo y tótem protector. Hablo con ella en las noches en las que no puedo dormir, le cuento cómo es la vida en Madrid, a quién deseo, qué me enfada, por qué sufro.

Para mí es la única imagen que representa a Abuela Refugio tal y como era de verdad, la única que evidencia que tenía secretos que nunca contó y que, a su modo, se hizo amiga de la muerte.

7

PEZÓN SUICIDA

Un miércoles después de comer, Tía Lidia me habló durante dos horas acerca de su relación con Jara. Teníamos la costumbre de sentarnos en el sofá y no levantarnos hasta las cinco.

A veces, nos gustaba poner una película o un capítulo de alguna serie que estuviéramos viendo, pero como solíamos quedarnos dormidas, casi siempre nos limitábamos a ver lo que pusieran en la 2.

Aquel día, en la tele apareció un documental sobre el ritual de cortejo de los pingüinos papúa. Todo eso de que el macho busca la piedra más preciosa del lugar y se la entrega a la pingüina para seducirla.

La cara de uno de ellos me recordó a Markel, un chico de mi Escuela de Artes al que desde el principio vi como el candidato perfecto para mi iniciación sexual, el Elegido para explorar y llevar a cabo todas las fantasías que tenía idealizadas en mi cabeza.

Markel era rubio y hacía un grado superior de escultura. Su ropa siempre estaba sucia de escayola, nos mirábamos por los pasillos y, de vez en cuando, hablábamos en los recreos.

Creo que la única razón por la que pensé que debía ser él es porque le gustaba la misma música que a mí, música que creía que no le gustaba a nadie más en el mundo: en mi imaginario, eso creaba de manera automática un lazo irrompible entre nosotros.

Magnifiqué las pocas coincidencias que había encontrado y se las conté por encima a Tía Lidia, en voz baja, como si en realidad no les diera importancia.

—Ten cuidado con las analogías —me dijo.

Yo no entendí muy bien qué quería decirme, ni siquiera conocía con exactitud el significado de la palabra analogía. Entonces suspiró, puso

a Baby encima de sus piernas y empezó a acariciarlo con mucha lentitud, lo que le otorgaba el tipo de teatralidad que necesitaba para narrar una historia.

Y así, sin cambiar de posición, me contó todos los detalles de lo que yo solo había oído a grandes rasgos.

Se conocieron a finales de los ochenta, cuando ella tenía diecisiete años y Jara diecinueve. Tía Lidia llevaba unos meses trabajando en un bar de la parte vieja, famoso por tener la cerveza más asquerosa de la ciudad, asquerosa pero barata, y por mantener el local abierto hasta el amanecer. Conocía a todas las personas que iban ahí, no solían variar mucho. Hasta que llegaron los Sanfermines y empezaron a aparecer caras nuevas.

El día 6 de julio, un poco porque le apetecía y otro poco por provocación, se vistió entera de negro, pero en cuanto apareció por la puerta del bar, su jefe le dijo que más le valía volver a casa rápidamente y vestirse con el conveniente traje pamplonica de arriba abajo.

—Esa severidad radical de las tradiciones festivas, con las calles emanando olor a pis y su solemne y estúpida parafernalia rojiblanca, siempre me ha dado náuseas —dijo Tía Lidia—. Pero no quería perder el trabajo, así que obedecí sin rechistar y volví al poco rato con el aspecto de tarta de fresa que todos esperaban.

—Nunca había pensado en el traje de San Fermín como una tarta de fresa.

—Una tarta de fresa podrida, añadiría. El caso es que esa misma noche entró Jara, todavía una desconocida, e iba toda de negro. Camiseta, pantalón, sombrero: todo negro.

—Me la imagino.

—Y pidió un café.

—Negro.

—Sí. Al día siguiente pasó lo mismo. Durante toda esa semana también. Hasta que me habló y ya no dejamos de hacerlo.

—Pero ¿cómo empezasteis a salir juntas?

—Cuanto más hablábamos, más queríamos seguir haciéndolo. Y cuando ya estábamos a punto de agotar todos los pretextos para

vernos y hablar, después de habernos enseñado todos los cines, bares, librerías y tiendas de discos, le confesé que, en realidad, los cines, bares, librerías y tiendas de discos me daban un poco igual. Que lo único que quería en el fondo era verla y hablar con ella.

—¿Y qué te dijo ella?

—Lo mismo, claro. Pero mentimos, porque eso no era lo único que queríamos. También queríamos acostarnos juntas. Y, de nuevo, eso hicimos. Y, veinte años después, nos divorciamos.

—Menudo resumen.

—Ya, pero entre medio ocurrieron muchas cosas.

—En veinte años, puedo entender que pasaran cosas, sí.

—En ese primer verano, descubrimos que había una infinidad de coincidencias entre nosotras. Ambas éramos huérfanas de padre y las pequeñas de seis hermanos. Fumábamos la misma marca de cigarros, nos gustaba el helado de almendra, solíamos subir a la azotea del mismo edificio y nuestro vello púbico estaba distribuido de manera natural del mismo modo: ligeramente en forma de corazón. Esos son solo algunos ejemplos.

—¿En forma de corazón?

—Todos esos paralelismos en nuestras infancias y en nuestra manera de ver el mundo generaron en mí la sensación de que había un determinismo entre nosotras. La certeza de que las dos líneas equidistantes que habían sido nuestras vidas estaban destinadas a inclinarse en algún momento y unirse para siempre.

—Tiene sentido.

—Pensé que tantas coincidencias no podían ser azarosas. Y mucho tiempo más tarde me di cuenta de que cualquiera que mirase a alguien con la concentración con la que yo analizaba a Jara, encontraría inevitablemente similitudes y vivencias iguales.

—Tendré cuidado.

—No hace falta que lo tengas, solo que seas consciente de que si prestas la suficiente atención a alguien buscando puntos en común, y si además eres una persona con cierta tendencia a la paranoia, y yo lo era, sufrirás la revelación ilusoria de que el alma de esa otra y la tuya son, en esencia, idénticas.

Las almas de Tía Lidia y Jara idénticas no eran, pero sí bastante parecidas, eso es innegable. Jara le contó que había estado un año de *au pair* en Inglaterra y allí había descubierto un montón de bandas de punk de tías que hacían lo que les daba la gana. Al igual que Markel, el pingüino *indie*, y yo, ellas también compartían el gusto musical.

Las Raincoats, las Slits, X-Ray Spex y Delta 5 fueron la banda sonora de su primer año de amor. Fueron también el detonante de que unos años después, cuando su relación ya estaba más o menos asentada y yo estaba más o menos naciendo, decidieran crear la banda Pezón Suicida. ¿Por qué Pezón Suicida? No lo sabemos.

Habían oído hablar de varios grupos de chicas en diferentes puntos del País Vasco que estaban haciendo canciones muy interesantes, así que, soñando con generar un panorama musical parecido al que estaba aconteciendo al otro lado del océano con las Bikini Kill, Bratmobile o Sleater-Kinney, se lanzaron a un vacío incierto que acabó llamándose *Desacato a la autenticidad*.

Desacato a la autenticidad fue su primer álbum y el único que tuvo un poco de éxito. Aunque escuchado ahora suena a exorcismo cacofónico, en su día gustó bastante, porque, ¿no era lograr un exorcismo cacofónico precisamente el objetivo?

En la línea de sus ídolas, en las diez canciones que lo componían se dedicaron a criticarlo todo, a poner en tela de juicio cada detalle que las rodeaba, con letras ingeniosas y disruptivas que mostraban un descontento hacia los valores tradicionales y el camino prediseñado que se suponía que debían seguir. Tía Lidia tocaba la batería y Jara la guitarra eléctrica, y ambas cantaban, o hacían algo parecido a cantar. En algunos conciertos, Jara hacía un solo de guitarra mientras mi tía, que le pasaba una cabeza, la subía a sus hombros.

—Nuestro segundo álbum, *Cerebros cubiertos de estiércol*, ni siquiera gustó a las pocas personas que habían estado en sintonía con el primero.

—¿Y eso?

—No sé, yo creo que ni siquiera a nosotras nos gustaba. En el

tiempo en que lo sacamos, a finales de los noventa, nos estábamos acercando al estilo de vida en el que tanto nos habíamos cagado. Ya no nos creíamos nuestras propias mierdas. Nuestras propias letras, quiero decir.

—¿Y qué estilo de vida era ese?

—Pues menos insurrecto, simplemente. Yo dejé de trabajar en el bar, empecé a estudiar Filología inglesa, Jara me relevó en mi puesto y lo complementó impartiendo clases de música a niños, y para cuando nos dimos cuenta queríamos las cosas que tanto habíamos rechazado.

—Querías lo que tienes ahora.

—Algo así. La gata de una amiga mía tuvo una camada y adoptamos a Baby, una pelusa negra del tamaño de un higo. Un año o un par de años después, nos mudamos aquí. Colocamos un piano en medio del salón, que ya no está, y nuestro armario se llenó de ropa de colores. Esa rotundidad inconformista que nos caracterizó en los años de Pezón Suicida, desapareció de nuestro vocabulario. Yo me hice profesora de inglés y Jara dejó el bar y se hizo profesora de guitarra y batería a tiempo completo.

—Una vida normal. ¿Y qué decía de la telequinesis?

—¿Que qué decía Jara de la telequinesis?

—Sí.

—Nada, la llevó bien desde el principio. Como fueron unos años muy felices, apenas se manifestaba. De vez en cuando, discutíamos y todo empezaba a moverse, generando un circo de gritos y objetos voladores. Pero incluso en esos momentos era gracioso.

—Me encantaría verlo.

—Ya. Ahí es cuando llegué a la conclusión de que el enfado muchas veces es tristeza. Pero no siempre, otras veces el enfado es enfado a secas.

—Claro, para ti diferenciarlo es fácil.

—Sí, con enfado solo no muevo cosas.

—Ya.

—La primera vez que dejamos de acostarnos juntas, pensamos que sería definitivo y debatimos algunas alternativas posibles. Me imagino

que tú nunca has dejado de acostarte con alguien, ¿no?

—¡No he empezado!

Nos reímos y me dijo:

—Hay gente que se cree que empieza pero no empieza nunca. Bueno, pues cuando dejamos de acostarnos juntas probamos a estar con otra gente, a simular que éramos personas que no éramos. Cosas así. Luego volvimos a acostarnos juntas, volvimos a pasar otra etapa sin hacerlo y el proceso se repitió hasta que comprendimos que simplemente era así como funcionaba. ¡Porque es así como funciona!

—Lo tendré en cuenta.

—Al poco tiempo nos casamos, ¡socorro!, y a partir de ahí, todo se torció.

—¿Qué es lo que se torció?

—No sé, todo. Todo se torció de un modo muy lento, casi imperceptible. Una decadencia a ritmo de caracol que fue haciendo mella poco a poco hasta que, como un punto negro custodiado en la espalda durante décadas, explotó.

—Qué asco, Lidia.

—Ya. Yo hice una estancia en un instituto irlandés a través de un programa de intercambio y parece ser que en esos seis meses las dos nos dimos cuenta de que no estaba tan mal estar sin la otra. Pero seguimos juntas.

—¿Por?

—Primero porque nos seguíamos queriendo, y segundo y más importante, porque habíamos construido una serie de hábitos que nos parecían sagrados, rutinas sin las cuales pensábamos que nos perderíamos. Espero que estés apuntando todo esto en tu cabecita.

—Lo apunto.

—Jara y yo nunca lo llegamos a decir en voz alta, pero a ambas romper con todo eso nos generaba una sensación que a veces estaba cercana al miedo y otras a la pereza. Así es como siguen las parejas, con miedo y pereza.

—¿Solo con miedo y pereza?

—No, chica.

—Bueno.

—Nuestros temas de conversación variaron demasiado. Durante muchos años hablar con Jara fue lo que más me gustaba del mundo. Nuestra manera de entendernos, como te decía antes, era un cosa loca. Pero, al final, solo comentábamos cosas del trabajo. Un día, Jara me contó que acababa de empezar a dar clases particulares a una mujer llamada Patricia, fanática de Manu Chao, cuyo único objetivo era aprender a tocar todo el álbum de *Clandestino*. Yo me burlé de ella y Jara me siguió el rollo.

—¿Te burlaste de esa Patricia?

—Sin más, yo ni siquiera sabía cómo era.

—¿Y qué pasó?

—Que una tarde Jara llegó a casa y, por decir algo, le pregunté «¿Qué tal avanza la *Bongo Bong*?», y ella me responde: «Bien». Fue el «bien» más seco jamás pronunciado por nadie.

—Oh.

—Uh. A partir de ese día, las bromas hacia la ferviente amante del buenrollismo cañero, cesaron. Hasta que unos meses después, una mala racha se estaba alargando más de lo común y tuvimos la conversación final. Jara me llevó a cenar a un restaurante aséptico, ideal para la ocasión, y me confesó que se había enamorado de Patricia.

—¡De Patricia!

—De Patricia. Me dijo: «Esta vez va en serio».

—¿Esta vez?

—Eso fue lo que le pregunté: «¿A qué te refieres con esta vez?». La sugerencia implícita de que había habido otras veces menos importantes que esa, menos «en serio», me pilló desprevenida, tanto que casi se me pasó por alto lo que acababa de decirle.

—¿Y qué te dijo ella?

—«Olvídalo», me dijo. Poco le faltó para ponerse a cantar «Je ne t'aime plus, mon amour». Quizá hubiera sido mejor así. Yo contuve la tristeza y conseguí que la tarta *txantxigorri* no empezara a moverse sola.

A veces me ocurre así: la pena se me queda dentro, en algún lugar recóndito de mí, y se almacena ahí hasta que mis poderes se activaban

cuando menos me lo espero. Muevo algo sin querer y pienso: «¿Se supone que ahora estoy triste?».

—¿Y Jara y Patricia? ¿Siguen juntas?

—No lo sé. Pero bueno, lo que vino después ya te lo puedes imaginar.

—¿Papeleo y odio?

—¡No! Fuimos las tres juntas a un concierto de Manu Chao.

—¡Qué!

—Es broma. Papeleo sí, odio no tanto.

—Mejor así, ¿no?

—Sí, mejor así. Lo más doloroso de todo fue saber que no estaría en mi vida.

—¿Crees que nunca lo estará?

—Nunca se sabe, pero yo creo que no. Después de haber creado una nada exitosa banda de punk con alguien, y de haberte adentrado en las profundidades de la parte más mediocre de ti misma con ese alguien, y de haber negociado la custodia de un gato, y de haber negociado bragas, cremas y libros, casi es mejor decirse adiós.

—Ya, supongo que sí. Me cuesta imaginarte en esa vida que me has contado.

—¡A mí también!

—¿Sí?

—Te lo estaba contando y era como si fuera otro episodio ficticio más de la fábula de la cabra insolente. Pero no, resulta que es mi propia vida.

—Además, ¿sabes que todo el tiempo has utilizado palabras que no sueles usar?

—¿En serio? ¿Como qué?

—No te sé decir, expresiones que no son tuyas.

—Qué curioso.

—Y también refranes.

—¿Refranes? Yo nunca digo refranes —dijo extrañada.

—«Una golondrina no hace verano, ni una sola virtud bienaventurado». «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Eso has dicho.

—¡Qué observadora! Ni siquiera sé bien qué significan.

Mucho tiempo después pensé que tal vez no eran nuevos, ni los movimientos faciales ni las palabras, sino que revivir su historia con Jara le trajo también todo el vocabulario que la caracterizó entonces, cuando era alguien diferente. El lenguaje corporal y el léxico de quien fue mi tía Lidia antes de convertirse en Tía Lidia.

En cuanto a Markel, nunca llegué a explorar ni a descubrir nada con él. ¿Cómo era aquella frase acerca del deseo? Eso de que la realización de un deseo nunca será tan satisfactoria como la proyección del mismo. Algo así, no lo recuerdo. Mi deseo, a los dieciséis años, era como un puerro escondido bajo tierra, como una madera que no prende, algo incómodo y oculto.

El caso es que, gracias a Tía Lidia, adquirí la costumbre de observar, de realizar análisis minuciosos sobre los afectos ajenos. Cuando aún no tenía ni idea de qué era ni cómo funcionaba el amor correspondido, solía mirar a la gente, a las parejas, intentando desentrañar alguna verdad que me sirviera de algo. Me gustaba estudiar los gestos, el doble sentido de las frases que se decían entre sí, el funcionamiento cambiante de los silencios.

Y cuando empecé a salir con María, todas las conclusiones a las que había llegado antes, las teorías que saqué, se me olvidaron. Sin darme cuenta, esa melancolía y esa sensación de solipsismo se esfumaron.

A veces, María y yo mirábamos a otras parejas y hablábamos sobre ellas, pero el lugar desde el que lo hacíamos no era el anhelo. Me convertí, supongo, en objeto de observación. Y fue solo al separarme de ella cuando, sin ese derroche de seguridad y corazón colmado, fui capaz de mirarme a mí misma desde fuera.

Recordé entonces la frase de Tía Lidia, «Ten cuidado con las analogías», pero no podía hacer nada: todo lo que veía al mirar retrospectivamente mi relación con María ya lo había visto antes. Mil veces. La misma historia, el mismo arco de personajes, la misma confabulación, el mismo final.

8

DELIRIO EN LA PELUQUERÍA

Lo primero que Tía Lidia movió con la mente fueron unas tijeras. Ocurrió en el verano que siguió a la muerte de su padre. Sus hermanos, su madre y ella se encontraban en un estado de *shock* que les desordenó la fantasía convirtiéndolos, en opinión de todo el mundo, en una familia rara.

Un día, mi madre y Tía Lidia fueron a espiar cómo Abuela Refugio trabajaba en la peluquería. Esa nueva faceta suya las fascinaba, ya que durante sus catorce y ocho años de vida solo la habían visto trabajando en casa, vestida con una bata de cuadros y el pelo recogido en un moño.

Sin embargo, de repente, su padre no estaba y su madre se había convertido en una mujer de treinta y cinco años que vestía de calle, cortaba el pelo y lavaba el cuero cabelludo a desconocidas. Cogieron la costumbre de ir a mirarla a través del cristal.

Aquella tarde hacía un calor bochornoso y la peluquería estaba vacía. Cuando llegaron, Abuela Refugio estaba agachada entre imágenes de cardados y anuncios de laca, sacando unos botes de champú que estaban metidos en una caja de cartón. Después, cuando todo estuvo preparado para las sesiones vespertinas, se puso a barrer el suelo, dándole la espalda a la calle. Mi madre y Tía Lidia permanecían escondidas en el portal de al lado, asomando la cabeza de vez en cuando y esperando a que llegara alguna clienta o que ocurriera algo interesante.

Los minutos pasaban lentos y el aire tenía esa densidad pastosa tan particular que solo ocurre en agosto, que tiene la capacidad de sumirte en un estado de pesadumbre total y de quitarte toda la energía por completo, pero que, al mismo tiempo, no es del todo desagradable.

Tía Lidia volvió a asomarse despacio y con mucho cuidado. Esta vez su madre estaba de frente, con un gesto en la cara que ella no le había visto jamás, un gesto que quizá solo hacía en secreto, cuando podía permitirse sentir toda la rabia o la pena que llevaba dentro. Barría mi abuela con el ceño fruncido y los labios apretados, con la nariz arrugada y contraída, como si estuviera oliendo un olor repugnante.

Esa expresión sorprendió a Tía Lidia como un golpe. Su madre parecía un insecto encorvado y frágil. Siguió mirándola unos instantes más, esperando que cambiase o que al menos se pusiera a llorar. Que hiciese algo. Pero mi abuela seguía igual, con todas las partes de la cara estrujadas.

—Creo que madre no está bien —dijo Tía Lidia.

—¿Por qué lo dices? —preguntó mi madre.

—Mírala.

Y en ese momento, en cuanto le puso palabras a lo que estaba viendo, una amargura que no había sentido hasta entonces invadió su pequeño cuerpo de ocho años. La realidad se impuso y ella comprendió. Todo era una mierda. No fue mierda lo que le vino a la cabeza aquella tarde, pero sí que fue lo que utilizó cuando su vocabulario se hizo más rico y pudo expresarse con precisión.

En algunas conversaciones de patio del recreo, Tía Lidia había oído a varias amigas suyas quejarse de sus padres. Una decía que su padre era un gruñón, otra que el suyo apestaba, otra decía que nunca estaba en casa. A Tía Lidia el suyo le gustaba, se conformaba. Entonces ¿por qué había tenido que morirse? ¿Por qué él y no cualquiera de esos otros padres que estaba más que claro que sobraban? No lo entendía.

Y todo ese sentimiento de injusticia era lo que Tía Lidia, sin saberlo, estaba percibiendo en la cara de mi abuela. Mi madre la abrazó y a ella se le encogió la tripa. Sintió una punzada en el estómago, clavó su mirada en unas tijeras alargadas que estaban encima de una mesa, concentró en ellas todo su dolor y, de repente, esas mismas tijeras se elevaron y empezaron a levitar por la peluquería.

Abuela Refugio, que ni aquel, ni ningún otro día, se había dado cuenta de que sus dos hijas iban por las tardes a verla trabajar, se detuvo, destensó las muecas ansiosas, abrió la boca y se quedó

mirando cómo las tijeras volaban. Se abrían y cerraban como si estuvieran cortando una melena imaginaria.

Pensó que se había vuelto loca. Las semanas posteriores al accidente de su Alfredo ya había sufrido algunas alucinaciones. Oía voces, ruidos, sentía que alguien le tocaba la espalda por la noche, tenía visiones… Pero no le contó nada a nadie. Las normalizó, aprendió a convivir con ellas, a ignorarlas, y poco a poco fueron desapareciendo.

Por eso, la visión de las tijeras dando vueltas por la peluquería no fue una sorpresa tan grande como le hubiera supuesto a cualquiera. Lo único que le preocupó fue perder la cabeza por completo, así que pidió por favor, a un Dios en el que ya no creía, mantener la cordura en primer lugar.

El corazón de Tía Lidia estaba a punto de explotar. Sabía que, de alguna manera incomprensible, ella era la causante de que las tijeras estuvieran amenazando el orden de la peluquería.

Podía controlarlas como quien mueve un yo-yo.

Mi madre la tenía agarrada y observaba la escena con una perplejidad absoluta. Aún no sabía que la niña que tenía en brazos, su pequeña Lidia, su hermanita de pelo negro, había sido dotada por la naturaleza con una habilidad psíquica denominada «telequinesis».

En ese momento, una mano les tocó el hombro y ambas chillaron al unísono. Era una señora del ensanche que iba casi a diario a peinarse los valiosos cuatro pelos que le quedaban. «¿Qué hacéis aquí, bonitas?», les preguntó.

Mi madre y Tía Lidia se pusieron a correr y no le respondieron nada. Abuela Refugio oyó los gritos desde dentro de la peluquería y se asomó a la calle con rapidez, pero no vio a ninguna de sus hijas. Y entonces sí, definitivamente, no le cupo duda de que sus alucinaciones habían vuelto.

De todas formas, disimuló de la mejor manera, agarró al vuelo las tijeras flotantes con la mano y saludó afablemente a su habitual clienta, que en ese momento entraba por la puerta como una reina y ya se había olvidado de que unos segundos antes acababa de saludar a las dos niñas.

Mi abuela se incorporó, respiró hondo y sonrió a su clienta, como si

fuera una tarde normal de verano en la que todos comentan lo embotado que está el cielo y sueñan con que llegue la lluvia.

En la plaza de al lado, sus dos hijas jadeaban por la carrera y se miraban la una a la otra preguntándose en silencio qué acababa de pasar. Lidia había desafiado las leyes de la física sin saber siquiera qué era la física.

No había nadie a su alrededor. En ventanas diversas, figuras solitarias fumaban Ducados con la mirada perdida. Las dos hermanas se sentaron en un banco y, sin palabras, se dijeron todo. Tía Lidia rompió a llorar como no había hecho hasta el momento nunca antes. Mi madre, que siempre ha sido muy resolutiva, cogió un poco de agua de la fuente, tumbó a su hermana sobre sus piernas, le mojó la cabeza, se la acarició y le prometió que todo iba a salir bien.

A partir de ese momento, mi madre y Tía Lidia se hicieron inseparables. Unidas por la orfandad y la magia, el mundo que las rodeaba empezó a importarles cada vez menos.

Durante un tiempo, sus hermanos hicieron un esfuerzo por acercarse a ellas, no sé si porque anhelaban su cariño o por las ganas de atención que te entran cuando alguien cercano a ti te ignora soberanamente. Pero, cuando vieron que Lidia e Irene iban en serio, dejaron de intentarlo y empezaron a ignorarlas ellos también.

Consiguieron acostumbrarse a la ausencia de su padre y, para cuando se dieron cuenta, algunos hermanos habían entrado en la adolescencia y otros en la juventud.

9

URNA VOLADORA

Todo ese año, el primero que viví con Tía Lidia, estuvo marcado por una serie de descubrimientos que me hacían tener la sensación de que mi cerebro se expandía sin parar. Al pensar en la persona que había sido tan solo unos meses antes, esa niña boba, me entraba un escalofrío por el cuerpo y me preguntaba cómo había podido sobrevivir teniendo una cosmovisión tan reducida.

Esta sensación, la de sentir rechazo por mi yo anterior, se repetía constantemente, casi cada día, y a veces me daba miedo que no fuera a detenerse nunca.

Llegó el verano, pasé julio yendo a pantanos con mis amigos de la Escuela de Artes y en agosto cumplí diecisiete años. Por primera vez, no quise hacer ninguna celebración grandilocuente. Me había aficionado a aparentar que nada me importaba demasiado, me chiflaba esa actitud de indiferencia ante todo. Sentía que me colocaba en algún lugar de superioridad, aunque no tenía muy claro cuál. Burlarse del entusiasmo ajeno puede llegar a ser muy adictivo, y yo no estaba dispuesta a desengancharme.

Le pedí a Tía Lidia que no me comprase nada y me regaló cinco patitos amarillos de goma.

—Espero que te gusten —dijo.

—Oh, claro, gracias, no te tendrías que haber molestado, es el regalo perfecto.

—Lo es, ¿verdad?

—Totalmente.

—En realidad, no iba a decírtelo, pero pertenecieron a Cleopatra.

—¿Ah sí? ¿Los patitos?

—Sí, se bañaba en leche con ellos.

—¡Impresionante!

—Incluso los utilizaba para masturbarse.

—*Wow*, increíble.

—Sí.

—¿Y no te has arruinado al comprármelos?

—Bueno, sí. He puesto la casa en venta, pero merece la pena.

Sin responderle nada, fui al baño, llené la bañera de agua caliente, coloqué con cuidado los cinco patitos y me metí con ellos. Ella me miró desde el marco de la puerta y nos guiñamos el ojo.

Después, por la tarde, invitó a casa a algunas de sus amigas. Trajeron vino, comida y postres. Me preguntó si quería quedarme y yo dije que sí.

Creo que Lidia era consciente de cuánto me gustaba escucharlas, sabía que me ayudaba a hacerme un sistema de creencias a partir de lo que se decían entre sí, de la manera en la que se trataban. Y creo también que su verdadero regalo fue ese: una noche de verano de conversaciones hasta el amanecer.

—¿Qué especia creéis que sería yo? —preguntó una amiga suya en medio de un silencio a las cuatro de la madrugada.

—¿Tú?

—Canela.

—¿Canela? Odio la canela.

—Por eso serías canela.

—¿Y yo?

—Albahaca.

—Yo diría cúrcuma.

—¿Y yo?

—Pimentón.

—Yo creo que serías comino.

—¡Es verdad! Serías comino.

Y cuando Tía Lidia preguntó cuál sería ella, todas estuvieron de acuerdo inmediatamente: cayena.

Como ocurre siempre en Pamplona, el otoño llegó de sopetón. Una

mañana de principios de septiembre, el cielo se ensombreció y no volvió a aclararse hasta el año siguiente. Los meses anteriores se convirtieron en un idilio lejano y yo empecé segundo de bachillerato.

Se impuso entre la mayoría de los profesores una rigidez exagerada bajo el pretexto de la Selectividad. Ninguno de nosotros aspiraba a entrar en ninguna carrera que exigiera una nota alta, así que no nos tomamos en serio ni sus presiones, ni sus actualizados discursos motivacionales.

Por suerte, no todos se comportaban con esa seriedad fingida: Sandra, nuestra profesora de dibujo artístico, que siempre iba por libre, dijo que dedicaría todo el curso a trabajar el desnudo. En la segunda semana de clase, entramos en el aula y en el centro encontramos a un hombre y una mujer desnudos, charlando entre sí. «Vuestros modelos», dijo Sandra muy contenta.

Ella tenía el cuerpo muy pequeño, sin curvas, que incitaba a hacer un rectángulo como base para el esbozo. Él era un hombre barrigudo y muy guapo cuyos cojones, al menos en mi recuerdo, le llegaban hasta las rodillas.

A todos nos encantó el ejercicio de dibujo al natural, cómo cambiaban de postura pero no de gesto, cómo podías acercarte a ellos para comprobar si tu proporción había sido correcta y de paso para constatar que no se ponían nerviosos… El tiempo se nos pasó volando.

Sin embargo, cuando el resto de los profesores se enteraron de lo que había hecho Sandra, la amenazaron con echarla, a pesar de que, como funcionarios que eran, no estaban en el derecho de hacerlo. Ni siquiera de sugerirlo. Le dijeron que los desnudos integrales estaban reservados para trabajarse en la carrera de Bellas Artes.

¡Nada de observar genitales antes de los dieciocho!

A partir de ahí, nos centramos en bodegones y caballos. Y en otros objetos que ahora he olvidado.

Nunca se me dieron bien los caballos. Todos me salían amorfos y desproporcionados. A Tía Lidia esto le encantaba, le divertía muchísimo cada vez que llegaba con un dibujo de esos, y empezó a pegarlos por las paredes. Incluso enmarcó alguno. Poco a poco, la casa fue llenándose de caballos paticortos, caballos macrocefálicos y

caballos bizcos.

El dibujo técnico se me daba particularmente bien, cosa que iluminó la cara de mi madre cuando se lo conté. Si sacaba buenas notas, quizá podía matricularme en Arquitectura. «Podría ser una buena idea», le respondí cuando me lo dijo. Aunque, en el fondo, yo ya sabía que estudiaría literatura.

También Tía Lidia empezó un nuevo curso y con él la excitación de los comienzos. Todo parecía indicar que ese año sería un mero calco del anterior. Otro ciclo de sobremesas largas, rutinas compartidas y consejos académicos y sentimentales. Sabía que pasara lo que pasara podría hablarlo con Lidia, ella sabría qué hacer.

A veces, yo reflexionaba acerca de sus poderes psíquicos. Nunca la había visto mover nada, todavía, y a pesar de que una parte de mí hizo un pacto de fe con ella, existía otra pequeña parte de mí, más escéptica, que pensaba que se lo había inventado. Y no me importaba. Que fuera mentira, quiero decir. No me habría importado nada.

Pero Baby enfermó. En octubre, el letargo apaciguado que se apoderó de él cuando cumplió los diez años se convirtió en algo diferente. Su postura dejó de ser beatífica y empezó a mostrar dolor. Durante unos días no nos dimos cuenta. Luego perdió el apetito por completo y dejó de moverse. Cuando Tía Lidia le preguntaba qué le pasaba, emitía gruñidos casi inaudibles que nada tenían que ver con los maullidos elocuentes de antes.

Lo llevamos al veterinario y, tras un largo chequeo, el médico nos dijo que tenía un linfoma renal grave y que había que actuar lo antes posible. Nos quedamos de piedra, calladas. Nos explicó qué consecuencias tenía un linfoma felino. Cómo proceder. Qué alternativas teníamos. Recomendó quimioterapia.

Tía Lidia asintió y en su cara se aposentó la pesadilla, no dijo una sola palabra en todo el camino de vuelta.

—¿Y qué hago ahora? —susurró cuando llegamos a casa.

Creo que no aludía al tratamiento o a asuntos técnicos, sino a un sentido general: era un «qué hago ahora» que se refería a toda su vida.

Se avecinaba una zozobra y no sabía adónde la llevaría. Sacó a Baby del trasportín, lo abrazó, me miró y añadió:

—Pero si solo tiene sesenta y cinco años.

¿Habría calculado su edad en años humanos en ese mismo momento o llevaría haciéndolo desde siempre? No se lo pregunté.

En mi recuerdo, los meses siguientes tienen un color pesaroso. Hubo un viento helado y hostil tanto dentro como fuera de casa. Tía Lidia pidió la baja y se dedicó a estar con Baby, en cuerpo y alma. Por las noches, la escuchaba conversar con él a través de las paredes. «Mañana tenemos que volver al médico, pero todo va a ir bien. Tengo un plan». «Cuando esto pase, te compraré el mejor paté del mundo, solo hay que aguantar un poco más».

Tía Lidia y Baby se deterioraron juntos, hasta que un mediodía de enero volví de la escuela y me la encontré tumbada encima de la alfombra, con Baby entre sus brazos. El ángel de madera que colgaba del techo se había caído y las alas estaban rotas, había varios libros esparcidos por el suelo y toda la casa en general estaba revuelta. Entendí que Baby había muerto y Tía Lidia había sufrido un episodio telequinético de rango colosal.

Me agaché e intenté hablar con ella para consolarla, pero no decía nada. Empecé a ordenar la casa y mientras lo hacía comprendí que me tocaba a mí ocuparme de todo. Horas después, Tía Lidia seguía en el salón y yo llamé a varias amigas suyas. Una de ellas me recomendó un tanatorio para animales de compañía en el que, según había oído, ofrecían un trato exquisito. Cuando Tía Lidia se calmó un poco, la abracé y le dije que deberíamos llamar al tanatorio para que vinieran a recoger a Baby.

—Ni hablar. Quiero taxidermizarlo —me dijo.

—¿Taxidermizarlo? ¿Estás segura?

—No pienso separarme de él.

—Pero, ¿cómo lo vas a taxidermizar?

—No sé, pero voy a hacerlo.

—Bueno, vale.

—Y tú me vas a ayudar.

Aunque pensé que no era la mejor idea, no podía negarme, así que

busqué en internet: «Taxidermistas navarros» y «Embalsamar mascotas Navarra». No obtuve muy buenos resultados. De hecho, no encontré nada.

Recordé que una vez Tía Lidia me estuvo describiendo a su amiga Esti, a la que conocía desde que estudiaron juntas en la universidad, y dijo una frase que se me quedó grabada: «Es como si Esti tuviera una llave maestra con la que puede acceder a las emociones de todo el mundo».

La llamé de nuevo y esta vez vino a casa. Las dejé solas, me metí en mi habitación y cuando salí Tía Lidia había decidido incinerar a Baby.

Eran alrededor de las ocho de la tarde y llamamos al tanatorio. Respondió una voz que inspiraba confianza y condolencia a la vez, una voz que dijo: «No se preocupen. Pasaremos a recogerlo en media hora y mañana procederemos a la cremación». Tardaron menos de lo previsto: veinte minutos después una furgoneta blanca aparcó al lado del portal, llamaron al timbre, subieron dos personas, nos dieron el pésame, envolvieron con aluminio el cuerpo oscuro de Baby y se lo llevaron.

Una de ellas, una amable mujer llamada Izaskun que llevaba una tirante coleta, unas mallas y un abrigo con estampado de leopardo, posó la mano en el hombro de Tía Lidia, que no paraba de llorar, y dijo:

—El velatorio será de diez a doce de la mañana del día siguiente.

—¿Cuánta gente podrá venir? —preguntó Tía Lidia.

—La que usted quiera, pero no más de diez.

—Vale.

—Después, tendrá que tomar algunas decisiones respecto al tipo de cremación y modalidad de urna.

Esti se quedó a dormir y fue una noche larga en la que todas nos estuvimos levantando para ir al baño. Pensaba que no iba a amanecer nunca, pero, al final, lo hizo.

Miré por la ventana y la cigüeña, que después de un año ya consideraba mi amiga íntima, no estaba. De todas formas, intenté no dejarme guiar por ese mal presagio inventado por mí. Preparé el desayuno y lo tomamos juntas en la cocina, oyendo la radio. Tía Lidia

estaba mucho más calmada que el día anterior. Tenía todavía los ojos un poco hinchados, pero de alguna manera eso proporcionaba a su mirada un aire sosegado que le hacía tener mejor aspecto.

Así que nos montamos en el coche y nos dirigimos al polígono industrial de Noain, lugar donde se encontraba el tanatorio. Cuando llegamos, sus amigas ya estaban allí, sentadas en la acera gris, frente a una pequeña estructura cúbica y gris donde ponía: «CADE S.L. Crematorio de mascotas. *Porque se merecen un final digno*».

Sin pensarlo, accedimos al recibidor. Se trataba de un sala con olor a pino, iluminada por una luz blanca, en la que había una recepción y unos sofás de cuero beige. Nos miramos entre nosotras constatando que se trataba del lugar más triste en el que habíamos estado nunca.

Izaskun, que esta vez iba vestida de traje y llevaba la misma coleta que la noche anterior, nos esperaba en un lateral con una expresión en la cara que no sabría describir. El tipo de expresión que solo podría tener alguien que trabaja en un tanatorio de animales.

Su trato me conmovió: sabía qué palabras utilizar y cómo abordar cada momento para que todo resultase un poco menos violento. No tenía humor, pero tampoco solemnidad. Te hacía pensar que todo iba a ir bien, pero no de un modo falso o ingenuo. Izaskun era una profesional.

Tía Lidia se acercó a ella y juntas se dirigieron a lo que supuse que sería un despacho. Unos minutos después, salió con un catálogo entre las manos para pedirnos consejo sobre qué urna elegir. Y en ese preciso instante, con cara de apuro, Jara cruzó la puerta de acceso.

Iba sola, con el pelo recogido y con una bufanda roja que le cubría gran parte del cuerpo. Lidia se acercó hacia ella muy despacio y se abrazaron. Acto seguido, vinieron hacia donde estábamos nosotras y fue como si siempre hubiera estado ahí.

—Cuánto has crecido —me dijo.

—Tú estás muy guapa —le dije yo, sin saber por qué.

No sé quién le habría dado la noticia, tal vez mi propia tía, pero todas nos alegramos de que estuviera ahí.

La cremación se haría, indudablemente, de forma individual. Nos explicaron que las cremaciones colectivas eran mucho más baratas,

pero no permitían recoger las cenizas. Optaron por una urna negra de latón, con forma de huevo y pequeñas huellas de gato plateadas por aquí y por allá. Lidia volvió a entrar en el despacho de Izaskun, firmó unos papeles y de ahí fuimos a la sala del velatorio.

Baby estaba tumbado en una superficie acolchada, en la misma postura en la que solía dormir, recogido sobre sí mismo. Conforme nos acercamos a la cristalera que nos separaba de él, vimos a través de una pequeña ventana que en la calle empezaba a nevar. Jara hizo el amago de querer decirle algo al oído a Tía Lidia, ella la vio y tuvo que agacharse para poder escucharlo.

Pensé en la infinidad de veces que habrían repetido ese mismo gesto. Jara de puntillas, Tía Lidia inclinada, haciéndose confesiones, chistes. Después, volvieron a abrazarse, sonrieron y decidieron que ya habíamos pasado allí el tiempo suficiente. No se necesitan más de diez minutos para mirar a los muertos.

—Mañana por la mañana podréis pasar a recoger la urna y el certificado de cremación —dijo Izaskun—. También, agradecemos a las familias que nos envíen una foto de sus queridas mascotas. Disponemos de una sección de Recordatorios virtuales en nuestra página web, donde hacemos un pequeño homenaje a todos los que han pasado por aquí. De modo que, si les parece bien, nos encantaría que Baby formara parte de nuestro catálogo.

Tía Lidia pasó la tarde en su ordenador con óperas de Enrico Caruso, tomándose muy en serio la labor de escoger la mejor foto. Sin apenas darse cuenta, hizo un exhaustivo repaso de los últimos trece años de su vida. Al final, excitada quizá por haber escuchado «Una furtiva lagrima» veinte veces seguidas, eligió una foto de Baby subido al piano de Jara.

Junto con la urna, le entregaron a Tía Lidia un clavel. Puso una valoración muy positiva en internet, alabando el trato de Izaskun y lo fácil que había sido todo. Luego, en un tono sospechosamente resolutivo, me dijo:

—El domingo que viene iremos a Getaria a tirar las cenizas.

—¿Quiénes? —le pregunté, sospechando un posible regreso de Jara.

—Esti, Marta, Elena, Itsaso, tú y yo —dijo.

Y así fue. Cuando llegó el día, Elena nos vino a recoger en su coche de seis plazas. Durante toda esa semana, la que siguió al funeral de Baby, Tía Lidia estuvo contenta. Más de lo normal, incluso. Cosa que me sorprendió un poco. Pero quise creer que estaba bien y no pensar que podía tratarse de un bienestar ilusorio que acabaría convirtiéndose en todo lo contrario.

El día estaba gris y lluvioso. No obstante, resultaba perfecto para la ocasión. Aparcamos a la entrada de Zarautz y fuimos al malecón a tomar un café antes de emprender el paseo hasta Getaria. El mar estaba revuelto y golpeaba la pared de la playa con fuerza, haciendo un ruido orquestal. Algunas gotas llegaban hasta la terraza donde estábamos sentadas y todas acabamos con el pelo húmedo.

Las amigas de mi tía: cuatro mujeres que en mi memoria guardan una unidad propia de los personajes secundarios. Se me hace difícil pensar en ellas como seres autónomos. Para mí, siempre serán indisolubles las unas de las otras, porque aunque fueran muy diferentes entre sí, nunca, salvo en contadas ocasiones, las vi por separado.

Cada una cumplía su papel, o al menos lo que en mi cabeza era su papel. Esti, la perfecta mejor amiga; Marta, la graciosa psiquiatra; Itsaso, la artista vividora y Elena, la madre funcional. Puedo ver con claridad lo reduccionista, plana y arquetípica que resulta ahora mi visión y no se me ocurriría aplicar esa lógica a alguien que conociese hoy, pero con ellas no puedo evitarlo.

—He recorrido el camino de Zarautz a Getaria cientos de veces a lo largo de mi vida —dijo Itsaso—, pero nunca con las cenizas de un gato en la mochila.

Bajo el paraguas, en grupos de dos, nos reíamos por lo surrealista que nos resultaba todo y, por primera vez, tuve la vaga intuición de que me pasaría la vida buscando situaciones como esa. Propiciándolas, atesorándolas.

Cuando llegamos, el cielo se despejó y en el frontón dos niños empezaron a jugar a la pelota. A lo lejos, el museo de Balenciaga se alzaba con un brillo mojado, pero nosotras nos dirigimos en sentido contrario. Habíamos reservado mesa a las dos en un restaurante frente

al puerto, y Tía Lidia quería tirar las cenizas antes de comer, así que nos encaminamos hacia el monte de San Antón, al que debido a su evidente forma de ratón todo el mundo llama «Ratón de Getaria».

Subimos a paso rápido, rodeadas de ese verde intenso que olía a limpio y a mar. En poco más de media hora, ya habíamos alcanzado la cima y el Cantábrico se extendía frente a nosotras.

—¡Chicas, aquí! —gritó Tía Lidia.

Suspiró nerviosa, sacó la urna de Baby del bolso y nos anunció su intención de decir unas palabras. Su largo pelo negro se movía con el viento como el chal que estranguló a Isadora Duncan, haciendo que lo que venía a continuación fuera aún más efectista. Nos miramos entre nosotras expectantes y divertidas, y ella habló.

—Una tarde, cuando eras un niño, te saqué a la calle y te asustaste mucho. Viste a dos perros de agua caminar y no supiste qué eran. ¿Te acuerdas? Yo te entendí. Aquella tarde te comprendí perfectamente, Baby: yo tampoco entendía casi nada de lo que me rodeaba. Sigo sin hacerlo, en realidad. Hemos pasado por tantas cosas. Cuando te conocí, Jara y yo aún nos queríamos. Nos tratábamos con delicadeza y componíamos, todavía, de vez en cuando, algunas canciones de Pezón Suicida. Viste la muerte lenta de nuestra relación, el peso de los días echándose sobre nosotras. También con mi hermana, con mi madre, conmigo misma. Todo lo observaste con paciencia. En mis episodios tristes, tú te tumbabas en la cama y veías objetos sobrevolar por el salón, caerse al suelo, romperse. No me juzgabas, aprendiste a no alarmarte. Esperabas a que todo volviera a la calma. Venías a mí y nos tranquilizábamos. He crecido junto a ti, Baby, me has enseñado más de lo que jamás pensé que sería posible. Yo te decía que tus ojos eran del color del mar, pero nunca llegaste a tocarlo. Aquí lo tienes ahora, a tu alcance. Te fundirás con él hasta que nos encontremos en algún lugar secreto que me temo que, tal vez, solo exista en mi imaginación.

Cuando acabó, se quedó en silencio con todos los ojos posados en ella. Abrió la urna. Pero, en vez de meter la mano y echar puñados de cenizas poco a poco, la levantó, cogió impulso y la lanzó al mar como solo he visto hacer en los Juegos Olímpicos, cuando las lanzadoras de peso alzan sus brazos y arrojan esas bolas de acero a metros de

distancia.

La urna pesaría alrededor de dos kilos y tenía el tamaño de una cabeza, así que en unos segundos estaría en el fondo del mar. La tapa se habría roto y la ceniza se habría fusionado ya con la arena. Vimos cómo descendía y ninguna de nosotras dijo nada.

El hecho de que Tía Lidia hablase tanto con su gato supuso una gran sorpresa cuando lo descubrí. Fue automático atribuirlo a su personalidad y me pareció que no desentonaba en absoluto en el marco de las cosas que solía hacer. Sin embargo, con los años, he comprobado que la mayoría de la gente habla con sus animales de compañía. No solo los típicos: «Vamos, levántate», o: «Cómete esto, cariño» que se oyen por la calle, sino largas y articuladas conversaciones de carácter íntimo y cotidiano.

Algunas personas se acostumbran a que su interlocutor, sea gato, perro o cobaya, no les responda con frases. Y terminan por no necesitarlas. Incluso puede llegar a molestarles que quien tienen enfrente les interrumpa constantemente con sus tontas y repetitivas palabras habituales. A veces, es innegable, hablar con un border collie tiene sus ventajas.

Llegamos al asador Mayflower a las dos en punto. Pidieron txakoli, rodaballo, lenguado y algunos entrantes. Nunca había probado nada de eso y tampoco me gustó, lo que hizo que el txakoli y el posterior café irlandés se me subieran a la cabeza. Unas horas después, con el regocijo cansado de la comida, volvimos caminando a Zarauz y entre todas acordamos que había sido un día muy bonito.

Por la noche, llegamos a Pamplona y Elena nos dejó a cada una en nuestra casa. Tía Lidia me abrazó y se fue directa a la cama. Yo estuve leyendo un rato en el salón, hasta que me quedé dormida. Como en ningún momento de la noche Baby se subió encima de mí para despertarme, fueron las primeras luces del amanecer las que lo hicieron.

Al día siguiente, después de toda la festividad *post mortem*, Tía Lidia salió de su cuarto con la cara gris. Ya no había trámites que realizar,

ni nada que celebrar, y eso apagó todo resquicio de esperanza en ella. Le hice un zumo de naranja y se lo tomó a sorbos pequeños que le duraron casi una hora. Al rato, señaló los juguetes de Baby y, sin quitar su mirada de la ventana, me pidió que me encargase yo de sacarlos de ahí.

Pasé toda la mañana llenando bolsas de basura con todas sus pertenencias, notando poco a poco cómo un vacío incómodo inundaba la casa. Cuando acabé, al mediodía, Tía Lidia seguía ahí, en la misma postura, con el vaso entre sus piernas. Me senté junto a ella y le pregunté si necesitaba algo.

—A veces fantaseo con tocar fondo —dijo—. Caer hasta abajo y tener así la capacidad de mover todo lo que quiera. Desde esas tinieblas emocionales, congregaría a todas las cabras del mundo y haría que lo destruyeran todo. En todas y cada una de las ciudades del mundo.

Que millones de cabras enloquecidas entraran en todas las ciudades de todo el mundo e hicieran añicos todos los edificios. Que destruyeran a cornadas todas las instituciones, los bancos, los juzgados, las iglesias. Todo rastro de civilización. Y que no quedase nada más que escombros sobre los que construir un lugar que tuviera un poco más de sentido que este.

Eso significaría que la hecatombe no habría sido producida por nada de lo que habíamos imaginado: ni una bomba nuclear, ni el calentamiento global, ni la invasión de los extraterrestres, ni otro meteorito. Nada de eso. Sino que el trágico desenlace humano, la extinción final estaría desencadenada por un ejército de cabras justicieras dirigidas por la tristeza de una mujer sola sentada en la silla de mimbre de su cocina.

10

LÁMPARA DE ESTILO INDUSTRIAL

El cataclismo emocional y consiguiente hundimiento que presencié en Tía Lidia a lo largo de los meses siguientes fue tan desgarrador que rozó lo hortera. Y ahora no puedo evitar soltar una risita nerviosa cuando recuerdo el engorroso devenir de esos meses. Sí habita, aprendí entonces, más de una persona dentro de nosotras. Y, en el caso de Tía Lidia, la muerte de Baby activó la más grotesca, la más abracadabrante.

Al principio, al menos, se expresaba. Con palabras enervantes, pero se expresaba. En las semanas que siguieron al lanzamiento de las cenizas, la muerte fue el monotema de todas nuestras conversaciones. Quería que yo captara con claridad las verdaderas dimensiones de su desolación. Que no se me ocurriera reducirla a un episodio sin importancia.

—La sola presencia de Baby me salvaba, ¿lo entiendes?

—Claro.

—¿Eres capaz de entenderlo?

—Creo que sí, Baby te ayudaba a no sentirte sola.

—¡¡No!!

—¿No?

—No era solo eso, qué gilipollez.

—¿Te ayudaba a relativizar?

—¿Relativizar? ¡Qué dices! Era mucho más que eso.

—¿Más?

—Baby tenía un poder místico, era mi talismán.

—¿Tu amuleto?

—En toda esa multitud de pequeñas decepciones y desgracias que constituyen la edad adulta, de las que tú no tienes ni puta idea, Baby

ha sido mi mullida y ronroneante capa protectora.

¿Cuáles serían esas pequeñas desgracias? ¿Su divorcio de Jara, la demencia de Abuela Refugio, el distanciamiento con mi madre? ¿O habría otras diferentes, otras desgracias secretas que jamás me contaría?

Se me hacía difícil entenderlo. No solo porque Tía Lidia estuviera perdiendo la cabeza, sino porque, en general, se me hacía difícil entender todo lo que tuviera que ver con el paso de los años. Con bloques de tiempo que moldeaban sin tu consentimiento la persona en la que te convertías.

Para mí, el futuro era tan solo un lienzo en blanco que no sabía muy bien qué color iba a tener, qué color quería yo que tuviera, y el pasado, algo de lo que desprenderse.

—Dime la verdad, ¿sueno irracional? —me preguntó, uno de esos días en que no podía dejar de explicar su dolor.

—No, de verdad, todo lo que dices tiene mucho sentido —mentí.

Más allá de la deshonestidad, aquellas conversaciones me encantaban. Me hacían sentir que el lazo entre nosotras se hacía más fuerte. Quería convertirme en alguien importante para ella. Ser capaz de responderle con el ingenio de cualquiera de sus amigas, sin ser consciente de que ese ingenio solo podía dármelo la experiencia.

Después de casi dos años admirando a la criatura extraña y fascinante que era Tía Lidia para mí, por fin tenía la posibilidad de ayudarla.

—Es verdad —dijo—. Sí que tiene sentido… Porque, ¿hasta qué punto puede medirse el dolor? No se puede, ¿verdad?

—No se puede.

—¡No se puede! ¡El dolor no se puede racionalizar!

—¡Es imposible!

—Antes la juzgaba, ¿sabes? —dijo, cortante.

—¿A quién?

—A tu madre. Me he pasado años sintiendo lástima por ella.

—Bueno, no pasa nada.

—Me he burlado de su vida de todas las formas posibles.

—Todos lo hacemos.

—Ya, pero yo la conozco mejor que tú.

—¿Crees que conoces a mi madre mejor que yo?

—Mucho más.

—No creo.

—Claro que sí, no seas absurda. La conozco mil veces más que tú y por eso la he juzgado tanto.

—¿Y ahora ya no?

—No. Ahora ya no.

—Qué bien.

—No, qué mal. Porque ahora lo que siento por ella es una envidia rudimentaria que me hace sentir patética.

Su confesión me desconcertó. Nunca hablábamos de mi madre. Solo la nombraba para contarme cosas de su pasado, cuando eran niñas, y en esos momentos se refería a ella como «Irene».

Esa nueva ontología, en la que Tía Lidia envidiaba a mi madre de alguna manera abstracta e incomprensible para mí, cambió de pronto la percepción que tenía de ambas: así de maleable era mi pensamiento.

Por todo eso, enero fue el mes de la autocompasión. Yo pensaba que era el proceso natural de las cosas y que poco a poco Tía Lidia se recuperaría. Yo la acompañaría en todas las fases del duelo y para cuando nos diéramos cuenta, el verano tocaría a nuestra puerta y nos iríamos de vacaciones. Pero llegó febrero, con esa larga cola de rata, y Tía Lidia empeoró. Pasaba los días en silencio, y cuando hablaba no había ni rastro de afecto. Alternaba malas palabras con malas miradas hasta que llegó la noche en que, por primera vez, Tía Lidia sufrió un ataque telequinético delante de mí.

Volví a casa después de haber estado en la celebración del cumpleaños de un amigo. Eran alrededor de las dos de la madrugada, y yo, cansada y feliz, solo tenía ganas de meterme en la cama cuanto antes para poder evocar en la oscuridad algunos momentos de la noche.

Pero cuando abrí la puerta y encendí la luz, la vi tumbada en el sofá

con los ojos abiertos.

—¡Lidia! No sabía que estuvieras ahí, perdona, ¿te he despertado?

—No.

—¿Estabas a oscuras, sin más?

No me respondió. Fui a la cocina, preparé dos infusiones, me senté junto a ella y le di la suya.

—Estaba en el cumpleaños de Gorka.

—¿Qué te hace pensar que me importa una mierda el cumpleaños de Gorka?

Su afilada respuesta ni siquiera me molestó.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, ¿y tú?

—Yo sí, también.

—¿Por qué me has hecho una infusión?

—¿No te apetece?

Sus ojos vacíos, de una negrura abismal, se clavaron en mí como dos chinchetas. Aunque no me apetecía, sostuve su mirada durante unos instantes. Quería ver hasta dónde llegaba su intimidación. De repente, la taza se me escurrió de las manos, salió disparada y se hizo añicos estampándose contra el techo.

Grité.

Ella no.

Como el techo de la habitación superaba los tres metros de altura, el agua que me cayó encima se había enfriado en el descenso y no me quemó. Eso no evitó que me asustase y me pusiera, sin querer, a temblar. Los trozos de porcelana turquesa decoraban el suelo como piedras en un lago.

Acto seguido, Tía Lidia se enderezó, se levantó lentamente, sin mirarme, se llevó la taza de *rooibos* y cerró de un portazo la puerta de su cuarto.

Yo me quedé ahí, entre disgustada y asombrada, mientras me secaba la cara con la manta de algodón. Unos minutos después, recogí los trozos rotos y pensé en juntarlos todos y reparar la taza con la técnica *kintsugi*. Se la devolvería a Tía Lidia, llena de surcos dorados, y le diría algo como: «Ten cuidado, arreglaré todo lo que rompas. Mi

poder especial será ese».

Pero, a falta de oro fundido a mi disposición, deseché la idea y me fui a la cama.

Intentaba imaginar cómo tenía que ser llevar toda una vida destrozando cosas sin querer. De una manera tan poco fantástica, quiero decir. Tan literal, tan palpable.

En plena madrugada, de pronto, anhelé hablar con mi madre. Necesitaba pasear con ella y comentar lo que estaba pasando. Era la única que podía entenderme en una situación como esa. Aunque eso supondría que, una vez más, yo no podía valerme por mí misma y la necesitaba, y eso no quería permitírmelo.

En las tres semanas siguientes, Tía Lidia no salió de la cama. Al menos, no mientras yo estaba presente. Los platos se acumulaban en la cocina, hasta que dejó de haber platos y en su lugar aparecieron envases de comida pedida a domicilio. Cartones de pizza, recipientes de plástico de rollitos de primavera y cajas de hamburguesas que, en una ocasión, Tía Lidia hizo que danzaran por el aire.

—La fiesta de la basura —exclamó mientras lo hacía.

—Parecen hadas ancestrales —le respondí.

—Hadas industriales.

Sus amigas venían con frecuencia para estar con ella en esa habitación blanca que en invierno perdía la luz. No parecían estar sorprendidas por la situación, ni preocupadas en exceso: al fin y al cabo, la conocían mejor que yo.

Traían comida o libros, y de vez en cuando limpiaban el desastre en el que llevábamos viviendo casi dos meses. Yo tenía muchos trabajos que hacer, exámenes que estudiar, gente con la que estar, y además todavía no tenía muy desarrollado el sentido de la higiene. La casa acabó convertida en una asquerosa madriguera con algunos muebles de diseño.

En el fondo, aunque era incapaz de verlo, echaba de menos a Tía Lidia y cada vez tenía menos idea de cómo actuar. No entendía por qué no hacía ningún esfuerzo por salir de la cama, darse una ducha y clamar algún mensaje de autosuperación. Ignoraba aún que nada de eso estaba en su mano. Pensaba que su estado se debía a un hecho

concreto, a Baby, y no consideraba que podía tratarse de una acumulación arrastrada durante años, una acumulación de pérdidas y finales incómodos que la había pillado desprevenida.

Yo no conocía el significado de las flores muertas, ni del polvo en las estanterías o el pelo graso durante semanas. Para mí, eso era descuido y ya está. Incluso tendía a cubrirlo de cierto romanticismo.

En cualquier caso, yo seguía en mi intento de hacer que todo fuera mejor, pero cuanto más lo intentaba peor me trataba ella. Suele pasar. Todos los días le llevaba una tortilla o un plato de macarrones en una bandeja de madera. Y ella solo me respondía con un gesto ambiguo que no sé si significaba «gracias» o «lárgate». Lo comía en silencio, escuchando la música que venía del salón.

Tomé su enmudecimiento transitorio como una buena señal. Pensaba que cuando volviera a hablar todo habría pasado. Hasta que un día, mientras untaba un trozo de pan en la yema de un huevo y se lo llevaba sin ningún cuidado a la boca, haciendo que esa especie de lluvia naranja y espesa manchara las sábanas, volvió a hablar.

—No puedo creerme que esta sea mi vida —dijo en un tono de voz letal.

Hice un esfuerzo para no tomármelo como un ataque y la miré con ternura o algo parecido.

—¿A qué te refieres?

Ella siguió tirándose el huevo encima, a propósito, sin querer, no lo sé.

—A esto. A todo. Mírame.

—Ya verás cómo en primavera te encuentras mejor.

—¿Primavera? No me hables con condescendencia, anda.

—No te hablo con condescendencia, te hablo de primavera.

—Bueno, ya. Déjame. Gracias por el huevo.

—De nada.

Y un segundo después:

—Dime, ¿en qué momento me he convertido en la tía tarada?

—Siempre lo fuiste, solo que antes estabas tarada bien y ahora estás tarada mal.

Esa fue la primera vez que la vi sonreír en tres meses. Unos días

después, los almendros empezaron a florecer y yo puse en ellos todas mis esperanzas. Esa profunda conexión entre progreso y almendros en flor me duró muchos años más de los que me gusta reconocer, hasta que una vez, apoyada en uno de ellos, recibí una llamada que anunciaba la noticia más horrible de todas, y ya nunca más volví a confiar en el poder reconstituyente de los malditos almendros en flor.

En abril, Tía Lidia salió de la cama, dijo que quería reincorporarse al trabajo y recuperar la rutina, y yo pensé «Aleluya». Pero esa misma noche, decidió alargar su baja tres meses más y poner una película mala de terror psicológico.

—¡Qué aburrimiento, joder! ¡Me muero de aburrimiento! ¡Odio a esa actriz, con ese impostado gesto de pato! ¡La odio! —exclamó.

Para crear complicidad, le dije que a mí también me parecía odiosa, y fingí estar desquiciada. Grité también:

—¡La odio!

—¿Qué haces? —me preguntó entonces.

—Gritar, como tú.

—Yo no estaba gritando.

Ya no sabía cómo actuar con ella, sus salidas eran impredecibles y todo lo que se me ocurría hacer parecía inoportuno. Odiaba sentirme una molestia y pensé en irme, pero en el fondo seguía confiando en que dentro de poco todo volvería a la normalidad.

—Sí estabas gritando. No me gusta que me imites.

—No te imito, a mí tampoco me gusta esa actriz. Ni tampoco esta película.

Entonces, igual que el día de la taza de *rooibos*, Tía Lidia levantó la tele con la mirada, giró el cuello y esta cayó encima de una pequeña mesita de mármol de Carrara. La pantalla se quebró, salieron chispas y luego un poco de humo.

—No podía soportarla ni un segundo más —dijo.

—¿La bajamos abajo? —pregunté, para normalizar la situación.

—Mejor la tiramos por la ventana.

—Vale.

Optamos por bajarla por las escaleras y la dejamos al lado de un contenedor. A la mañana siguiente, mientras iba a la escuela, vi que alguien había colocado una silla rota al lado de la televisión, y justo en ese momento la persona que caminaba detrás de mí escupió encima haciendo un ruido repugnante. Estuve a punto de hacer una metáfora sobre los objetos, el abandono, las flemas y el lugar en el que acabaremos todos, pero pensé que era demasiado cutre y decidí seguir adelante.

Unos días después, Tía Lidia y yo nos enfrascamos en la aventura de ir al MediaMarkt de Cordovilla a comprar otra tele. Entre los anchos pasillos llenos de electrodomésticos y objetos útiles, nos pusimos de buen humor. Las televisiones empezaban a ser inteligentes y fantaseamos con la posibilidad de que pudieran leernos la mente y elegir lo que queríamos ver. De esa manera, quizá Tía Lidia no se habría sentido obligada a lanzarla por los aires.

Al cruzar a la sección de aparatos de cocina, me encontré con una compañera de mi antiguo instituto. Comenzamos a hablar y Tía Lidia me dijo que iba a adelantarse para pedirle consejo a un trabajador.

Unos minutos después, me despedí de mi amiga y me puse a buscar a Tía Lidia por las zonas más cercanas. No la encontraba y, al principio, no le di la menor importancia: cómo no perderse en un lugar así.

Alrededor de veinte minutos después, sin rastro de ella, la llamé por teléfono. No daba señal. Empecé a gritar su nombre, esta vez muy, muy alto. Hasta que de repente, un poco enloquecida en ese laberinto de luces y ofertas, me planteé la posibilidad de que se hubiera ido. Y justo entonces, como si el azar me leyera el pensamiento y me hiciera mirar a través del cristal, vi su Peugeot rojo acelerar y alejarse por la carretera.

Quise salir y correr, gritar su nombre esta vez muy muy alto. En cambio, me quedé quieta, iluminada por las luces artificiales, fundiéndome con esa atmósfera huérfana y aséptica.

—¿Necesitas algo? —me preguntó una mujer.

—No, gracias, no necesito nada —le respondí yo en un tono demasiado afectado.

Caminé una hora hasta Pamplona y cuando llegué al centro, llamé a algunas amigas para tomar algo. Compramos unas latas de cerveza, nos sentamos en un césped y no conté nada de lo que había pasado.

De vuelta a casa, encontré a Tía Lidia frente a una televisión de treinta pulgadas viendo *Avatar*. Nunca antes le había mostrado mi enfado. Durante todos esos meses tendía a devolverle una imagen sosegada de mí. Pero esa noche, humillada y un poco borracha, la recriminé por haberme abandonado y por todo lo demás. Ella ni siquiera se molestó en negarlo o en discutir conmigo, y cuando hube acabado lo único que se dignó a decir es que no le hablase como si fuera mi madre.

—No me hables así, yo no soy tu madre.

—Pero tampoco eres mi hija.

—Cariño, no te debo nada. Si no quieres vivir aquí, te vas.

—No te reconozco.

Condensados ahora todos los momentos en los que Tía Lidia fue una cabrona, cuesta creer que siguiéramos viviendo juntas los meses posteriores. Pero si pienso en la admiración que aún sentía por ella y en el miedo a que desapareciera de mi vida del mismo modo que había desaparecido de la vida de mi madre, no me sorprende mi persistencia.

Hubo, además, varias cenas con sus amigas en las que parecía que todo iba bien y volvíamos a estar en armonía. Me escuchaban con atención y se reían cuando yo había planeado que lo hicieran. Tía Lidia parecía olvidarse de que ya no me aguantaba y, delante de todas, me daba las gracias por estar ahí, por cuidarla.

Yo quería creer que la realidad, la verdadera naturaleza de sus sentimientos, era esa: la que manifestaba en esas cenas. Y que el resto, las malas palabras, los gestos de desprecio y la frialdad que lo había inundado todo eran tan solo episodios sin importancia ocasionados por estar fuera de sí.

Eso es lo que ahora creo que pensaba entonces. Pero tal vez me

equivoque y tan solo esté proyectando en la persona que fui las impresiones que tengo ahora. Porque lo cierto es que solo soy capaz de pensar en Tía Lidia a ráfagas. Y siempre que he intentado hacer una cronología de mi relación con ella me ha dado la sensación de que la realidad es imprecisa, de que el tiempo cuantitativo no sirve para expresar lo que supuso de verdad su paso por mi vida.

Lo que tengo claro es que en mayo, cuando estaba en la última fase de mis exámenes finales y ambas éramos conscientes de que ya no había mucho que pudiéramos hacer la una por la otra, la relación que construimos durante más de dos años se rompió definitivamente.

Una mañana, entré en su habitación para preguntarle qué le parecía una escultura que había hecho para mi asignatura de Volumen. Era una araña con una pata a punto de romperse, y quería enseñársela para que se riera de mí y eso la alegrase.

—Si las arañas pudieran hablar y asegurarnos con firmeza que no van a hacernos daño, que no tenemos de qué preocuparnos, que solo están de paso por nuestras piernas o techos, ninguna de ellas sería asesinada. Las entenderíamos y les desearíamos un feliz día —murmuró.

—Yo ya les deseo un feliz día.

—Pero las arañas no hablan, así que pensamos que son una amenaza y, en consecuencia, las matamos.

—No suelo matarlas.

—¿Podría entonces asumirse, de ese hecho, que las arañas mueren porque no son capaces de hablar?

Con mi araña de escayola en la mano, pensé en una respuesta más o menos ingeniosa. Pero no la encontré. Y en lugar de eso, sentí por primera vez que Tía Lidia y yo nos distanciaríamos sin remedio. Que en cuestión de pocas semanas yo acabaría bachillerato y después me iría de Pamplona. Y que ambas olvidaríamos que una vez compartimos una rutina, y que a pesar de todo, a pesar de la diferencia de edad o los ritmos vitales, quisimos estar la una con la otra y lo pasamos bien.

Y creo que Tía Lidia vio en mi cara ese momento fugaz de previsión del futuro que yo estaba teniendo, y supo también que era inevitable.

Y de repente, sin que ninguna de las dos pudiera evitarlo, la enorme y pesada lámpara de estilo industrial que presidía la habitación se desprendió encima de mí, me golpeó el hombro y caí al suelo con ella encima.

Tía Lidia saltó de la cama y toda la culpa que sentía le salió de la boca en forma de: «¡Joder!».

Ambas estábamos asustadas y confusas. Fuimos en taxi al hospital y, cuando llegamos, la sala de espera estaba abarrotada. Un médico nos preguntó qué había pasado, nos miramos la una a la otra sin saber qué respuesta dar.

—Una lámpara —dije yo.

—Se ha caído —dijo Tía Lidia.

—¿Una lámpara? —preguntó el médico.

—Industrial —dije yo.

—Se ha desprendido encima de ella —dijo Tía Lidia.

—No sabemos cómo —dije yo.

—Llevaba mucho tiempo colgada —dijo Tía Lidia.

—Una lámpara. Comprendo —dijo el médico, al fin.

Tía Lidia iba en pijama con el pelo sujeto en una coleta llena de nudos y toda ella desprendía un olor malísimo, pero a eso último ya me había acostumbrado. Yo no me había lavado las manos después de clase y las tenía manchadas de pintura y barro y con una de ellas me agarraba el brazo izquierdo.

Horas más tarde me dirían que tenía una rotura de húmero y la escápula dañada.

En una canción que escuché muchos años más tarde, el cantante dice: «La vergüenza compartida es tierna y sexy». Una frase sugerente e incluso bonita, pero… ¿Cierta?

Diría que no. Diría que en realidad la vergüenza compartida es molesta, paralizante y asquerosa. Y para luchar contra ella, sentadas en los asientos del hospital Virgen del Camino, Tía Lidia recurrió al viejo truco de Juana, la cabra insolente, y me contó la tercera y última etapa de su vida.

LA CABRA INSOLENTE III

GSCA (Goat School of Cinematic Arts), tu nuevo hogar. Situado en lo alto de una suave colina en la costa de Santa Bárbara, el edificio de tu nueva escuela de cine se alza con una majestuosidad deslumbrante. Llevas tan solo tres días allí y aún estás analizando si las esperanzas que has depositado en ese sitio se corresponden con la realidad.

Lo observas todo con escepticismo y todavía no te permites expresar la alegría que vibra en tu interior. Quieres sacar la lengua y saltar, pero permaneces quieta y no le diriges la palabra a nadie, te proteges. Disimulas la emoción que sientes al ver por los pasillos imágenes de películas que conoces. Y disimulas también la excitación al ver imágenes de películas que no conoces, porque sabes que tarde o temprano las conocerás.

Sin embargo, pasan unas semanas y te duele comprobar que no te adaptas. Te habías acostumbrado a tratar con desdén a todas las cabras de tu vida anterior, en especial a esas inútiles de Hackney, y te tranquilizabas diciendo que el día que conocieras a gente similar a ti todo sería distinto.

Soñabas con ello, pero ahora que caminas en ese sueño, duermes en el sueño y estudias en el sueño, no te satisface. Empiezas a pensar que adoleces de un desconocido error congénito que te impide abrirte al mundo.

Un día, cuando ya estás a punto de perder la fe, una pandilla de extrañas cabras a las que nunca habías visto se te acercan, te hacen algunas preguntas, te cuentan algunas cosas y te ofrecen ir a comer con ellas.

Cada una de ellas tiene una pinta más peculiar que la anterior. Al principio dudas, no crees que tu cuerpo sea capaz de soportar más decepciones. Pero, al final, prometiéndote a ti misma que si sale mal

harás un voto definitivo de silencio, aceptas. Les preguntas de dónde han salido y todas te dan una respuesta diferente, aunque todas igual de ingeniosas.

—¿Sois también alumnas del GSCA?

—Claro, tía, somos alumnas. Algunas de nosotras de primer año y otras de segundo, pero no participamos en todo el circo egomaniaco —te responde una de ellas.

Esa frase llega a ti como un soplo de aire fresco y te da la sensación, en la que aún no confías del todo, de que has encontrado a las amigas perfectas. Cruzas las pezuñas esperando que así sea. Notas que el tenso nudo que hay dentro de ti se destensa un poco.

Te llevan a pastar a un césped frente al edificio de proyecciones y acto seguido te someten a un exhaustivo cuestionario. Son preguntas habituales que no te incomoda responder. Les das todos los datos generales de tu vida intercalados de comentarios que tú consideras divertidos e ingeniosos. Y resulta que ellas también los encuentran ingeniosos y se ríen contigo.

Son cinco en total, una de raza Alpina, otra Nubia, dos La Manchas y otra de raza medio Siberiana, medio Boer. Cada una de ellas hace una presentación de sí misma utilizando el mismo tono que tú y sientes que entiendes lo que dicen no solo a un nivel superficial, sino que captas todos los dobles sentidos y el nivel profundo de cada una de sus frases, y eso te reconforta. Por un momento, el pensamiento de que ese está siendo el día más feliz de toda tu vida ronda tu cabeza.

De los datos biográficos banales, pronto pasáis a la información relevante y no tienes ningún reparo en contarles cosas que nunca le habías contado a nadie. Miedos que, por el hecho de no haberlos dicho en voz alta, eran mucho más grandes de lo que luego, después de compartirlos con ellas, resultan ser en realidad. Las cinco hacen lo mismo: se abren en canal para hacerte ver que puedes confiar en ellas y que en el gesto de acogerte no se oculta ninguna intención maligna, sino sencillamente un genuino deseo de ser tus amigas.

La tarde avanza y vais a pasear por ahí. Te enseñan sitios que no conocías, como una alta ladera desde la que se divisa toda la ciudad e incluso parecen vislumbrarse otras ciudades. La brisa del Pacífico os

agita la barba y la llena de salitre.

De regreso al centro, por un silencioso paseo de palmeras, conversáis sobre vuestras películas favoritas y os enzarzáis en acaloradas discusiones en torno a cuestiones tales como quién fue mejor cineasta, Ozu o Kurosawa. Ah, cuánto anhelabas alzar la voz por cosas como esa, poder mostrar todo tu carácter apasionado con lo que verdaderamente es importante.

—¿Os gustaría venir esta noche a mi casa a ver *Los ángeles de Charlie*? La del 2000 y la del 2003 —pregunta una de ellas.

—Solo si no es en modo irónico —responde otra.

—¡Claro que no es en modo irónico!

—¿Yo puedo ir? —preguntas tú, un poco cabizbaja.

—¡Solo si no es modo irónico! —responden todas al unísono.

Reís muy alto y sientes mariposas revoloteando en tu pequeña tripita gris.

Llegáis a la casa de tu nueva amiga justo cuando empieza a anochecer. Te das cuenta de que sois casi vecinas y, al decírselo, ella se alegra mucho y tú también.

Os tumbáis todas juntas encima de un abundante montón de paja sedosa. Nunca habías estado en contacto con paja de tan buena calidad, parece una nube, parece el mar. Coméis uvas y flores mientras te cuentan secretos de cómo funciona la GSCA. Qué profesores son unos impostores, cuáles no, líos entre alumnos, a quién odian, a quién no tanto…

—Cuando llegué, pensaba que nunca encajaría aquí. Me dio la sensación de que cada cabra que me dirigía la palabra estaba en realidad queriendo demostrarme en cada frase lo mucho que sabía de cine y la elevada madurez intelectual que había alcanzado en su corta vida —les dices.

—Y al mismo tiempo te desafiaban constantemente para que demostraras cuánto sabías tú, ¿a que sí? —te dice una de tus nuevas amigas.

—¡Exacto!

—Insoportable.

Les cuentas una anécdota que te ocurrió en una de las primeras

clases: estabas sentada en el pupitre esperando a que empezara una asignatura sobre diferentes prados en el cine italiano, cuando tu compañera te miró de arriba abajo, te olisqueó y, después de un leve balido, te dijo: «Hola, tu pañuelo es idéntico al que lleva la protagonista de aquella película de Agnès Varda, ¿sabes a cuál me refiero?».

Te había puesto nerviosa desde el principio, con esa actitud interrogante, casi inquisitiva, así que tú le contestaste: «Agnès Varda es una zorra».

Naturalmente, tú no pensabas que Agnès Varda fuera una zorra. ¡La adoras! Y sabías a qué película se refería, claro, *Sin techo ni ley*, en la que Sandrine Bonnaire, aparte de tener un pañuelo rojo, en efecto idéntico al tuyo, es besuqueada por una adorable cabra bebé.

Sí, sabías todo eso, pero te enfureció tanto la pregunta resabiada que no pudiste evitar responder de esa manera insolente propia de la cabra insolente que en el fondo eres, tanto si te gusta como si no. Tu compañera se quedó pasmada y después atónita, y cuando logró salir de su mudez, fue a contárselo a toda su manada.

Les confiesas que episodios similares a ese se repitieron durante semanas, hasta que te resignaste y aceptaste que esa escuela no era tu lugar. Te explican cómo se sintieron ellas al llegar: exactamente igual.

Inadaptadas, desubicadas, decepcionadas, inseguras, etcétera. Pero todo eso cambió cuando se conocieron las unas a las otras. Al final, ya casi de madrugada, ponéis *Los ángeles de Charlie* y, como era de prever, os lo pasáis de maravilla.

Pasan los meses y tu nueva alegría te ayuda a olvidar los desperfectos de tu vida anterior. Notas que ya no estás tan resentida como antes. Vas descubriendo quién eres, o al menos siendo consciente de que vas por buen camino en lo que al descubrimiento de tu identidad se refiere.

Este tema, el de la identidad caprina, empieza a interesarte muchísimo. Lees todos los ensayos que encuentras sobre ello, al tiempo que ves documentales y películas de ensayo con el foco puesto ahí. Cómo se construye una identidad individual, cómo una colectiva: todo eso te hechiza.

Una tarde de junio, a punto de acabar el primer curso, coges el teléfono, llamas a tu madre y le empiezas a hacer todo tipo de preguntas, pertinentes e impertinentes, acerca de vuestra vida en Donosti.

Pero esta vez lo que te guía no es la sospecha de que tu madre sea o pueda ser una eficiente psicópata asesina, sino que anhelas averiguar de dónde vienes, a qué se dedicaban tus abuelos, cómo fue tu infancia más allá de los leves recuerdos que guardas de ella y un sinfín de detalles sobre cualquier pormenor familiar.

Tu madre se sorprende porque advierte en tu voz un interés verdadero, y mantenéis una conversación que bien podría calificarse como «La primera conversación honesta que mantienen Elaine y su hija Juana en toda su vida».

Cuando cuelgas, abres rápidamente un cuaderno y empiezas a anotar cosas, recuerdos que estaban sepultados en algún lugar recóndito de tu cabeza y reflexiones que afloran con ellos. A partir de este momento, como sin darte cuenta, empiezas a aficionarte a la escritura. Las llamadas telefónicas con tu madre se hacen más frecuentes y, a veces, incluso hablas con tu padre y permites que te suelte interminables peroratas acerca del universo de los trenes.

De repente, pasan más meses. Para tu sorpresa, tus amigas nunca llegaron a revelar ningún peligroso lado oscuro como en algún momento habías temido, sino que esa primera experiencia de conexión que tuviste con ellas el primer día se repitió cada día, hasta que el bienestar empezó a ser algo natural.

Juntas descubrís a qué queréis dedicaros cada una en el futuro y, por ahora, tú te decantas por la crítica cinematográfica. Te gusta pensar que tu visión es personal y que tienes algo que aportar.

Halagos sobre tu ingenio y tu brillante capacidad de análisis llegan a ti con la frecuencia con la que caen los higos de sus árboles en verano. Y entonces algo nuevo ocurre. Una noche, tumbada en tu habitación sin poder dormir, una pregunta que jamás te habías hecho comienza a rondarte: «¿Por qué las cabras no hacen cine?».

La inherente sencillez de este gran interrogante te sorprende. El hecho de que ni tú ni nadie que conozcas haya hablado nunca sobre el

tema te parece casi una forma de conspiración. De pronto, te resulta tan absurdo como que alguien que se dedica a hacer zumos nunca haya probado uno.

¿Qué clase de resignación centenaria os ha llevado a todas las cabras cinéfilas a no intentar siquiera practicar aquello cuya teoría conocéis a la perfección?

Te duermes con esta y otras cavilaciones y tienes todo tipo de sueños en los que el orden establecido se invierte, desde sandías que saben a melón a Navidades felices.

Te despiertas con una luz cegadora que entra por la ventana como entraría el apocalipsis. Tienes ganas de compartir tus pensamientos con tus amigas, abalanzarte sobre ellas y decirles: «¡Lo he descubierto! ¡Quiero hacer películas! ¿Por qué ninguna cabra las ha hecho antes?».

Sin embargo, hay algo en la evidencia con la que suena esa frase que te asusta. Como si fueran a darte una respuesta obvia que deberías haber sabido desde hace mucho tiempo. Así que no dices nada. Al fin y al cabo, tu vida está bien así. Tienes todo lo que necesitas y más de lo que aspirabas tener. Posees conocimientos que te servirían para defenderte en cualquier coloquio y hay ideas dentro de tu cabeza que sabes que, si las escribes bien, se convertirán en éxitos seguros. Aunque el deseo de crear sigue latente en tu interior, te prometes a ti misma mantenerlo oculto y lidiar con él tú sola hasta que desaparezca.

Hasta que un día, a finales de tu segundo curso, os proponen hacer un trabajo final para la asignatura Infancia y Cine. En ese momento, tú levantas la cola y dices: «¿Sería posible que mi proyecto consistiera en rodar una película?».

Todos tus compañeros se giran hacia ti asombrados y decenas de pupilas cuadradas se posan sobre tu osado y reluciente hocico. Entonces, el profesor hace un sonido caballuno para expresar su aversión y exclama: «¡Juana, las cabras no hacen películas!».

Se oyen susurros a tu alrededor que a ti no te cortan ni un pelo y continúas. «Pero ¿por qué no?». Una oleada de respuestas saturan el aula (porque nuestras pezuñas no pueden sostener una cámara, porque no sé en qué manifiesto se indica que las cabras somos estudiosas, no creadoras, porque no tenemos imaginación suficiente, etcétera), hasta

que el profesor se sube encima de la mesa y berrea: «¡Porque es así y punto!».

Gritas que todo es una mierda, sales indignada de allí y corres hasta lo más alto de la montaña de Santa Ynés. El radiante sol de junio en Santa Bárbara se funde con tu indignación y te hace pensar que vas a empezar a arder. Escribes un mensaje a tus amigas. Cuando os reunís, les cuentas lo que ha pasado y cómo se gestó en ti la idea de ser cineasta, dices que los argumentos que te dan para no serlo no te parecen válidos y afirmas rotundamente que hay que romper con esa tradición estúpida. Ellas te apoyan, te animan a que lo intentes, se ofrecen a ayudarte, te dicen que eres especial.

—No quiero ser especial, solo quiero hacer una puta película, nada más —respondes tú intentando ser humilde.

Poco después, regresas a Hackney para pasar una temporada antes de iniciar tu tercer curso, y encuentras a tus padres algo avejentados. Tienen el cuerpo más blanco y han perdido vitalidad en sus cuernos. Los retratos que pinta tu madre ya no parecen tan agresivos, algunos incluso intentan sonreír. Tu padre ha reducido su jornada laboral y pasa más tiempo en casa. Algunas noches, tienes la sensación de que eso es un hogar.

Una mañana, peregrinas con decisión hasta el centro de Londres en busca de la mejor tienda de cámaras de cine, y, al llegar, el dueño de la tienda se sorprende al ver la lista de los artilugios que tienes previsto comprar. Para empezar, porque todos ellos son carísimos. Y en segundo lugar, porque eres la primera cabra que entra en su establecimiento en los cuarenta años que lleva allí. A pesar de eso, se muestra educado y amable, y te lo envuelve todo en papel de regalo y te da una bolsa dorada para llevarlo. Es tu momento.

A escondidas, empiezas a grabar a tu madre en su estudio del sótano. Cómo pinta cuadros rodeada de la colección que atesora hace tantos años. Paralelamente, grabas a las vecinas en las que se ha inspirado para pintarlos mientras hacen sus recados diarios.

Las grabas en el supermercado caprino, arreglando el jardín o

encima de los árboles. Aprendes poco a poco a controlar el obturador, compras manuales de sonido y montaje de vídeo, los lees de principio a fin y lo memorizas todo. Un día, te disfrazas de periodista simpática y amable, y te acercas a las vecinas para sonsacarles información acerca de tu madre. Finges estudiar un caso sospechoso.

«¿Podrían decirme qué secretos creen que oculta Elaine May?».

Todas te dan una versión parecida de los hechos. Pero con matices diferentes. Lo que hace que se genere y ramifique la intriga que se agitaba en tu cabeza. Unas te dicen que creen que cometió el crimen de asesinar a su marido por placer. Otras se muestran más misericordes. Las cronologías varían, el nivel de horror o escepticismo también. Les preguntas sobre el origen del rumor y ninguna sabe explicarlo con exactitud. «Es tan solo una de esas cosas que se saben porque siempre se han sabido», dice la menos discreta.

Complementas las entrevistas a las vecinas y los fragmentos de tu madre en su estudio con imágenes de la vida del barrio, diferentes animales que viven en comunidad: un zorro que pierde el autobús justo cuando empieza una tormenta, una familia de mapaches que viven en el canal y juegan al ajedrez encima de su barco, cosas así.

Después de un mes y medio, tienes material suficiente como para hacer una película de tres horas. Ahora toca seleccionar, recortar y montar. Utilizas todos los recursos que aprendiste en tus clases de cine negro y creas la música adecuada para cada momento con GarageBand.

Durante alrededor de dos semanas, casi no sales de tu habitación. De hecho, casi no sales de tu ordenador. Pero después de esas dos semanas, por increíble que parezca, consigues tener algo que podría considerarse una película.

La titulas *Madre asesina, madre pintora.* Y tienes el presentimiento de que te ha quedado muy bien. Un presentimiento positivo que va unido, cómo no, a una sensación de inseguridad que te hace necesitar con urgencia una opinión ajena.

Se la enseñas a tus padres esa misma noche y al principio te da miedo que tu madre se entristezca al ver la opinión que tienen de ella en el barrio, pero ocurre todo lo contrario: se ríe con furor y se pasa

toda la película zarandeándote diciendo que es una genialidad. Tu padre opina lo mismo, pero te lo comunica de una manera más moderada.

Al día siguiente, se lo mandas a tus amigas, en una misma transferencia que llega a las cinco puntas del planeta. La respuesta es unánime: tu largometraje es magnífico.

La sucesión de los acontecimientos posteriores ocurre con tal rapidez que se te hace difícil de asimilar. En resumen, resulta que la presentas en la GSCA y asombras a toda la escuela. Eres una pionera. Una pirenaica pionera.

Aquel profesor que te respondió que las cabras no creaban cine y punto se siente obligado a retirarse de su posición con el rabo entre las piernas. Acontece un cambio de paradigma en la manera en la que todos los miembros de la escuela concebían el cine y también a sí mismos. El currículo pedagógico cambia radicalmente en cuestión de semanas.

Madre asesina, madre pintora empieza a conocerse en el mundo entero y tu foto aparece en medios de comunicación de todo el reino animal. Al principio, ese repentino lanzamiento al estrellato hace que disocies y te hundas en una especie de anhedonia nihilista incapacitante: lo que parece falsa modestia resulta ser pánico a hablar de ti misma. A través de infinitas conversaciones con tus amigas, poco a poco logras tranquilizarte y restarle importancia a lo que te está pasando. El pánico, otra vez, se convierte, por fin, en alegría.

Así, casi un año después del estreno de tu película en la GSCA, con tu vida habiendo dado un giro de ciento ochenta grados, te decides a celebrarlo por todo lo alto. Haces una fiesta en tu barrio a la que invitas a muchas cabras, tanto de tu pasado como de tu presente. Ya estás toda reconciliada.

En ese momento, después de haberte bebido varios vasos de licor de heno, recibes una llamada que, por el prefijo telefónico, ves que proviene de España.

—¿Es usted Juana Arrieta?

—La misma.

—Juana, le llamo en nombre del jurado del Festival de Cine de San

Sebastián. Nos complace anunciarle que ha sido nominada para la Concha de Oro a la Mejor Película en el Festival de Cine de San Sebastián con su película *Madre asesina, madre pintora*.

—¿Cómo?

—Su película, *Madre asesina, madre pintora*, está nominada a la Concha de Oro.

—¿Mi qué?

—Su película: *Madre asesina, madre pintora*.

—Sí.

—¿Hablo con Juana Arrieta?

—Sí, eh, sí. Soy yo. Mi película, sí. Yo la he hecho, es mía: *Madre asesina, madre pintora*.

—Exacto, Juana. Su película. Esperamos contar con usted en el Festival de septiembre.

—Sí, en septiembre, el Festival, mi película, creo que ya lo entiendo, gracias.

—Hasta pronto, cabra Juana.

Cuelgas y en ese momento se te para el corazón. Caes al suelo con las patas hacia arriba y empiezas a emitir un sonido gutural con la lengua fuera. Más celebración en la celebración.

Llegado el día, regresas con todos los gastos pagados a tu ciudad natal para el Festival de San Sebastián y te alojan en una planta de varias habitaciones frente a la playa de Gros. Caminas con tus amigas por el paseo marítimo y te azotan olores que te traen recuerdos de la infancia. Estás conmovida: estás conmovida e intentas mantenerlo en secreto, pero no lo consigues. Lo único que expresa tu lenguaje corporal es ese júbilo puro e inocultable.

En fin, sí: ganas la Concha de Oro a la mejor película en el Festival de Cine de San Sebastián. La sala se llena de aplausos. Te subes al estrado sin tener muy claro si vas a ser capaz de decir todo lo que habías pensado.

En tu discurso de agradecimiento, con cientos de seres humanos trajeados que te miran como si fueras un marciano, empiezas a hablar de lo que significó para ti el cine y de cómo te salvó la vida.

Dices que para ti la gloria siempre será transitar ese camino de

confusiones, seguir aprendiendo *ad infinitum*. Seguir confundiéndote entre *El color de la granada* y *El sabor de las cerezas*, y decir en algunas conversaciones que te encantó *El sabor de la granada*. Y sonreír cuando alguien se lía entre Kiarostami y Kaurismäki, o entre Carlos Saura y Carmen Maura, o Ingrid Bergman e Ingmar Bergman, o entre Monica Vitti y Monique Wittig, o entre Elaine May, la directora de cine, y Elaine May, tu madre, o entre las dos películas llamadas *Crash*. ¿Y quién dirigió *Vanina Vanini*, Federico Fellini o Roberto Rosellini? Y desbaratar los títulos de *Un tiempo para los caballos borrachos*, *Las tortugas también vuelan* y *La historia del camello que llora*, creando inconscientemente alternativas posibles como *Un tiempo para las tortugas que vuelan* o *La historia de los caballos borrachos*.

Y cuentas que cuando te preguntaron si habías visto *El espíritu de la colmena* dijiste que sí, pero tú, en realidad, te referías a *La colmena*, y luego, tiempo después, viste *El espíritu de la colmena* y te gustó más que *La colmena*. Y también, que una tarde te preguntaron si te gustaba Robert Bresson y respondiste: «Por supuesto, justo hace poco fui a una exposición de sus fotografías». Y lo mismo con «¿Qué opinas de Glenn Gould?», y tú: «Está estupenda en *Atracción fatal*».

Y cómo esperas que te queden muchos más hallazgos de esos, que siga construyéndose en tu interior ese extenso mundo de correspondencias léxico-semánticas. Pues la historia del cine es la historia de esas correspondencias, la historia de una emoción que adquiere nombres infinitos.

Así, tras un fundido a negro que viene después del enternecedor discurso, ¿qué opción elegirías para el resto de la vida de Juana?

a) A *Madre asesina, madre pintora* le suceden decenas de películas que te consagran definitivamente como una gran directora y te hacen pasar a la historia como la primera cabra cineasta. Con el paso del tiempo, se te hace difícil relativizar o seguir quitándole peso a tu éxito, así que, al final, te conviertes en alguien que se lo toma todo muy en serio. Eres respetada e imponente, eres una celebridad. Nunca llegas a compartir tu vida con nadie. Tu gran amor siempre fue, es y será el cine.

b) Te das por satisfecha con tu fantástico debut cinematográfico y decides explorar otro terreno. Sigues viendo pelis casi a diario, pero descubres que no quieres hacer de ello tu profesión. Haces unos cuantos cursos de cocina sostenible y te conviertes en chef. Inventas varios platos y licores a los que les pones el nombre de tus películas favoritas. Envejeces rodeada de comida deliciosa y pasas tu jubilación haciendo turismo gastronómico.

c) Puesto que posiblemente te habrías muerto de pena si no hubieras ido a la GSCA, te das cuenta de lo importante que es la educación y te haces profesora de cine en la escuela de tu juventud. Compras una casita frente al mar en la que vives con diferentes cabras a lo largo de tu vida y te la pasas entera dedicándote a la docencia. Consigues que un mínimo de cuarenta alumnos tuyos cumplan con sus sueños y te retiras satisfecha.

Este fue el relato más largo de todos, quizá porque ya éramos prácticamente incapaces de hablar entre nosotras.

—He decidido irme de Pamplona —dijo Tía Lidia unos días más tarde, cuando mi hombro ya estaba escayolado y en proceso de recuperación.

—¿Ah, sí? ¿Adónde?

—Aún no estoy segura, pero no puedo estar más aquí.

—Ya.

—Necesito alquilar esta casa.

—Así que tengo que irme, ¿no?

—A no ser que quieras vivir con una familia desconocida, sí.

—¿Me ayudarás a recoger las cosas, al menos?

—Me quedaré en el marco de la puerta viendo cómo doblas la ropa con un solo brazo.

—Entonces les contaré a tus inquilinos que eres una psicópata.

—No les importará, la casa es preciosa.

—Lo es.

Al final, me ayudó a hacer la maleta con todo lo que había acumulado en esos dos años y me regaló algunas camisetas suyas que iba a tirar. Me despedí de la cigüeña y volví a casa de mis padres

hasta acabar bachillerato.

Y no recuerdo qué final le di a Juana. Tal vez ninguno: en mi cabeza, elegir una de las tres opciones significaba también poner una especie de final entre Tía Lidia y yo.

De modo que preferí, al igual que sigo prefiriendo ahora, dotarla de esas tres vidas posibles. Que en esa trifurcación de su camino tenga la capacidad de transitar por los tres a la vez.

Y que, en cualquier caso, sea ella, con toda su genialidad e insolencia, la que elija.

11

GRITO INFERNAL

Lo que ocurrió después fue que me mudé a Granada a estudiar Literaturas Comparadas. A los pocos meses, con la naturaleza prometedora y a veces engañosa de los nuevos comienzos, me invadió la sensación de que toda mi vida anterior había quedado enclaustrada en un pasado sin brillo al que no me apetecía volver.

Granada, además, me facilitó esa huida hacia delante. Descubrí que todos los tópicos que decían de ella eran ciertos: fiestas en edificios viejos, comida barata, setas alucinógenas, omnipresencia de jipis con perros que tocaban las mismas canciones con la guitarra una y otra vez, conversaciones interesantes en las cafeterías de la facultad, constante sensación de trascendencia, etcétera.

Como escribió el poeta granadino: «Entre los autobuses, el gentío, en la dulce ignorancia, fue creciendo una luz». Para cuando quise darme cuenta, ya me había rapado el pelo, lucía varios tatuajes espantosos en mis brazos y tenía un grupo de amigas con las que todo parecía profundamente guay, divertido y, sobre todo, importante.

Pasábamos el tiempo intentando desentrañar la profundidad más profunda de las profundas cosas, y acostándonos todos con todos y todas con todas, porque lo importante no era el placer sino la acumulación.

Teníamos la certeza de que en el futuro acabaríamos dedicándonos a algo relacionado con lo que estábamos estudiando. O mejor dicho, puesto que desde el principio supimos que nuestras carreras no ofrecían muchas salidas, al menos teníamos la certeza de que *viviríamos* de esa forma: literariamente, antropológicamente, filosóficamente.

Y así, poco a poco, el recuerdo de mis años con Tía Lidia se hizo

cada vez más difuso. Supe que vivía en Bilbao, en una casa compartida con otras personas. En algunos mensajes que me mandó me preguntaba qué tal y me recomendaba películas que ya no me interesaban en absoluto.

No me interesaban porque yo estaba descubriendo mis propias películas, la mayoría de ellas fumadas psicodélicas que me parecían lo mejor que había visto nunca.

Me incomodaba pensar en Tía Lidia e intentaba no hacerlo, pero muchas veces me veía imitando expresiones o gestos que eran de ella. Hacía un sonido ronco con la garganta antes de soltar una carcajada, ensayando una risa que se pareciera a la suya. Entrecerraba los ojos y me tocaba la cabeza mientras la gente me contaba su vida. Alguien decía algo genial y yo movía las manos como si atrapase una mosca, simulando agarrar la idea que acababa de escuchar.

Sin querer, utilizaba sus palabras, su humor: unas palabras y un humor que no me habría atrevido a utilizar en su presencia para que no pensase que la había copiado.

También me ocurría que después de acabar un dibujo, bocetos rápidos que hacía en cualquier parte, me quedaba mirándolo y me daba cuenta de que la persona a la que había retratado era ella, Tía Lidia, de algún modo.

En fin, Tía Lidia habitaba mi inconsciente como una lapa invisible.

Cuando pasábamos largas temporadas sin hablar, me asaltaba el pensamiento de que tal vez hubiera muerto. Y a veces, una presión me subía del estómago al pecho hasta ahogarme. Pero, rápidamente, entre jadeos, me decía mí misma que eso era imposible. Que estaba viva y coleando en alguna parte, pintándose las uñas mientras hablaba de sí misma. Eso me tranquilizaba.

Todas mis amigas sabían a grandes rasgos quién era Tía Lidia, así que cada vez que salía el tema complementaban mi relato con descripciones de sus propios conflictos maternales o fraternales, lo cual me ayudaba a restarle importancia al mío. Y convencerme de que mi historia era tan solo una más en el proceloso océano de las disputas familiares.

No le conté a nadie lo de su telequinesis melancólica, hasta que en

el amanecer de un *after* me sinceré con un chico danés que llevaba dos imperdibles en la nariz, una cresta de colores y no entendía muy bien el castellano.

Después de una noche larga, le describí mi convivencia con Tía Lidia e intenté explicarle lo que había significado para mí. Al final, le conté que cuando estaba triste era capaz de mover objetos con la mente.

Estábamos en un cortijo de las Alpujarras al que nos había invitado alguien a quien casi no conocíamos ni él ni yo. Algunas hojas del magnolio que crecía en el jardín entraban por la ventana en la que estábamos apoyados, y el aire de las primeras horas de la mañana las agitaba suavemente.

A nuestro alrededor, la gente se sentaba en el suelo o en sofás, muy cerca los unos de los otros, abrazados, tocándose las manos, confesándose otros secretos con mal aliento.

—Qué poético —dijo.

—Pero es que no es poético, es la verdad.

—Mi padre también movía cosas con la mente.

—¿Qué?

Entonces sonrió como un mono drogado y procedió a contarme una historia horrorosamente perturbadora que, por fortuna, no entendí bien.

Resultó que la atmósfera de intimidad que había creado con el pequeño danés no era tan fuerte como yo pensaba, así que me levanté y me fui con una amiga que hablaba del *Libro tibetano de los muertos*.

Aquel día, de todos modos, me di cuenta de que podía contar la historia de la telequinesis a quien yo quisiera. Total, nadie iba a creérsela. Y, si alguien lo hacía, tal vez pudiera aportar algo interesante al asunto.

Las tiendas de segunda mano nos permitían cambiar de personalidad cada cierto tiempo. Amigos nuestros se iban de Erasmus y nos burlábamos de ellos al año siguiente, cuando volvían con acento argentino, italiano o inglés, bebiendo mate o vistiendo una chilaba.

Nombres como Jan Mukařovský, Gayatri Spivak, Madame de Staël o Mijail Bajtin, que eran una constante en mis apuntes de clase, se

fusionaban en nuestras conversaciones con los nombres de la gente de la que nos enamorábamos, creando una mezcolanza bien curiosa de apellidos raros e historias que casi siempre no acababan ni bien ni mal, simplemente acababan.

Cada vez que llegaba la Navidad, el verano o la Semana Santa, Tía Lidia me enviaba un mensaje, me preguntaba cuáles eran mis planes y si nos veríamos por Pamplona. Yo le respondía que sí, pero al final siempre había algo que lo impedía: un viaje de última hora con alguna amiga, un compromiso en alguna parte o simples excusas.

En secreto, sin reconocérmelo siquiera a mí misma, incubaba la esperanza de encontrármela por la calle y poder contarle lo fascinante que era Granada y todos los cambios que estaba experimentando allí.

Le hablaría de los atardeceres naranjas, de las cuevas del Sacromonte, de los puentes de Monachil, de las termas de Santa Fe y del mercadillo del Almanjáyar. Le diría que me gustaban las chicas y ella me respondería: «Siempre lo he sabido».

Pero los años pasaron y no verla dejó de importarme. O al menos, como me especialicé en el autoengaño, me convencí de que estaba bien así, de que la vida sigue y de que Tía Lidia tampoco había sido para tanto.

La relación con mis padres, curiosamente, mejoró. Por fin pude apreciar esa tolerante actitud suya que, en realidad, siempre había estado ahí, invisible a mis ojos mezquinos y adolescentes. Aunque nunca se lo reconocí, admiraba la manera en que preferían no opinar acerca de mis decisiones estéticas o antiestéticas.

A veces, para ver hasta dónde alcanzaban sus límites, me presentaba en Pamplona vestida con alguna indumentaria mostrenca que a menudo hacía que se me saliera una teta.

E incluso en esos momentos, mi madre me abrazaba, me preguntaba cómo había ido el viaje y, como quien te dice la hora que es, añadía: «Cariño, te asoma la teta».

Entonces yo me subía la camiseta o lo que fuera y, en broma, aunque no del todo en broma, le decía que las doce horas de Alsa se

me habían hecho cortas. Porque cruzar la península en autobús, y en especial si era durante la noche, tenía algo que me gustaba. Paz, tal vez, sin más. Me obligaba a mantenerme quieta y a pensar en mí, algo que en Granada no solía hacer con mucha frecuencia.

Esos ejercicios introspectivos de carretera, tomando un café rodeada de desconocidos somnolientos en una estación de servicio a las tantas de la madrugada, me hacían pensar tonterías como que estaba en la película *Paris, Texas* o que mi vida era una bohemia electrizante y chula.

La música que escuchaba en esos viajes de sur a norte y de norte a sur, y la que escuchaba en general a todas horas, no se parecía en nada a la que me había enseñado Tía Lidia. Sustituí el punk, el indie rock y la ópera por techno, bachata y flamenco. Así, a golpe de quejíos y güiras, me alejé espiritual y definitivamente de ella. Y un buen día, acabé la carrera.

Aunque, en el fondo, no sé si fui yo quien se alejó de ella, o fue ella la que se alejó de mí. O si simplemente nos alejamos juntas, ella de mí y yo de ella, yo para descubrir quién era yo y ella consciente de que para que yo descubriese quién era yo, ella debía tomar distancia y ocuparse de sus propios asuntos.

El caso es que el tiempo siguió pasando y pasando, hasta que ya ninguna de las dos supo volver a lo que nos había unido, ni definir muy bien qué era eso que nos había unido.

Fuera lo que fuese, al acabar la carrera me mudé a Madrid. Alquilé una casa barata con unas amigas, cuando aún eso era posible, y nuestros padres nos pagaron másteres tan bonitos como inútiles que nos permitían prolongar un poco más nuestras ínfulas de jóvenes intelectualoides.

Y allí conocí a María.

Al principio, por su modo de expresarse tanto dentro como fuera de clase, le achaqué una pedantería insoportable que, naturalmente, más tarde acabó resultándome deliciosa.

María era más atractiva que guapa, su humor era ácido y tenía los movimientos, el olor, la piel y la soltura de quien se ha criado en una familia con mucho dinero. Esto último intentaba ocultarlo, o al menos

no alardear, pero todo en ella lo delataba.

Cuando ya habíamos hablado varias veces y todavía me caía mal, me di cuenta de que delante de ella fingía una voz que no era la mía. La modulaba de un modo bastante ridículo que en mi cabeza me hacía parecer interesante. Intentaba hablar en un tono bajo y lento, para ocultar mi naturaleza atropellada y estridente. Hasta que me pregunté: «¿Por qué finjo con esta tía?». La respuesta era obvia.

Un día, en el metro, varias personas empezamos a hablar sobre nuestra situación sentimental y ella mencionó que llevaba unos meses en una relación con un hombre quince años mayor. Alguien le preguntó qué era lo que le gustaba de él y ella respondió:

—Que folla como una lesbiana.

—¿Y por qué no sales con una lesbiana? —preguntó no sé quién.

—No todas las lesbianas follan como lesbianas —respondió María.

Lo dijo entre tajante e indiferente y todos nos reímos. Pero no del mismo modo: algunos lo hicieron con una leve incomodidad y otros de manera genuina.

El caso es que, unos meses después empezamos a salir juntas. Me adapté a su mundo y ella al mío. Mis amigas se hicieron amigas de las suyas y, por suerte, todo se desarrolló con una facilidad divina.

Conocí Madrid a través de sus ojos. Poco a poco, su lente se impuso y acabé siendo incapaz de utilizar los míos. Empecé a consumir arte de manera compulsiva, con el foco puesto en ella y con el único propósito de contárselo después.

Una tarde, pasamos frente a una pared en la que había una pintada que rezaba: «Como me idealices te rajo».

—¡Mira! —dijo María al verla.

—¡Me encanta! —dije yo.

Nos sacamos una foto junto al amenazante spray verde y nos pusimos a hablar sobre el tema: deificar a las personas, depositar en ellas la solución a todas nuestras carencias, no verlas como otro ser humano, lo mal que estaba todo eso, bla, bla, bla.

Y cuantas más palabras añadía, más cuenta me daba de que yo ya lo había hecho: la idealicé desde el principio y nunca encontré la manera de bajarme del burro. Al menos no del todo. Siempre me pareció un

ser indescifrable y tendí a sobreanalizarla hasta en los detalles más insignificantes.

Esto era más culpa mía que suya, claro. Para mí, el amor tranquilo y recíproco era tan real como el Monstruo de las Galletas. Y verla con esa lejanía hizo que siempre me sintiera en deuda de una manera extraña. Una deuda que se acentuaba si se tiene en cuenta que viví un año y medio con ella pagando un total de cero euros en una casa de Argüelles que había pertenecido a su tía abuela muerta.

De hecho, cuando cortamos, me dijo que se iba a pasar una temporada a Roma y añadió:

—Si lo necesitas, puedes quedarte en casa de Begoñita.

Me gusta pensar que María y yo nos quisimos y cada una de nosotras intentó hacerlo de la mejor manera que pudo. Que fue mal, pero bueno.

Al menos lo pasamos bien algunas veces y pude mear en la bañera de una aristócrata.

Por aquel entonces yo llevaba seis meses trabajando en Natura. Con el dinero que había ahorrado pude alquilarme una buhardilla gélida y luminosa en La Latina y la decoré con los accesorios que conseguía robar en la tienda. Por desgracia, el aspecto que acabó teniendo fue el de la casa de un chiflado *new age* con una fijación patológica con las lámparas de sal. Llegué a tener cinco a la vez.

La cantidad ingente de incienso y velas aromáticas hacían pensar que intentaba ocultar un hedor insoportable. No sabía qué fotos poner en los marcos que acumulé. Después de la ruptura, todas me recordaban a un pasado esperanzador al que ya nunca volvería. Los regalos que hice durante ese tiempo se limitaron a bufandas, calcetines y libros de astrología.

Me gustaría saber qué habría sido de mí si, en lugar de Natura, hubiera trabajado en una tienda gótica. Algo me dice que no habría pintado las paredes de amarillo. Pero lo hice, pinté las paredes de amarillo y ninguna de mis amigas me dijo nada.

Tampoco las culpo. La clave está en intentar evitar los grandes

errores ajenos y dar rienda suelta a los pequeños. O tal vez en todo lo contrario. Aunque, ¿cómo distinguirlos?

Llevaba años sin saber nada de Tía Lidia. Una de las últimas veces que habíamos hablado fue poco después de instalarme en Madrid. Le escribí un e-mail en el que se lo contaba y ella me llamó. Tuvimos una conversación de una media hora, más o menos. Se expresó con un entusiasmo que a mí me pareció fingido, llenaba los silencios con datos triviales a los que yo no sabía qué responder.

Me molestaba que intentase aparentar que todo estaba bien y que hablar por teléfono era algo frecuente entre nosotras, algo que solíamos hacer espontáneamente. Pero, al mismo tiempo, me gustó escuchar su voz clara y emotiva. Era un alivio saber que estaba bien y comprobar que, de alguna manera que no llegaba a comprender, mi vida todavía le importaba.

—¿Sabes? ¡Yo también me voy!

—¿Dejas Bilbao?

—¡Sí!

—¿Y adónde te vas?

—Intenta adivinar.

—No sé, Lidia.

—Venga, inténtalo.

—¿A Logroño?

—Ja, ja, ja.

—¿A Zaragoza?

—Te digo tres destinos, eliges uno y me iré al que tú me digas.

—Lidia, sigues obsesionada con *Elige tu propia aventura*.

—Era broma.

—¿Xixón?

—Me voy a Berlín, con Itsaso. Ella va a trabajar en una galería o algo así.

—¿Y tú?

—Yo en una escuela de español.

—Anda, ¿y eso?

—He conseguido una plaza a través de uno de esos programas de intercambio que tanto me gustan.

—¡Enhorabuena!

—Piden alemán, pero estoy en ello.

—Iré a verte, si quieres.

—¡Claro, cuando quieras!

Esa fue nuestra última conversación fluida. Yo me fui a Madrid, Tía Lidia a Berlín y el silencio de la indiferencia se impuso, como siempre, a su estilo.

Durante los cuatro años siguientes, olvidé las razones de mi fascinación por ella. Las atribuí a la ingenuidad de ese momento de exploración adolescente en el que cualquier cosa que se desvíe un poco de la norma te deslumbra.

Desapareció también mi necesidad de mencionarla en las conversaciones. Su persona adquirió una forma fantasmagórica. De todos modos, los últimos meses que vivimos juntas fueron horribles y se me habían quedado más grabados en la memoria que el resto. Por más que lo intentara, era incapaz de recordar a Tía Lidia con ternura.

Hasta esa lluviosa tarde de domingo del noviembre pasado en la que salí de casa enfadada con mi pared y con el mundo en general y me fui a dar un paseo. Uno de esos a los que me gustaba llamar «paseítos de la desolación».

Caminaba despacio por la Carrera de San Francisco y la lluvia me mojaba los calcetines. Justo cuando me planteaba volver a casa, pasé por una cafetería en la que solo venden botellas de vino, quesos y café de especialidad. Me asomé dentro, ensucié el cristal con mi vaho rabioso, y entonces la vi. Estaba allí. Era ella, sin duda. Tía Lidia. Una versión mayor y diferente, pero ella.

Estaba sola. Sentada en lo que parecía la silla de un gnomo. Encima de la mesa, también enana, había una copa de vino recién empezada y un sándwich a medio comer. Mi primer impulso fue esconderme detrás del Seat que estaba aparcado en frente. Los charcos sucios de la carretera se abalanzaban sobre mí propulsados por los otros coches que pasaban todo el tiempo, al estilo de Madrid.

Y allí me quedé. Quería entrar, sabía que iba a hacerlo, pero estaba

tan nerviosa que se me llenaron los ojos de lágrimas. Y pensé que no debía hacerlo así: moqueando, en chándal y con un gorro de leñador esquimal de Natura, después de tanto tiempo.

De manera que me quedé fuera un rato para tranquilizarme. Y también para mirarla. Quería hacerlo sin que ella lo supiera, analizar si sus gestos se correspondían con los de mi memoria. Quería verla masticar como un lobo y dar sorbos grandes.

Y ver también cómo el camarero se fijaba en ella, cómo la observaba con la misma curiosidad que yo. Necesitaba comprobar que seguía provocando el mismo efecto hipnótico y animal.

No sé cuántos minutos pasé bajo la lluvia. Seguro que no muchos, pero sí los suficientes como para que Tía Lidia se acabase el vino, pidiese otro y yo me empapara. Un mechón de pelo me salió del gorro y se me metió en la boca. Con él ahí, me erguí, respiré, lo escupí y me decidí a entrar.

Al empujar con fuerza, la puerta hizo un ruido agudísimo y chirriante que sacó de su ensimismamiento a Tía Lidia de una manera bastante violenta. Todavía sin reconocerme, soltó un grito que asustó al camarero. Y este, a su vez, gritó también.

—¡¡Ah!!

—¡¡¡Ah!!!

Y con el grito sostenido en ese pequeño y estúpido local, Tía Lidia vio que yo era yo y volvió a chillar. O alargó el chillido, una de dos. El camarero hizo lo mismo. Y yo, no sé si por inercia o por confusión, chillé también. Y la combinación de los tres fue un alarido coral que recordaba a un espectro pasando por una crisis. Como gritaría una esfinge si las esfinges pudieran gritar.

—¡¡¡Ah!!!

—¡¡Ah!! ¡¡Ah!!

—¡¡¡¡¡Ah!!!!!

Al final, logramos menguarlo, el susto se convirtió en algo parecido a la alegría, me senté a su lado en otra silla bebé y hablé con Tía Lidia durante cinco horas. Cinco horas con Lidia.

12

MADRUGADA SANGRIENTA

Algunas semanas después de que María y yo nos separáramos, hallándome aún en ese estado maniaco en el que los constantes golpes de lucidez bien podrían confundirse con trances psicóticos, me encontré una noche, como por arte de magia, con mi tío Fermín.

Eran las dos de la madrugada y yo bajaba sola por la calle Segovia de camino a casa. Había estado bebiendo desde las siete de la tarde y todas mis amigas se habían retirado poco a poco hasta que ya solo quedamos dos. Tras varios intentos frustrados en los que le rogué a mi última amiga que se quedara y me escuchara un poco más, tuve que aceptar que la noche había llegado a su fin.

Pensaba en la película que pondría al llegar a casa y, de repente, alguien pronunció suavemente mi nombre. Me costó reconocerlo. No nos veíamos desde alguna lejana Nochevieja de años atrás, y supongo que en aquella ocasión apenas habríamos compartido un máximo de dos frases. En realidad, nunca habíamos compartido más que eso, dos frases.

No lo había visto, pero estaba a dos pasos de mí, apoyado en una farola, con las manos en los bolsillos y una especie de extraña sonrisita.

—¿Te apetece que tomemos algo en mi bar favorito? —me preguntó.

Su propuesta me sorprendió y me quedé muda. Entonces él señaló el lugar con el dedo y dijo, sonriente:

—Está ahí mismo.

Me sentí tan confusa que lo primero que pensé fue que la persona que tenía enfrente no era realmente mi tío, sino alguien que se le parecía muchísimo y quería secuestrarme. Un clon extraterrestre,

quizá, un alienígena maligno capaz de mutar de aspecto a voluntad.

—Pero tú eres mi tío Fermín, ¿no?

Esa pregunta le hizo soltar una pequeña carcajada casi sin fuerzas y vi que él también estaba borracho.

—Hace tres años que vivo en Madrid —me dijo.

—¿De verdad? ¡No lo sabía!

—Supongo que no es una gran noticia. Has crecido.

—Eso tampoco es noticia.

—¿Qué tal está tu madre?

—Bien, creo.

—Cada vez se parece más a Refugio —dijo.

Esa mención a la familia me tranquilizó definitivamente. Pensé que ni era un impostor ni quería descuartizarme en un sótano.

—Sí, puede que tengas razón —le dije—. ¿Y tú qué tal estás?

Mi tío Fermín es el quinto de los seis hermanos, el inmediatamente anterior a Tía Lidia, y es el hombre más guapo de toda la familia. Es, de hecho, uno de los hombres más guapos que he visto en toda mi vida. Su perfil es idéntico al de la *Huérfana en el cementerio* de Delacroix. Los mismos pómulos brillantes, los mismos labios carnosos, rasgos muy bien marcados, piel aterciopelada.

Su pelo sigue siendo igual de rubio que cuando era un niño, a diferencia del resto de los hermanos, que o bien se han quedado calvos, o bien su amarillo ha tornado en un marrón sin gracia.

Tiene un aura de misterio que él preserva, eso lo noté enseguida. En mi familia nunca se ha sabido mucho de él. Ni se sabe muy bien a qué se dedica, ni por qué se fue de Pamplona. Por lo demás, tampoco suele hacer acto de presencia en las comidas familiares.

Pero eso a nadie le ha importado nunca mucho. Es discreto. Posee esa clase de personalidad distante y a la vez magnética que, por un lado, hace que con solo mirarle a la cara vislumbres una extraña inteligencia y, por otro, llegues a temer que probablemente no te gustaría oír sus respuestas en caso de que te atrevieras a hacerle alguna pregunta, por sencilla que fuera.

—Venga, sí, vamos a tomar algo —dije al fin, sin estar muy segura de ello.

—Genial, sobri.

—¿Sobri?

—Sobrina, sobri.

—Ah, sobrina, sí.

Entramos por una puerta oscura en la que nunca antes me había fijado. Luego descendimos por unos pequeños peldaños metálicos y llegamos a los quince metros cuadrados que componían un bar vacío y oscuro.

El camarero era un señor pelirrojo que estaba dando palmas muy serio semioculto en la penumbra. En cuanto vio entrar a mi tío le sirvió un licor extraño en una copita especial de aspecto muy anticuado. Fermín le dijo que yo era su sobrina y al pelirrojo serio pareció no importarle mucho.

Mientras hablaban, me fijé en una imagen de un limonero que estaba pegada en una esquina de la pared, detrás de la barra, debajo de las botellas. La foto era vieja y mostraba tan solo eso: un simple limonero con unos cuantos limones en medio de una gran pradera verde.

Justo al lado, un calendario con una chica en tanga colgaba con cierta gracia. El mes era abril, y abril era una estríper también pelirroja agarrándose el culo a sí misma, subida a una moto.

Me acerqué un poco más para verla de cerca, y me percaté de que, en realidad, la foto de la chica no se correspondía con el mes, sino que era él, el camarero pelirrojo, quien la había pegado encima. Unas marcas de celo lo delataban.

Quise pensar, y me divirtió hacerlo, que cada treinta días el camarero despegaba la foto de su estríper favorita, pasaba la página y volvía a pegarla encima de la estríper que tocase ese mes. Y así durante toda la eternidad. Año tras año, calendario guarro tras calendario guarro. Me resultó casi enternecedor. El limonero y la estríper tal vez la combinación no era azarosa.

Puede que el señor pelirrojo hubiera colocado juntas las dos imágenes como una niña que recrea la realidad con sus muñecas. Puede que, cuando era joven, hiciera el amor con una pelirroja bajo un limonero. Bajo *ese* limonero, en concreto. Y puede que le guste

evocarlo juntando esas dos imágenes, en un intento desesperado por volver ahí. Con la mente puesta en esas improbables cavilaciones, me incorporé a su conversación y pedí una cerveza.

La voz de mi tío era suave, me embriagaba. Era diferente a todas las voces que había oído antes. Pensé que sería un buen locutor de radio y quise que me leyera en voz alta.

—Fermín, léeme algo en voz alta —le pedí.

Lo único que había a mano era un periódico *AS*. Y como si mi petición fuera la más normal del mundo, lo cogió y empezó a leerme en voz alta una noticia sobre un partido entre dos equipos de fútbol cuyos nombres desconocía. Sonaba al coro de los ángeles.

—Podrías ser locutor de radio —le dije.

—Es precisamente a lo que me dedico —dijo él.

—¡Mentira!

—¿Cómo que mentira?

—¿Eres locutor de radio?

—¿Te suena el programa *Carmilla*?

Al parecer, llevaba varios años trabajando en Radio 3 y tenía un programa musical llamado *Carmilla.* Recordé que varias amigas mías me lo habían recomendado tiempo atrás. Incluso me habían mandado enlaces para que lo escuchara. Me pregunté si, de haberles hecho caso, habría reconocido la voz de mi tío Fermín. Lo más seguro es que no.

Quise saber cómo había llegado hasta allí y me lo contó. Le escuchaba con toda mi atención, fascinada.

—Hace poco hablé de Pezón Suicida.

—¿De verdad? ¿Del grupo de Lidia?

—Sí, puse la canción «Ojeras debajo del sofá», ¿la conoces?

—Claro que la conozco.

—A la gente le gustó mucho.

Lo dijo todo sin darle importancia. Como si lo hubiera soltado sin querer. Pero no era así. Fue un comentario intencionado y lleno de capas, que venía a expresar que durante todos estos años su hermana Lidia había estado muy presente en su cabeza y que le seguía la pista.

Y venía a decir también que sabía que ella y yo habíamos estado viviendo juntas en mi adolescencia. Y que habíamos establecido una

complicidad lo suficientemente profunda como para ser capaz de memorizar al instante el estribillo de «Ojeras debajo del sofá», y todo lo que significaba.

Fue la primera canción del álbum que escribió con Jara y, como ella misma me contó, supuso una especie de distanciamiento con nuestra familia. Un mensaje contra todo lo que había conformado su vida hasta entonces.

La única grabación que existe empieza con una estruendosa batería y una estruendosa guitarra eléctrica entre las que Tía Lidia se aventura a gritar a pleno pulmón:

Ojeras debajo del sofá
no quiero volver a casa
todos allí son fantasmas
más pena no pueden dar.

Ni siquiera se preocupó por fingir que, en realidad, no sentía lo que expresaba en la canción y que tan solo la había compuesto por amor a la música punk. El resto de la letra sigue en la misma línea y creo que puedo hacerme una idea de cómo se sentiría su familia, en especial mi madre y Abuela Refugio, al escucharla por primera vez.

Por eso, el hecho de que Fermín me contase que la había puesto en su programa, funcionó como una reconciliación con ella. Un modo de decirme que, a fin de cuentas, Tía Lidia tenía razón. Todos eran fantasmas.

—Mi favorita era «Conservadurismo cochino» —le dije—, pero «Ojeras debajo del sofá» también es genial.

—Sin embargo, ninguna como «Madrugada sangrienta».

—Esa no la tengo en la cabeza.

—Habla de mí, ¿sabes?

—¿De ti?

—Sí, Lidia se inspiró en mí para la letra.

—No la recuerdo.

—Bueno, ya te acordarás.

A partir de ese momento, con la historia familiar puesta sobre la

mesa, la noche adquirió otro tono, así que pensé que lo mejor sería pedir una copa de vino. Eran las tres de la madrugada y en la televisión del bar seguían apareciendo grabaciones antiguas de cantantes de flamenco.

Por primera vez me fijé en su ropa. Llevaba una camisa negra de seda, metida debajo de unos pantalones también negros, de lino y de tiro alto, atados con un pequeño botón en la cadera izquierda. Y en los pies, unos mocasines de terciopelo negro.

Difícil combinación de tejidos, pero a él le caía con una naturalidad asombrosa. Pensé que debía de ligar muchísimo, mi tío Fermín, y quise preguntarle sobre el asunto. Preguntarle si tenía pareja, parejas, si le gustaban las mujeres, los hombres, ambos o ninguno.

Quise hablar de amor pero, ya que él había sacado el tema, me pareció más urgente, y en ese momento también más interesante, seguir hablando sobre Tía Lidia.

—Hace un par de semanas estuve con ella, ¿sabes? —le comenté.

—¿Con quién?

—Con Lidia, me la encontré por casualidad.

—¡Qué dices! Vendría de Berlín, ¿no?

—Sí, y se vuelve a Bilbao.

—Eso me comentó.

—Pensaba que no os hablabais.

—Por telepatía, sí —susurró y me guiñó un ojo.

—Hace ocho años que no la veía.

—Ya, así es ella.

Llegados a este punto, una fuerza verborreica me poseyó y le conté las interioridades de esos dos años que viví con ella. Le hablé del funeral de Baby, de sus amigas, de Jara, de las tres etapas de la vida de la cabra insolente y de todas las historias familiares que me contó.

Le hablé de lo que me enseñó de literatura y de cine. Y de lo desconcertante que puede ser la primera vez que ves que la misma persona a la que admiras y adoras puede generarte también sentimientos de angustia y lástima. La primera vez que sientes en tu propio cuerpo la complejidad de las relaciones. Y de lo necesario que es quitarle peso al dolor pasado. Y de lo peligroso que es también, a

veces, hacerlo.

Había algo en el rostro de Fermín que me inducía a no callar, a sacarlo todo. Él estaba atento, con las piernas cruzadas, y yo en trance, en esa panorámica casi completa de mi pequeña vida. De Tía Lidia salté a María.

—Nos separamos por mutuo acuerdo, con una conversación incluso bonita, y por eso no esperaba estar tan jodida.

—Ah, ya. Lo que acaba con conversaciones bonitas siempre termina siendo más desgarrador —dijo, mientras daba pequeños sorbos a su copita de licor denso y extraño.

—¿Tú crees?

—Claro que sí.

—Estoy harta de lo poliédrico que es todo. Lo ambivalente que es todo, lo variopinto y caleidoscópico que es todo.

—Cuántos sinónimos para decir que estás confusa.

—Harta de lo multidireccional y multicolor y multimierda que es cada mínima cosa. La única respuesta sensata que últimamente se me ocurre a casi todo es «No sé».

—Es una buena respuesta —dijo.

Temí haber sido demasiado obvia. De repente, me dio vergüenza haber enumerado miles de lugares comunes con los que la gente convive tranquilamente porque ya los ha asumido hace tiempo. La voz de mi cabeza encargada de hacerme sentir imbécil, me dijo: «Que nada es blanco, ni negro, ¿eh? Bienvenida al mundo, pequeña estúpida».

Entonces, para atenuar la situación, solté un bufido de mono y pregunté:

—¿Crees que me acostumbraré alguna vez a todo este lío?

—No —respondió él.

—Ah. Pensaba que me dirías que sí.

—Es que no entiendo muy bien qué significa acostumbrarse.

—Ya, es verdad, yo tampoco.

—Nunca lo he sabido.

Era justo lo que necesitaba oír: «No. Es normal que te sientas así y nunca vas a acostumbrarte. Nadie lo hace».

—Oye, sí que hablo con ellas, ¿lo sabías ya? —dijo.

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? Irene y Lidia. Ninguna de las dos cumplió esa solemne promesa de no hablar a sus hermanos. Imagino que Lidia te lo confesaría.

—¿Qué dices? Siempre se jactaba de llevar casi toda la vida sin hablaros. Como si fuera un logro.

—Ya, pero era mentira. Llevo años en contacto con ambas. Por separado, claro. Lo interesante es que ninguna de ellas lo sabe. Las dos piensan que son las únicas que hablan conmigo.

Al principio, sentí sorpresa: el tipo de placer que se experimenta cuando te confían un secreto. Pero la sorpresa quedó rápidamente eclipsada por una desagradable sensación de desengaño. Porque la única verdad a la que me había aferrado en mi intento por comprender la relación entre mi madre y Tía Lidia era una mentira.

—Pero ¿y por qué ninguna de las dos me ha dicho nada?

—Eso no lo sé.

—¿Cuándo empezaste a hablar con ellas?

—Cuando Lidia tenía quince años, y yo dieciséis. Tu madre se alquiló una casa en la calle Dormitalería, después de haber estado unos años trabajando para pagarse los estudios de Derecho. Llevaba un tiempo queriendo independizarse, y cuando por fin pudo permitírselo, se fue.

—Ah, sí, esa casa de Dormitelería.

—El día que Irene hizo las maletas, Lidia vio su alegría y la interpretó como un abandono.

—¿Abandono de qué?

—Pensó que tu madre se iba porque no soportaba seguir viviendo con nosotros, lo que en parte era cierto. Pero eso no estaba provocado por Lidia, ni mucho menos, sino por tener veinte años y vivir en una casa con cinco adolescentes y una madre agotada, sin más.

—Claro.

—Esa noche, Lidia se encerró en su habitación y tuvo uno de sus episodios maravillosos, ya sabes. Oí algunos ruidos. Me asomé con cuidado y me quedé mirándola. Estaba sentada en la cama, llorando,

llena de mocos transparentes y líquidos, mientras varios objetos orbitaban en torno a su cabeza y caían al suelo o se estampaban contra la pared.

—¿Cómo es que te quedaste mirándola y no gritaste en cuanto viste el espectáculo?

—Porque lo más llamativo de todo, y luego te contaré por qué, es que no me sorprendió. Entendí al instante que el fenómeno estaba provocado por su tristeza, ¿qué otra cosa podría ser si no?

—¿Qué otra cosa podría ser si no?

—De modo que entré, cogí una figura de un dinosaurio deforme que volaba por el aire, me lo puse en la cabeza, me encorvé, entrecerré un ojo y le dije con una fingida voz nasal y tartamuda: «Lilididia, totodo va a estatar bibien, tútú tambibién te irás dededde aquí algugugún día y serás fefefefeliz».

—¿Y qué es exactamente lo que no te sorprendió?

—Luego te lo cuento, espera —me respondió.

El camarero seguía con sus palmas y miraba a Fermín con total naturalidad, como si no le sorprendiese en absoluto que hablara de ataques telequinéticos o de lo que fuera. Tenía el tipo de tranquilidad que se consigue cuando una persona a la que quieres repite de nuevo una anécdota que tú ya has escuchado dos, tres o quince veces.

—¿Y qué hizo Lidia en ese momento, cuando le interrumpiste el ataque?

—Gritar del susto. Después, reírse de mí y calmarse. Charlamos durante un rato. Salimos de casa, tomamos un helado y me hizo jurarle que no le contaría nada a Irene. En especial, que no le contaría que sabía su secreto.

—¿Y tú crees que a mi madre le habría importado que tú lo supieras? ¿Que Lidia hablase contigo?

—Qué va, a ninguna de las dos les importaba ya nada.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque me apetece.

—Vale.

—Con tu madre fue diferente —me dijo—. Acceder a ella siempre ha sido más difícil. Es la hermana mayor. Pero, una vez que me

acerqué a Lidia, quise hacerlo también a Irene. Lo necesitaba, necesitaba saber si le pasaba algo parecido.

—¿Algo parecido a la telequinesis?

—Correcto. Así que planeé algunos encuentros por la calle. Hice que parecieran fortuitos, utilicé un poquito de psicología inversa y, al final, conseguí que hablara conmigo. De hecho, fue ella la que me dirigió la palabra por primera vez.

—¿Mi madre a ti?

—Sí. Empecé a dejarme caer por la facultad de Derecho, hablando con gente que sabía que la conocía, hasta que un día se me acercó y me dijo: «¿Se puede saber qué haces aquí?». Y yo le dije: «No te preocupes, no voy a molestarte. Siento una gran pasión por esta carrera y algunos profesores me dejan venir de oyente. Pienso matricularme de aquí a unos años y creo que ya podría empezar a empaparme de algunas materias. Pero, tranquila, ni siquiera te darás cuenta de mi presencia». Y así, poco a poco, generé intriga y gesté en su cabeza la convicción de que yo era un adolescente prodigio interesado en lo mismo que ella. Que éramos mucho más parecidos de lo que nunca habría podido imaginar y que no le quedaba otro remedio, aunque se sintiera culpable, que ayudarme.

—Lo cual no era del todo mentira, ¿no?

—No.

Eran ya alrededor de las cuatro y media de la madrugada cuando pedí una botella de agua. Empezaba a imaginar que íbamos a estar ahí hasta el amanecer y quería estar viva al día siguiente.

Hay un momento muy particular, que no solo pasa de noche, pero sobre todo sí pasa de noche, en el que, después de haber estado midiendo el tiempo, controlando cuándo has llegado, cuándo deberías irte a casa para hacer todas las cosas que habías planeado hacer por la mañana y contando las horas que aún podrías dormir si te fueras ya, dejas de hacerlo y te rindes.

Y no es a propósito. Es algo que ocurre dentro, sin que puedas hacer nada. Tal vez es el propio tiempo que se impone y te hace ver que es más grande que tú, que no intentes someterlo porque, si lo haces, él te someterá a ti.

—¿No quieres un poco de agua? Llevas como cuatro horas bebiendo eso —dije, en referencia a su copa, rellenada ya unas veinte veces.

Él me ignoró, dio otro sorbo más y siguió con su relato.

—Hace años que hago una cosa muy divertida. Puede que te haga gracia. Aunque parezca maliciosa, no lo es en absoluto.

—Si es maliciosa, mejor.

—Ya sabes que Lidia e Irene llevan bastantes años sin hablarse, ¿no? Yo presencié todo ese cambio, es una pena. No pudieron soportar tomar caminos diferentes, como le pasa a tanta gente. Como nos pasa a todos, un poco. Y yo sé que se echan de menos, que les encantaría hablar y olvidarlo todo, pero no pueden.

—¿Tú crees que no pueden o no quieren?

—No, no pueden. Y no creo que puedan nunca, la verdad. Que tontería, ¿no? Pero, sí, no creo que vuelvan a dirigirse la palabra jamás. Quizá les basta con mantener conversaciones mentales la una con la otra. Quizá con eso les basta, yo qué sé.

—Pero ¿por qué? —pregunté. Quería una respuesta lógica.

—Porque está todo ese orgullo, toda esa vergüenza, decepción, todo eso. ¿Qué se puede hacer contra todas esas cosas?

—¿Yoga?

—Y también está el cinismo, hay cinismo también ahí. Se piensan que el pasado quedó atrás, que lo han superado, que no se necesitan.

—Igual es verdad que no se necesitan.

—Yo eso no lo sé. Pero el caso es que, desde que dejaron de hablarse, nunca han dejado de preguntarme si sé algo de la otra. «¿Sabes algo de Irene?». «¿En qué está ahora Lidia?».

—Conmigo hacían lo mismo.

—Me lo imagino. Pero, en mi caso, cada una de ellas piensa que es la única con la que hablo. Bueno, pues descubrí que cuando, por ejemplo, le contaba a Lidia algo negativo de Irene, una parte dentro de sí misma sonreía y sentía un placer extraño al escuchar las pequeñas desgracias de su hermana. Y lo mismo pasaba a la inversa.

—¡Es verdad! Yo también me di cuenta de eso.

—Entonces empecé a inventar historias ridículas para alegrarlas. Pequeñas mentiras como que alguna de las dos tenía una infección de

orina. O que tenía un aspecto horrible. O que llevaba una temporada sin trabajo. O que, en su defecto, se llevaba fatal con sus compañeros de trabajo. Ambas, cada vez, fingían preocupación y ponían una cara como de caniche alarmado que decía: «Cuéntame más, cuéntame más». Una pose en la que, sin embargo, siempre había una felicidad enmascarada. Un alivio al comprobar que, en lo relativo a la partida secreta que juegan hace tantos años, cada una de ellas iba ganando.

—Pero igual ellas no lo ven como una partida —dije.

—Sabes perfectamente que sí.

—Sé que sí.

Acabé el agua y, como no me apetecía otra cerveza, le pedí al camarero que me sirviera lo que fuera que se estuviera tomando él.

Entonces, el serio pelirrojo miró a mi tío, me miró luego a mí y me dijo que lo sentía, pero que no podía servírmelo. «Cualquier cosa menos esto». Le pregunté por qué y se quedó en silencio.

Y entonces recordé, en un segundo recordé, que hace tiempo una amiga mía tuvo una conversación con su pareja. Una conversación que a ella le pareció importante. Mientras me lo contaba, días después, me dijo: «Pero, bueno, quién sabe, solo ha sido una conversación, quizá no cambie nada, ¿sabes?». «Sí, bueno, tienes razón. Quizá nada cambie, porque nos olvidamos de la mayoría de las conversaciones que tenemos. Algunas parecen decisivas, pero luego no lo son. Y hacemos el esfuerzo de poner unas palabras detrás de otras y total para qué, ¿no? Pero al mismo tiempo —le dije—, al mismo tiempo pienso que sí existen conversaciones capaces de cambiar la percepción que tienes de las cosas». «¿Tú crees?». «Lo creo, sí. Algunas, de hecho, sí que establecen un punto de no retorno. Yo tengo fe en esas conversaciones transformadoras». «¿De verdad piensas eso?», me preguntó mi amiga, contenta de repente. «¡Sí!», le dije, entusiasmada. Aunque, en realidad, yo no sabía si era verdad lo que le acababa de decir. Tan solo se lo había soltado para tranquilizarla.

Pero, en ese momento, mientras esperaba a que mi tío Fermín me explicara por qué motivo yo no podía beber lo que él bebía, me di cuenta de que sí que existían, de hecho, ese tipo de conversaciones transformadoras, y yo estaba teniendo una de ellas.

—No puedes tomarlo porque es sangre —dijo.

Yo me reí. Aunque sin descartar del todo que fuera verdad.

—¿Eh? —exclamé.

—Sí, es sangre. Ignoro de quién, pero lo es. Y esa es la razón por la que tengo que irme en media hora, que es cuando amanecerá.

—¿No te gusta ver amanecer?

—Esa es la razón por la que no me sorprendió la telequinesis de Lidia. Y la razón de muchas otras cosas. En fin, ya te lo puedes imaginar.

—¿Qué es lo que me puedo imaginar?

—Soy vampiro, querida.

—Sí, ya.

—Sí, lo soy. Lo creas o no.

—¿Debería creerlo?

—¡Claro! Pero no te preocupes, es mucho más normal de lo que imaginas, de verdad. Soy vampiro sin épica, sin nada de parafernalia. Tengo que beber sangre y no me puede dar el sol, ya está.

No recuerdo bien qué hice entonces, supongo que hacer aspavientos, oscilar entre creérmelo y no creérmelo, zarandearle, cosas así.

Luego le amenacé varias veces y le pedí que no me vacilase, después creo que le rogué que no jugara conmigo, y al final no me cupo duda de que, como pasó con Lidia, decía la verdad.

—Cuando murió mi padre a todos nos empezaron a pasar cosas un poco raras, ya lo sabes, te lo puedes imaginar —dijo—. Y a mí me ocurrió esto.

—¿*Esto*?

—Ocurrió a la manera clásica: ese mismo verano, volvía a casa después de haber estado todo el día en la piscina, eran alrededor de las diez de la noche y yo iba en bici, el aire me secaba el pelo. Entonces, un murciélago se lanzó sobre mí, me mordió y hasta hoy.

Solté una carcajada.

—Los primeros años fueron difíciles, la única que lo sabía era tu abuela y tuvimos que inventarnos una enfermedad crónica para no volver a la escuela.

—¡Es verdad! Eso lo sabía.

—¿Qué sabías?

—Que habías sido un niño enfermizo.

—Claro, pero no lo era. Era vampiro.

—Ya.

—Adquirí una fuerza sobrehumana, pero era preferible fingir debilidad y poner cara febril. Por la noche, con el permiso de mi madre, salía a escondidas y daba vueltas por la ciudad vacía. Fue una adolescencia de mierda, como todas las adolescencias.

—Sí.

—Más tarde, fue mejor. Aprendí a vivir así y me acostumbré a la nocturnidad. Estudié un par de carreras a distancia, y en lo laboral siempre me ha ido bien. Nunca se lo he ocultado a ningún amigo, ni a ninguna pareja. Te tiene que apetecer estar con alguien así. Pero bueno, tampoco cambia tanto. No es un asunto tan engorroso como parece en el imaginario colectivo.

—O sea, que no matas.

—Qué va. De hecho, soy vegetariano. Puedo controlar mis impulsos. Entre otras cosas, he de decirte que me doctoré en Hematología. Soy un vampiro listo. Puedes estar tranquila. Tengo un montón de conocidos que trabajan en hospitales, algunos están al tanto y me proporcionan sangre de primera calidad en buen estado. Guardo parte de ella en su frigorífico —dijo, y señaló al camarero.

El pelirrojo, por primera vez en toda la noche, sonreía.

—En cuanto al aspecto, todo lo que dicen es verdad.

—¿Te refieres al aspecto físico?

—Sí, ya lo ves, belleza total. Y también rapidez e inteligencia. Así que, eso que me llevo. Lo de que dejas de envejecer en el momento en el que te conviertes, es mentira.

—¿Tú envejeces?

—Crecí normal, pero alrededor de los treinta me di cuenta de que mi cara llevaba unos años sin cambiar. Y no lo ha hecho desde entonces. Por suerte, también he estudiado varios cursos de maquillaje en las mejores escuelas del mundo, así que no tengo problema con eso. Y bueno, no sé, el resto de mi futuro es un misterio.

—Ya, bueno, el mío también.

—En fin, ¿podré morir? ¿Tendré que pedirle a algún amigo que me clave una estaca o algo así? Ya se verá. ¿Qué te parece? Si tienes alguna pregunta, suéltala.

Yo estaba un poco sobrepasada por la situación. Cómo no iba a estarlo. El hecho de haber hablado de mi ruptura con María y de mis años con Lidia ya me había puesto medio loca. Eso sumado al recuerdo de la telequinesis, al repentino descubrimiento de que varias de las cosas en las que siempre he creído eran mentira y al descubrimiento aún más perturbador de que, al parecer, mi tío Fermín llevaba prácticamente toda su vida siendo un vampiro, hizo que me quedase tiesa, por decirlo de algún modo.

No sabía qué decirle. Solo se me ocurrían pequeñas cuestiones técnicas o analogías con *Crepúsculo*.

Pedí un gin-tonic. Le di un trago largo y, como obnubilada, me acerqué a cinco centímetros de su cara, que parecía tener una textura de mármol. Él abrió la boca.

—¿Quieres verlo? —me preguntó

—Claro.

Puse la atención en sus colmillos y vi cómo se afilaban poco a poco, hasta convertirse en dos puñales punzantes y blancos. Su aliento olía a lirio y eso fue, después de todo su relato, lo único que se me ocurrió preguntarle.

—¿Por qué te huele el aliento a lirio?

—No lo sé, siempre ha sido así. Es un mecanismo primitivo para atraer a las presas. Pero igual es solo mi pasta de dientes.

—Gracias por contármelo —le dije—. Todo. Gracias por contarme todo esto. Para mí es importante.

—Para mí también era importante que lo supieras.

—Y a mi madre, ¿le pasa también algo así? ¿Tiene algo especial que no sepa?

Pero él fingió no oírme. Miró el reloj. Eran alrededor de las seis de la mañana. Dijo que tenía que marcharse, al fin y al cabo estaba a punto de amanecer.

Toda la información que me había dado en cuestión de pocas horas

había sido suficiente. Pagó las bebidas, salimos de ahí y nos dimos un abrazo bien largo. Intercambiamos los teléfonos para mantenernos en contacto. Y cada uno seguimos, tal y como estábamos haciendo antes de entrar al bar, nuestro camino. Yo hacia una dirección de la calle Segovia y él hacia la contraria.

No me apetecía ir a casa. No podía irme a casa. Me puse a caminar por La Latina, a transitar las calles vacías del mismo modo que se sintió obligado a hacer Fermín en su niñez, deambulando por nuestra ciudad natal.

Las luces de algunas ventanas empezaban a encenderse. Al principio contrastaban con la oscuridad, pero poco a poco se hizo de día y el interior de las casas se fundió con el cielo. Llegué a Las Vistillas y me senté, apoyada en un árbol. En uno de mis bolsillos, encontré un papel que había metido ahí sin que me diera cuenta.

Lo desdoblé y leí la letra de mi tío, que me decía: «Te regalo los primeros versos de mi poema favorito, "Meditación en Lagunitas", de Robert Hass. Los he escrito en prosa, pero no creo que a él le importe. Cuando lo leas será porque te conviene. Fermín».

El texto decía:

> Todo el nuevo pensamiento trata de la pérdida. En eso se parece al viejo pensamiento. La idea, por ejemplo, de que cada detalle borra la luminosa claridad de una idea general.
>
> De que el carapayaso picapinos que sondea el tallado tronco muerto de ese abedul negro es, por su mera presencia, una especie de trágica caída desde un mundo primigenio de luz íntegra.
>
> O la idea de que, porque nada hay en este mundo a lo que el arbusto de zarzamoras corresponda, toda palabra es elegía de lo que significa.

Eso mismo pensaba yo. Aunque puede que con otras palabras. Así que me quedé allí tumbada un rato más. Tirada en la hierba humedecida por el rocío de la mañana. Todo empezaba a brillar. Pasaron algunos camiones de basura que no me resultaron molestos. También pasaban aviones por el cielo. Pasaba lo que tenía que pasar. Y sentí que se abría otro episodio de mi vida. Una nueva persona de la

que aprender.

13

INFIDELIDAD EN RECURSOS HUMANOS

Durante los meses siguientes nos vimos con cierta frecuencia, Fermín y yo. Siempre de noche. Siempre muy tranquilos. Enfrascados en conversaciones suaves que me abrazaban por dentro.

Llegó la primavera, especialmente cálida, y nos acostumbramos a pasear de madrugada hasta llegar a algún barrio de las afueras y entrar en cualquier lugar que encontráramos abierto.

Me aficioné a *Carmilla*, su programa de radio. Gracias a él, pude escuchar esos grupos de los que Tía Lidia me había hablado durante tanto tiempo, grupos que en mi cabeza eran tan solo nombres abstractos, nombres sin sonido.

Tomé la decisión de dejar de robar en mi trabajo, más por aburrimiento que por decencia. Y poco tiempo después, en una suerte de efecto dominó, tomé la decisión de renunciar. A Natura y también a Madrid. Dejarlo todo.

Me fui a Pamplona a pasar el verano. Y en ese acto revolucionario que es volver a la casa de tus padres, los días se amontonaron unos con otros y el conjunto no me resultó del todo desagradable.

Me sorprendió encontrarme bien en la ciudad que solo había conocido versiones pueriles y perdidas de mí. De pronto apreciaba el aire limpio, las calles vacías, la distancia con la que podía ver las cosas.

Si me encontraba con viejos compañeros de instituto, no intentaba rehuirlos automáticamente, sino que me detenía e incluso les preguntaba por su trabajo, por su salud, sus perros, todo eso. Y me divertía analizar la cara que ponían cuando les contaba que estaba en paro, soltera y sin casa.

A veces, para que tuvieran algo interesante que contar a sus parejas,

les decía que había estado un año encerrada en una clínica de desintoxicación.

Mi madre anunció que quería dejar de teñirse y yo la animé. El pelo gris le favorecía. Le aportaba una apariencia de bruja que nunca antes había tenido. Me inspiraba confianza hablar con ella. Con esa anciana sabia en la que se había convertido gracias al simple acto de dejar de comprar tinte rubio.

Una noche se despertó a las cuatro y veinte de la madrugada, fue al baño, miró el reloj y este señalaba las nueve en punto. Y ella, en vez de pensar que el reloj se había parado, miró por la ventana y pensó: «Fíjate, qué curioso, ¿qué fenómeno atmosférico habrá impedido que amanezca?».

Me lo contó mientras desayunábamos. Charlamos sobre la predisposición que tiene cierta gente a darle un espacio a lo improbable, a lo extraordinario. Después, fregó su taza de café, cogió una pala del trastero y me dijo que se iba a recoger estiércol.

Es algo que hace de vez en cuando: va al paseo fluvial que tiene al lado de casa y sin que nadie la vea coge un poco del montón de abono que a veces depositan ahí los jardineros del parque. Se la lleva a casa en un saquito y con él alimenta a las plantas de la terraza. Limoneros, arces japoneses y laureles espléndidos gracias a la mierda que mi madre recolecta con tanto ahínco.

Los fines de semana íbamos a nadar a las piscinas municipales de mi barrio, las que fueron mi hogar durante los veranos de mi infancia.

Nos despertábamos muy temprano, antes de que empezara a hacer calor, y solíamos alcanzar los setenta largos sin parar. Después, con las piernas temblorosas de agotamiento, nos dábamos una larga ducha caliente y nos íbamos a cambiar.

Y ahí, en los vestuarios, miraba a mi alrededor. Y siempre hallaba alguna cara conocida: la señora que me vendió chuches durante años, mi pediatra, la zapatera que calzaba mis pequeños pies cada otoño, madres anónimas que me vieron crecer en las eternas tardes del patio del colegio.

Mi pasado se me presentaba desnudo y en bañador. Y la rugosidad de los cuerpos de esas mujeres se me revelaba como lo más bello del

mundo. Quería acercarme a ellas y preguntarles: «¿Os acordáis de mí?».

Y aunque sabía que la respuesta era «no», quería decirles que, de alguna manera pequeña, fueron importantes para mí. Sus vidas fueron importantes para mí porque se cruzaron con la mía hacía quince, veinte años, y me apetecía celebrar que siguiéramos así: más viejas, pero nadando. O, en su defecto, haciendo aquagym.

Una tarde de julio mi madre llegó del trabajo y nos dijo que aquel día el despacho había sido una locura.

—No os vais a creer de lo que me he enterado hoy.

—¿Crimen en Recursos Humanos?

—¡Mejor! Infidelidad en Recursos Humanos.

—¿Quién? —preguntó mi padre, que conocía prácticamente a todas las personas con las que trabajaba mi madre.

—A ver, por dónde empiezo. Vale, Andrés y Sonia son un matrimonio que trabaja en mi oficina. Llevan juntos como siete años, tampoco mucho.

—¿Andrés, el del injerto de pelo?

—¡Ese! En fin, pues hace un tiempo Sonia empezó a llevarse mal con Lourdes, otra mujer de la oficina que se encarga de la administración. Pero nada serio. Su mal rollo se limitaba a discusiones en la fotocopiadora y poco más.

—¿Lourdes la que casi mata a su hermana por una herencia?

—¡Sí!

—¿Y Sonia? ¿Qué epíteto épico le corresponde a Sonia? —pregunté.

—¡Sonia la coja! —dijeron a la vez.

Al parecer, Sonia padecía de una leve cojera.

—Bueno, pues Andrés y Sonia están juntos y Sonia y Lourdes se odian. El nivel de estrés de todos ellos es alto. Sonia empieza a hacer clases de taichí con su vecina de al lado, una mujer llamada Chotis. ¿Me seguís?

—¿La señora se llama Chotis?

—Sí, Chotis. Pues resulta que Chotis y ella, Chotis y Sonia, se hacen

amiguísimas. Chotis trabaja en una herboristería y tiene remedios para todo. Estrés, cojera, calvicie, lo que le pidas. ¿Queréis hacer alguna apuesta sobre qué va a pasar?

—No. Sigue.

—Un día Sonia toca la puerta de Chotis y le dice que esa tarde no irá a taichí porque tiene que cuidar de su madre. Chotis le responde que ella tampoco irá porque le duele la cabeza. Llega la tarde y el dolor de cabeza de Chotis persiste, así que se toma un ibuprofeno y decide darse un baño caliente. Llena la bañera de sales aromáticas y se mete dentro. En pleno punto álgido de relajación, oye una voz de mujer en la casa de al lado. La casa de Andrés y su amiga Sonia. Pero no puede ser Sonia, porque Sonia está cuidando de su madre.

—¡Lourdes! —grita mi padre.

—La intriga se apodera de ella —continúa mi madre—. Apoya la oreja contra la pared, pero no alcanza a oír bien del todo. Entonces recuerda que debajo del agua el sonido se amplía. Y eso hace. Se sumerge y las voces se vuelven nítidas. Andrés está hablando con una mujer que Chotis nunca ha oído. Ella, Chotis, permanece así durante un rato: con la nariz fuera del agua y el resto de la cabeza dentro, escuchando la conversación. Hasta que, en cierto momento, Andrés alza el tono de voz y exclama: «Lourdes, te amo, pero tenemos que dejar esto, ¡si Sonia se entera, te matará!». La frase le llega a Chotis con total claridad, como un mensaje del inframundo.

—¡¡No jodas!! —exclama mi padre.

—Sí. Chotis, en la bañera, se entera de que el marido de su amiga la engaña. ¿Y qué hace entonces?

—¡Qué hace entonces!

—Chotis sale del agua, se pone un albornoz, enciende un palo santo, limpia su casa de malas energías, vuelve a prender el palo santo, va a la casa de al lado, Andrés pregunta quién es antes de abrir, Chotis dice: «Soy la vecina Chotis, Andrés, abre, es urgente». Andrés abre, Chotis le limpia el aura con el humo del palo santo y le dice: «Eres una absoluta basura putrefacta, Andrés, y si no le cuentas esto a Sonia inmediatamente, la que te matará soy yo». Se gira y vuelve a casa.

—No me lo puedo creer.

—¡Os lo juro! Me lo ha contado todo la propia Sonia, que anoche echó a Andrés de casa y ahora este está viviendo con Lourdes.

—¿Y Andrés y Lourdes?

—Andrés no ha venido a trabajar, y Lourdes ha estado cabizbaja todo el día, sin quitar la mirada del ordenador.

—Qué *heavy*.

—Muy *heavy*. Yo no sé cómo van a estar ahí los tres. Alguno va a dejar el curro, seguro.

Mi padre y ella se reían de una manera íntima y serena, como dos árboles movidos por el mismo viento otoñal, y en ese instante comprendí que sus vidas estaban compuestas por pequeñas historias como esa, deslices ajenos que divertían a la parte de sí mismos que se alegraba de ser normal.

La gente a su alrededor seguiría con sus mentiras y su dulce insensatez. Cada poco tiempo, alguien daría un giro equivocado y ellos lo comentarían tomando un Campari a media tarde. Pero sin regocijarse en ese repentino dolor de los demás, simplemente hablarían un poco sobre él y se permitirían un par de frases perspicaces hasta que llegara la hora de cenar y encendieran la televisión.

Llegó agosto. Estar en Pamplona ya no era extraño y algunas tardes incluso quedaba con algunas amigas de mi adolescencia, lo cual era cansado y un poco artificioso, pero también agradable. Sobre todo agradable.

Temía que pensaran: «Te creíste mejor que nosotras por irte de aquí y experimentar con todo lo experimentable, y ahora te has dado cuenta de que no lo eres, te has dado cuenta de que la gente no es idiota. Los años nos han igualado y nosotras, que siempre fuimos más generosas y menos petulantes que tú, te seguimos acogiendo». Es posible que nada de eso les rondara por la cabeza, pero, de ser así, supongo que habrían tenido razón.

Una mañana, mi madre me pidió que la ayudara a doblar las sábanas y esa pequeña ceremonia con olor a limpio dio paso a una

breve conversación en la que me atreví a hacerle la pregunta que llevaba tanto tiempo instalada en mí.

—Fermín me ha contado que soléis veros de vez en cuando en Madrid —me dijo.

—¿No se suponía que tú no hablabas con Fermín?

—Eso te lo contó Lidia, yo nunca te he dicho nada de eso.

—Sí, nos vemos mucho.

—Es una buena compañía, ¿verdad?

—Sí. Sé que es vampiro.

—Todas las familias tienen algo —dijo.

—Vi a Lidia en noviembre —le dije yo.

—¿Ah, sí? Lidia, Lidia. ¿Y qué tal está?

—Bien, está bien, creo.

—Bueno, me alegro.

—¿Te alegras?

—Sí, chica, me alegro.

—Tú también puedes contármelo.

—¿El qué?

—Si tienes algún poder especial. Me gustaría saberlo.

—¡Pero yo qué voy a tener!

—Ay, mamá, y yo qué sé, visto lo visto. ¿Lo tienes?

—No.

—¿En serio?

—Sí.

—Si lo tuvieras, ¿me lo dirías?

—No —dijo.

Ambas nos reímos y acto seguido añadió:

—Sí, te lo diría.

—Tal vez lo desarrolles en la vejez, quién sabe.

—Quién sabe.

—Superheroína senil.

Si era capaz de teletransportarse, hacerse invisible, convertirse en súcubo, leer mentes o disparar rayos láser por los ojos, no me lo dijo.

Como tampoco yo le dije que encontrarme con Tía Lidia aquel día me despertó una pena que había estado dormida. Y que recordé de

golpe todo lo que me gustaba de ella: su divertida forma de quejarse de casi todo, esa mirada que te atravesaba y te hacía pensar que lo que decías era brillante, cómo conseguía que te alegraras de estar junto a ella, de que alguien tan singular te regalase su tiempo. La capacidad narcótica de Tía Lidia seguía intacta, un don que conservaba desde que era una niña ceñuda y díscola.

Y no le conté nada de eso porque, mientras guardábamos las sábanas en el cajón, supe que habría cosas de las que mi madre y yo nunca hablaríamos.

Tía Lidia y yo, durante aquellas cinco horas de noviembre, bebimos un par de copas de un vino artesanal bastante malo y después nos fuimos a pasear bajo una lluvia que ya no era fuerte o, si lo era, no nos molestó. El reencuentro fue tal como lo habría deseado, lleno de afecto, risa y confesiones. Un popurrí de todas las versiones de nosotras mismas que habíamos sido desde la última vez que nos vimos.

Me cogió del brazo y tener su cuerpo al lado del mío fue como estar en un sueño que permanece borroso en la memoria. Con ella agarrada a mí, sentí estar en una ciudad desconocida. Los edificios mojados del centro con sus aburridas hortensias me parecieron ruinas preciosas en las que la gente se besa para recordarlo.

—Llévame a una perfumería —me dijo.

—¿Para qué?

—Me apetece.

—Pues a mí no.

—Venga, vamos.

—¿Pero para qué?

—Quiero recordar a mi amante alemana —dijo entornando los párpados con aires de diva de otro tiempo.

—¡Qué teatrera eres! —le respondí.

Esa fue la primera vez que hice una alusión directa a algún rasgo de su carácter. Antes, hace ocho años, quiero decir, cuando vivíamos juntas, todos los juicios sobre ella me los tragaba como cereales.

Nunca se me hubiera ocurrido decirle lo dramática, excesiva o cruel que podía ser. Ni siquiera lo rápida, inteligente o graciosa que era.

—Seré teatrera, pero tengo la puta colonia de Issey Miyake clavada en el cerebro.

—¿Cómo se llama, tu amante alemana?

—Streichholzschächtelchen.

—Muy bonito.

Así que fuimos a Sol a olfatear viejos amores. Pensaba que hacerlo desencadenaría una larga perorata sobre la encantadora Streichholzschächtelchen, pero Tía Lidia se limitó a inspirar y, cuando acabó, dijo:

—Podemos irnos.

—¿Qué te apetece hacer?

—Tengo que coger un tren, así que más me vale darme prisa.

—¿Te vas ya? —exclamé sorprendida.

—¿No te lo he dicho?

—¿Adónde vas?

—Me vuelvo a vivir a Bilbao, no pasa nada —dijo.

Lo dijo así, con ese tono desenfadado y cantarín que utilizaba para todas las cosas importantes.

Fui con ella hasta Atocha y, en el momento mismo en el que nos abrazamos y nos dijimos «¡Adiós, adiós, qué alegría verte, por fin, qué bien lo he pasado!», en cuanto cruzó el control de seguridad de la estación, el encantamiento de toda la tarde se vino abajo.

Me invadió una estúpida sensación de orfandad. Un desencanto que en realidad no era desencanto sino lucidez y ya está. Fui rápidamente a una tienda de pinturas, compré un rodillo y un bote de pintura blanca de cinco kilos y sumergida en un compendio de boleros y canciones pop, me dediqué a cubrir de blanco la pared mostaza.

No tardé mucho. A medida que me colocaba con el tóxico y delicioso olor de la pintura, la tarde se alejaba más y más y más. Hasta que me desplomé en el sofá, se me cerraron los ojos y me quedé grogui. Al despertar por la mañana, aún llevaba puestos los guantes de

goma.

14

LAS AMARGAS LÁGRIMAS DE MUHAMMAD ALI

El verano siguió de manera tranquila. Yo cumplí veintisiete años y empecé a estirarme la cara en el espejo, *liftings* manuales que durante unos tristes segundos me permitían verme diferente.

Cada vez que hacía una recapitulación de los meses anteriores, no podía evitar verme a mí misma como un duendecillo un poco atontado dándose constantemente de bruces contra las esquinas de la realidad. Primero, la ruptura con María. Luego, la reaparición de Tía Lidia. Después, las noches junto a Fermín, ¿qué había sido todo eso?

Mis amigas me escribían con frecuencia. Se interesaban por mí, me preguntaban cómo me iba. Y yo, desde lo más alto de mi atalaya imaginaria, desde mi particular retiro navarro, dejaba sus mensajes sin responder y de vez en cuando les enviaba una foto de un jabalí o una abubilla, y les decía: «Aquí la llamamos "gallico de San Martín"».

En secreto, albergaba la esperanza de un reencuentro. Anhelaba una especie de final. Una catarsis de algún tipo. Leí acerca de un pueblo pesquero de Alaska en el que todos sus habitantes viven en un mismo edificio. Allí, en las torres Begich de Whittier, más de doscientas personas comen, duermen y pasan sus días bajo el mismo techo. En su interior disponen de comisaría, ayuntamiento, centro de salud, supermercado y todo lo necesario para no tener que salir en invierno.

Fantaseé con esa idea. La idea de estar así, en un edificio como ese, con toda la gente de mi pasado y también de mi presente. Una utopía claustrofóbica en la que mi madre, Tía Lidia, Fermín y yo jugaríamos al parchís. Mis amigas actuales, mis amigas de la adolescencia y mis amigas de la infancia, se harían amigas entre sí y tendríamos largas

conversaciones sobre física, filosofía, recetas, hijos y sexo.

Todos mis viejos amores irían a la lavandería en el sótano del edificio y juntas miraríamos la aurora boreal o las calles heladas a través de las ventanas de los pisos altos. Yo me haría médico y les curaría los catarros a todas ellas. Vería envejecer a toda la gente a la que alguna vez amé, no me importaría el frío.

—¿Te apetece que vayamos esta tarde a una manifestación? —me dijo mi madre una mañana, como si me ofreciera un té.

—Vale, bueno, no sé. ¿Manifestación de qué?

—Contra de una horrible macrogranja de vacas que quieren construir en Soria. Yo voy a ir con dos amigas mías.

—Digna causa.

—Luego tomaremos algo.

—No tengo nada que hacer, así que vale.

—Así podrás gritar.

—¿Qué te hace pensar que quiero gritar?

—A ti siempre te ha gustado gritar, hija. Pronto me di cuenta de que era una necesidad básica. Si no gritabas, enfermabas.

—Muy graciosa. Me encontraré allí con vosotras, ¿vale? Me apetece ir andando.

Era un viernes caluroso de la segunda mitad de agosto. A media tarde, las calles estaban prácticamente vacías y disfruté yendo sola y despacio.

Poco antes de llegar a la protesta contra la malvada macrogranja, sentí que tenía que ir al baño y me metí en uno de esos urinarios metálicos que parecen búnkeres y se encuentran siempre en medio de ninguna parte.

De modo que cuando las puertas acorazadas se cerraron herméticamente, me senté y meé. Pero cuando pulsé el botón para salir, no funcionaba. Volví a pulsar, una y veinte veces. Nada. En ese momento empecé a emitir algunas blasfemias susurrantes y, de

repente, las luces se apagaron. Estaba encerrada, había que hacer algo. Decidí llamar a mi madre para que viniera en mi auxilio, pero entonces el aseo chirrió, soltó un crujido y acto seguido puso en marcha su particular proceso de autolavado y desinfección.

Un torrente de agua helada empezó a salir por todas partes calándome de derecha a izquierda y de arriba abajo. No sabía qué hacer. Golpear las paredes era inútil y pedir ayuda también. Así que tuve que acuclillarme y cerrar los ojos. Esto no puede durar mucho, me dije. Y en efecto, unos minutos después, paró. Mi móvil había muerto y la única opción que me quedaba era orar pidiendo clemencia.

Y en esas estaba, cuando el mecanismo que gobernaba aquello se volvió definitivamente loco y se autolavó de nuevo. Esta vez, los chorros de agua eran más potentes y se formó un charco de varios centímetros. Por primera vez, temí ahogarme. Me subí a la taza de váter para pedir socorro y así me quedé bastante rato. Estaba mareada, acojonada y dominada por la desesperación.

Finalizado el proceso, el agua volvió a parar. El papel higiénico se había pegado a las paredes y el olor era una mezcla entre desinfectante, mierda y jazmín. El tiempo pasaba con una lentitud pegajosa.

Y entonces, de repente, en ese momento, cuando ya estaba casi a punto de perder la fe y el oxígeno, sucedió algo insólito. Sola y empapada en la oscuridad de esa madriguera metálica terrorífica, al margen de la tristeza y de la felicidad, al margen de todas las emociones pasajeras, me invadió una ligereza total. Un sentimiento de comprensión absoluta del universo se introdujo en mí y me dominó.

Lo que sentí fue como si una corona de energía galáctica se me posara en la cabeza para hacerme entender que mis plegarias habían sido atendidas. Y tuve una visión.

Vi a mi madre y a Tía Lidia de pequeñas en una playa. Vi cómo arrancaban de las rocas los erizos de mar, los abrían y se los llevaban crudos a la boca. Vi a la cabra Juana envejecida y satisfecha, y de pronto esta se convirtió en Sor Juana Inés de la Cruz. Una versión un poco animalesca de ella que me decía: «Cultívate, cultívate, cultívate».

Vi parir a algunas de mis amigas. Vi parir a Abuela Refugio y vi parir a Sheyla, mi profesora de cerámica. Vi, como en mis fantasías de Alaska, a todas las mujeres a las que he amado, pero esta vez no estaban juntas en una lavandería subterránea, sino que estaban cada una en un continente: unas bailaban, otras se concentraban en un libro, otras cuidaban de alguien, otras se perfilaban las cejas.

Vi a mi tío Fermín en una habitación llena de gente, feliz y con litros y litros de sangre a su alrededor. Vi a Tía Lidia en una mecedora de madera en el patio de un palacio bucólico con muros de piedra cubiertos por la hiedra, en una quietud absoluta. Vi a mi madre nadar desnuda en un lago finlandés, su largo pelo gris se extendía por el agua y un perro grande jugaba con ella.

Y, por último, me vi también a mí misma. Estaba en medio de un bosque, encaramada a los hombros de un gorila peludo, adentrándome en la noche.

Y entonces grité:

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Renuncio al deseo de darle sentido a lo que me rodea!

La máquina gruñó, como si me pidiera ser más específica. Entonces, sentí que dialogaba con una entidad mística y supe que debía complacerla.

—¡Ya vale! Admito que todo está sostenido en un caos lógico. ¡Y que la única manera de entenderlo es no intentar entenderlo! ¡No se puede regresar, no se puede anticipar! ¡Solo participar!

El urinario quería más, me pedía una última promesa.

—¡Está bien! ¡Me rindo! ¡Dejo ir! ¡Suelto! —exclamé.

Y en ese momento, las puertas se abrieron y yo, como una monstrua marina, accedí al exterior transfigurada.

La ropa, a pesar de estar mojada, no me pesaba. Nada me pesaba. Me movía como se deben de mover las personas que practican meditación trascendental o los fumadores de opio. Con cada paso, me deshacía de un lastre.

Caminé sin rumbo y vi a lo lejos la manifestación contra la

macrogranja, pero no me apetecía unirme. Así que me dejé llevar. Sin buscarlo, llegué a un parque. Eran alrededor de las siete de la tarde, todavía hacía calor y una luz de color ámbar lo inundaba todo.

El ginkgo biloba hablaba con el sauce llorón, los arces y las secuoyas también tenían su lenguaje secreto, y a mí me parecía entenderlo.

Me senté en un banco, junto a una especie de gimnasio al aire libre, y me relajé contemplando el dulce discurrir de los culturistas.

A mi lado, una anciana apuntaba algo en un cuaderno.

—Perdona, ¿me dejarías un papel y un bolígrafo, por favor? —le pregunté.

—Oh, claro, hermosa joven. Toma, te regalo este bolígrafo —me respondió, al tiempo que arrancaba cuatro hojas.

—No hace falta, de verdad, solo quiero escribir una cosa y ahora te lo devuelvo.

—Sé que no hace falta, adorable pastorcilla, pero es que a mí me apetece regalártelo.

—Ah, bueno, en ese caso, muchísimas gracias, haré buen uso de él.

A continuación, la anciana se levantó, me acarició la coronilla, me deseó mucha suerte y se fue. Y yo sencillamente me concentré en lo que tenía delante. En la escena que se desplegaba ante mis ojos. Y quise capturar todo lo que veía. Solo importaba el presente. Quería fundirme con él. Entregarme al Ahora.

Escribí: Culturista 1 y Culturista 2 simulan una pelea de boxeo y después hacen flexiones en sendas barras metálicas. Culturista 1 jalea a Culturista 2. Le da órdenes precisas y le insta a ir más rápido. Le motiva a través de insultos y frases humillantes. Culturista 3 levanta dos bidones de aceite de cinco litro llenos de piedras. Culturista 4 salta a la cuerda a una velocidad sobrenatural. Culturista 5 está colgado como un murciélago y hace abdominales.

Culturista 3 tiene un tatuaje de la cara de Muhammad Ali en la tripa y el sudor que le cae del pecho hace que parezca que Muhammad Ali está llorando. Culturista 5 se mantiene en una complicada postura de

equilibrio y un gorrión se le posa en la cabeza pensando que se trata de una estatua budista.

Culturista 1 y Culturista 2 se enzarzan en la práctica de la lucha grecorromana. Se atacan, se esquivan, caen. Ahora Culturista 1 y Culturista 2 están tirados en la hierba, sudorosos y con ademán de sufrimiento. La cabeza de Culturista 1 está muy cerca de los genitales de Culturista 2. Los genitales de Culturista 2 se endurecen y abultan, y Culturista 1 se acerca un poco más. Permanecen así, abrazados como dos toritos, fusionados en su fuerza descomunal.

Culturista 5 le da un trago a un batido rosa. Culturista 3 hace el pino y camina diez metros con las manos en el suelo. Culturista 4 se palpa las venas de sus bíceps con la delicadeza propia de un niño que acaricia la cara de su abuela con las yemas de los dedos. Como algo frágil y fascinante. Como quien posee un tesoro secreto.

Todos disfrutan de esa especie de indolencia que le concede el sol a una tarde de verano. Por un momento, el universo entero parece estar justificado.

—¿Dónde estabas? —me pregunta mi madre al llegar, alrededor de las diez de la noche.

—Se me ha caído el teléfono al río y no he podido avisarte.

—¿Al río? ¿Se te ha caído el teléfono al río?

—Sí.

—Pero ¿cómo?

—Quería hacerme una foto y se me ha resbalado.

—Vaya. Pues ha sido muy interesante.

—La manifestación.

—Sí, lo hemos pasado muy bien, y creo que vamos a conseguirlo. Que le jodan a la macrogranja.

—¡Que le jodan!

—¿Has cenado?

—No.

—Tu padre ha hecho una pizza.

—Ah, genial.

—Queda algo en el horno.
—¿Te puedo dar un abrazo?
—¿Un abrazo, ahora?
—Sí, me apetece.
—Bueno, vale.
Y así, fundidas en ese abrazo raro y artificial, le pregunto:
—¿Te gustaba comer erizos crudos cuando eras pequeña, mamá?
—Oh, sí. Me encantan los erizos crudos —responde ella.

15

PLAYA Y PONZOÑA

Es septiembre y llevo tres semanas en Madrid. He pasado el verano en busca de razones para no volver y sencillamente no he encontrado las suficientes.

Vivo en una habitación de un piso compartido con dos desconocidas que pronto dejarán de serlo. Por ahora, tan solo conozco un par de datos de sus vidas, que me sirven para hacer cavilaciones acerca de quiénes son y comentarlas con mis amigas.

Es satisfactorio comprobar, con el tiempo, que las hipótesis que hiciste sobre alguien eran acertadas. Pero mucho más interesante aún es no acertar. Equivocarse y sorprenderse. Así que ojalá alguna de mis dos compañeras de piso resulte tener una extravagancia inesperada o se dedique en secreto a algo que jamás habría pensado.

He vuelto a clases de cerámica y Sheyla está contenta de mi regreso. Confía en que, tal vez, este año, se me dé bien utilizar el torno y logre hacer jarrones en vez de chorizos.

—Pareces diferente —me dice.

—Estoy diferente. Me siento diferente —le respondo.

—Cada vez que quieras un cambio en tu vida, mira a una gallina durante media hora seguida.

—¿A una gallina?

—Sí.

—¿Así, sin más?

—Así sin más.

—¿Y dónde puedo mirar gallinas en Madrid?

—Ah, eso ya no lo sé.

Hay varias personas nuevas en el taller. Entre ellas, Julia, una chica de Almería que en una de las primeras clases menciona que su gata ha tenido una camada.

—¿Alguna de vosotras querría adoptar? —pregunta.

Lo primero que pienso es que sí y dedico unos segundos a cuestionarme de dónde viene ese sí. ¿Es un sí egoísta? ¿Considera ese sí todas las responsabilidades? ¿Está ese sí guiado exclusivamente por una impulsividad autocomplaciente y ansias de novedad? No encuentro ninguna respuesta clara y me limito a decir:

—Yo quiero. Soy comprometida, sensata, cariñosa y sé lo que es tener mascotas —digo. No estoy segura de si es mentira o no.

Lo consulto en casa y a las dos les parece bien. Unos días después, voy a casa de Julia a conocer a los gatos. Tienen alrededor de un mes y algunos son más grandes que otros. Sentada en el suelo, una diminuta gata naranja se me acerca y me acaricia la mano con la cabeza.

—Es la primera de la camada —dice Julia.

—¿Crees que me ha elegido?

—Diría que sí. ¿Sabes cómo quieres llamarla?

—Sí. Juana. Se llamará Juana. Se llama Juana.

—Juana. Perfecto.

Me la llevo en un pequeño trasportín y mi nueva casa empieza a ser también su nueva casa. Temo que no se me dé bien cuidarla. Es tan pequeña que da la sensación de que no crecerá nunca y sus ojos tendrán ese aspecto tan raro para siempre, como de estar a punto de salirse de sus órbitas. Más que un felino, parece un pez. Un pez que duerme conmigo y se tumba en los espacios de sol que se proyectan en el suelo.

Desde la ventana de mi habitación veo un patio de vecinos y empiezo a familiarizarme con los ruidos cotidianos. Hay una señora, supongo que medio sorda, que cocina con la radio a un volumen desorbitado, y es divertido notar cómo el sonido retumba por las paredes grises y la noticia más insignificante adquiere la relevancia de los sucesos importantes. Otro vecino, un adolescente de pelo graso, toca la trompeta por las tardes y no lo hace del todo mal. Me pregunto

en quién soñará convertirse. Otra pareja juega a algún videojuego por las noches y se gritan: «¡Muere! ¡Muere!».

Y me imagino que ellos me conocerán a mí como la que habla por teléfono durante horas y pone música a las ocho de la mañana. Porque es verdad: desde que llegué, me encanta telefonear a mi madre, cosa que nunca antes había hecho, y también a algunas amigas que, a diferencia de mí, sí se han atrevido a dejar Madrid. Y también me gusta madrugar y, mientras desayuno, enviar mi currículum a cientos de sitios donde jamás me contratarán.

A veces, todavía fantaseo con la idea de recibir una llamada de Tía Lidia en la que me propone que nos veamos y me confiesa que está feliz y que hace mucho tiempo que no mueve nada. Y yo le respondo que me alegro mucho y le digo que por supuesto, que vayamos a Berlín y me enseñe dónde vivió.

Y luego pienso que eso es imposible. Y que está bien que así sea. Porque nadie puede escapar al horror, el aburrimiento, la tristeza, el vacío y la nada. No eternamente, al menos. Y por eso Tía Lidia siempre hará que las cosas vuelen, impacten y se caigan a su alrededor. Y luego estará mejor y pasará un bonito día en la playa. Porque en eso se supone que consiste el simpático y a menudo ponzoñoso equilibrio del cosmos, ¿no?

Y sí: ahora soy yo la que habla con su mascota. El cielo invade mi habitación de un azul centelleante, me tumbo en la cama y le cuento a Juana que hay días en los que miro atrás y el pasado me parece un parque de atracciones con una temática un poco rocambolesca.

Otros días, me parece un estanque de agua transparente en el que cada nenúfar representa una etapa distinta. Y entre ellos se acercan, se distancian, se yuxtaponen. Se acercan, se distancian y se yuxtaponen como pasa con los recuerdos. Y algunos florecen, y otros no.

Y luego están los días en los que el pasado me parece una bola de fuego que se lleva todo lo que nunca nos dijimos. Una bola de fuego que lo condensa todo. Y se aleja y vaga por el espacio como una inofensiva y ardiente pelota de béisbol.

Suceden tantas cosas todo el tiempo. Y yo intento abrir los ojos, limitarme a mirar. Mirarlo todo. Las cerezas en el plato, las ventanas, la gente que pasa, el sol. Intento no dejarme saturar por las palabras. Hacerlo todo con delicadeza.

Y no volverme loca. Yo también intento no volverme loca. Intento sobre todo eso. Y si ocurre, si me vuelvo loca, ya veré lo que hago. Mientras tanto, miro. Miro lo que tengo en frente de mí. Y hay veces en las que tengo suerte, como aquella vez en el autolavado del aseo público, y el mundo entero se me revela con una sencillez que lo invade todo. Y entonces pienso: todo me ha sido dado. Todo está ahora ahí.

Puesto ahí.

EL REGRESO DE UNA DE LAS AUTORAS DE IMAGINACIÓN MÁS DESBORDANTE.

PREMIO OJO CRÍTICO DE NARRATIVA 2022 POR *GENTE QUE RÍE*.

«Laura Chivite va a su aire y no se deja llevar por modas».
Jonás Trueba

Tras una década sin saber nada de ella, la narradora de esta novela sorprende a Tía Lidia sentada en una cafetería de Madrid. Ese momento, como una aparición fantasmal, desencadena una serie de recuerdos, y los dos años que la protagonista convivió con su tía caen en cascada.

El ataque de las cabras es una historia de crecimiento, pero también una crónica familiar que hará las delicias del lector. Con un flujo narrativo que alterna el desarrollo emocional típico de los primeros años de juventud con las hilarantes fábulas de una cabra insolente, la

narradora irá descubriendo poco a poco tragicómicos secretos familiares que le permitirán entender las rarezas de su familia.

Como una maga que quizá se hizo escritora para poder lanzar sus hechizos en forma de historias, Laura Chivite despliega su indiscutible talento y su singular sentido del humor para explorar el paso del tiempo con sus penas y decepciones revelándonos, página tras página, una exquisita sabiduría.

La crítica ha dicho:

«Un libro sorprendente y vital con notas melancólicas, como el sonido que queda en el aire tras un brindis. ¡Extraordinario!».
Bárbara Mingo

«Una fascinante mezcla de *El hombre y la Tierra* y un disco de los Sex Pistols. Laura Chivite posee el sentido mágico de la narración».
Javier Pérez-Andújar

«Qué raro es crecer, qué disparatado: necesitamos modelos que nos inspiren y nos abran la cabeza... para luego huir de ellos con velocidad punk. Con su humor fascinante, entre el golpe surrealista, el costumbrismo y la fantasía, esta novela nos cuenta cómo nos buscamos por entre los demás: la familia, la novia... Y, como centro gravitatorio, con telequinesis y todo, la amistad ambigua entre una sobrina y su tía. Nada fácil de olvidar».
Berta García Faet

Sobre *Gente que ríe* se ha dicho:

«Una voz nueva con una técnica literaria sorprendente. *Gente que ríe* [es] un volumen de cuentos lleno de hallazgos que abre caminos en la literatura española.
Jurado del premio Ojo Crítico

«Desde Vonnegut nunca fue tan dulce y real viajar en el tiempo».
Isabel Bono

«*Gente que ríe* evidencia la dificultad de la proeza, del misterio, que supone conocer a alguien. […] Esta ópera prima supone una revelación del potencial de su innegable talento literario».
Bruno Padilla, *Revista Mercurio*

«No me sorprendería que Laura Chivite llegara lejos».
Alberto Olmos, *El Confidencial*

Laura Chivite nació en Pamplona en 1995. Estudió Literatura Comparada en Granada y más tarde se especializó en la relación entre literatura y cine. Con su libro de relatos *Gente que ríe* (Caballo de Troya, 2022) ganó el Premio Ojo Crítico de Narrativa y el Premio a la Promoción del Talento Artístico de Navarra. En la actualidad se dedica a la docencia y a la escritura, y ha colaborado en medios como la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* o el programa de La 2 de RTVE *Un país para leerlo*. *El ataque de las cabras* es su primera novela.

Primera edición: febrero de 2025

© 2025, Laura Chivite
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Alessandra Sanguinetti / Magnum Photos / ContactoPhoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4448-1

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El ataque de las cabras

La cabra insolente I

1. Aparición divina

2. Bambi réquiem

3. Genealogía conflictiva

4. Epifanía humeante

5. Poderes psíquicos

La cabra insolente II

6. Muerte y jarana

7. Pezón Suicida

8. Delirio en la peluquería

9. Urna voladora

10. Lámpara de estilo industrial

La cabra insolente III

11. Grito infernal

12. Madrugada sangrienta

13. Infidelidad en Recursos Humanos

14. Las amargas lágrimas de Muhammad Ali

15. Playa y ponzoña

Sobre este libro

Sobre Laura Chivite

Créditos